

ERNESTO MARIO BARREDA

DESNUDOS Y MÁSCARAS

(PROSAS DE VIDA Y DE NOVELA)

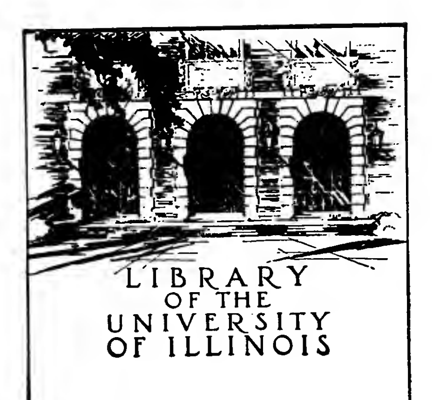




1920

"BUENOS AIRES"
Cooperativa Editorial Limitada

AGENCIA GENERAL DE
LIBRERIA Y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573



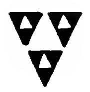
DESNUDOS Y MÁSCARAS



ERNESTO MARIO BARREDA

DESNUDOS Y MÁSCARAS

(PROSAS DE VIDA Y DE NOVELA)



1920

"BUENOS AIRES"
Cooperativa Editorial Limitada

AGENCIA GENERAL DE
LIBRERIA y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573

LA INUNDACION

La isleta reposaba en su verde quietud, a la hora de la siesta. Un arroyo, afluente del Paraná Miní, la rodeaba por todas partes con un abrazo fresco y rumoroso. El sol caía desde un cielo de zafiro y las libélulas pululaban, junto con las mariposas y las abejas silvestres, rápidas y sutiles. El ligero vaho de las aguas, donde siempre se pudre alguna cosa; la humedad de la tierra, donde siempre brota algún germen; el verde de los sauzales, ensangrentado trágicamente por los seibos en flor...

Ismael, temperamento sano y fuerte, amaba aquellos colores puros que, en su energía vital, compensaban su invariable repetición. Y todos los días tomaba su "baño de color", como él decía. Y no era un simple baño estético, excitador del cerebro. Era un baño tonificador, porque el azul influía sobre los pulmones, el rojo sobre la sangre, el verde sobre los nervios... Estos tres grandes colores de la vida, absorbidos intensamente, curaban la salud.

La isleta reposaba a medio día... La había com-

prado a plazos y construído en ella su casita de madera, levantada un metro de la tierra, por fuertes puntales, para evitar la excesiva humedad y, en el peor de los casos, alguna creciente del delta. Esto le daba un marcado aire de vivienda palustre, de morada indígena. Alrededor de ella corría una plataforma, con su alero protector de los soles y las lluvias.

Vivía con su mujercita y una nena, isleña, que les había nacido. Ismael era uno de esos tipos que se libertan a sí mismos. De esos que han hallado la felicidad en los bienes fundamentales: el amor, el trabajo, el arte. A su lado, naturalmente, la vida parecía cantar con un idioma más profundo.

Plantó la isleta con estacas de álamo y sauce, que la tierra exuberante y la constante humedad, convirtieron en arbolitos al verano siguiente. A los pocos años todo aquello se transformaría en un bosque y entonces se cortaría para leña y carbón. Mientras tanto vivía en plena naturaleza.

Poseía un bote y, acompañado por Carlota, su mujer, realizaban pintorescas excursiones en las vecindades, pobladas de algunos isleños que les tenían cariño.

—Don Ismael no es orgulloso... ¿para qué sirve el orgullo?

Repetía siempre aquella gente, mirando con sus ojos infantiles. Eran laboriosos y vivían felices, pero les dolía mucho el orgullo de los hombres.

Pasaron los primeros días de Noviembre. Venía

la época de las crecientes y lluvias. La primavera desencadenaba sus grandes vientos y cuando el sudeste soplaba con furia, todo el sistema de aguas que se vuelca en el Plata adquiría un nivel desusado.

Nunca como ese año había sido más copioso el caudal de las aguas y más persistentes los vientos huracanados, los vientos "del río", que agolpaban las olas en el estuario, deteniendo su curso hacia el mar.

Y cuando las tormentas coincidían con alguna fuerte marea, el Plata, cual un caballo azul, se encabritaba arrojando espumas, y su larga cola de ríos afluentes se levantaba temblorosa, piafaba, azotaba las riberas como en una gran cólera. Entonces aquel dédalo de arroyos y riachos que forman el delta, se hinchaba con una corriente negra y lenta, pero agitada como las venas que se llenan de sangre en una lucha. A veces, las aguas llegaban a una completa inmovilidad: no corrían, pero en cambio crecían...

Ismael tenía su bote a poca distancia de la casa. En un socabón del arroyo, amarrado a las raíces de un viejo ceibo, casi desaparecía bajo la fronda. Además, la vivienda se hallaba a un metro sobre el nivel de la isla.

— En el último caso... — le decía bromeando a su mujer, — nos embarcaremos en el bote.

Pero vivía despreocupado. Colono bisoño, del delta sólo tenía una visión de fecunda grandeza.

Gozaba de su espectáculo con el trino del ave, con el grano germinante, con la paleta del crepúsculo. Amaba la tierra, se sentía como brotado de ella espontaneamente, antes que de un vientre de mujer. Y otro de sus goces era recostarse sobre el tronco de un árbol, ligeramente calentado por el sol. Sobre su espalda sentía el profundo, terráqueo latido del árbol. Y bebía una bocanada de cielo...

* * *

Una tarde, ya iban a sentarse a comer, cuando oyeron que alguien gritaba desde la huerta:

— Don Ismael!... Don Ismael!...

Se asomaron a la ventana. Era un isleño a quien llamaban "Barril" por su redondez esférica y pequeña estatura. En realidad su nombre era Rodriguez. Cuando Ismael lo reconoció, quiso hacerle pasar.

— Entre, Rodriguez, entre...

— No, don Ismael... buenas noches... quería avisarle que la creciente viene fuerte... ¿sabe?... yo vuelvo de afuera y todo está bajo el agua allá... pasaba y dije: voy a avisarle a don Ismael... talvez lo agarre desprevenido... ¿sabe?...

— Muchas gracias, Rodriguez... ¿habrá peligro?....

— Y... ¿sabe?... algunas islas están ya casi tapadas... en la suya está entrando un poco....

Ismael bajó y juntos fueron a ver. Efectivamente,

las aguas penetraban por una pequeña grieta silenciosas y veloces y empezaban a cubrir una parte baja de la isla. La isla entera parecía hundirse en el agua.

Preocupado volvió a la casa en compañía del isleño, que se despidió dirijiéndose a su bote. El vivía un poco más adentro, así es que por el momento no tenía cuidado. Ya en medio del riacho y mientras con un remo enderezaba el bote, le gritó:

— Yo le avisé... ¿sabe?... para que esté alerta. Pero talvez no suba... su casa es alta... bueno, buenas noches.

Era una noche de luna, medio nublada. Alumbraba sin embargo lo suficiente, para ver el agua, que corría con un opaco fulgor. A las doce la creciente pareció detenerse. A las dos había bajado una cuarta. Se acostaron, rindiéndose al sueño enseguida.

Vigiló desde entonces. Pero si bien el nivel de las aguas acusaba siempre un estado de perpetua lucha, las crecientes no llegaban a cubrir sino aquella parte de la isla, baja y pantanosa de suyo. Concluyó por habituarse. Así pasó un mes. Las faenas del día, las alegrías del hogar, donde la pequeña empezaba a poner una nota nueva, le absorbieron otra vez y ya no se preocupó. Además, allí estaba su casa bien alta y, por último, el bote.... Robustecido por esta seguridad, entró de nuevo en el seno de la vida apacible.

* * *

Entre sueños, Ismael oía el agitado ladrar de la "Pretty", una perrita escocesa que dormía en su casilla, bajo la plataforma de la casa. La ataba, porque había tomado la mala costumbre de romper el gallinero y matarle las aves.

Ismael la oía ladrar desesperadamente, pero como se había acostado tarde, por terminar la lectura de un libro, no lograba despertarse. Además, se sentía angustiado por una pesadilla y todas sus imágenes y sensaciones, le resultaban confusas.

En eso, un sacudimiento de las peredes, acompañado de un extraño chapoteo, le arrancó del sueño. Por debajo de la puerta entró una oleada, extendiéndose sobre el piso. Enseguida otra y otra más, hasta alcanzar el límite del lecho. Se tiró de la cama, corriendo a la pieza contigua: también por allí empezaba a entrar el agua. Un grito de su mujer le hizo regresar.

— Ismael!... ¿qué hay... qué hay?...

— No te asustes... me parece que es una creciente...

Carlota lanzó una exclamación de angustia, afirmando:

— Sí... sí... es la inundación... ¿has mirado afuera?...

— No... iba a mirar cuando tú me llamaste...

— Ismael!... Ismael!... si ya llega hasta el piso, es que todo está bajo el agua...

Era lo que él también suponía. Pensó que el bote iba a ser la salvación y, abriendo la puerta, salió a la plataforma. Un nudo se le hizo en la garganta. Todo era agua a su alrededor y los árboles aparecían sumerjidos hasta la mitad. Una empalizada que cuadraba el patio, se había derrumbado. Las olas, libres ya de aquel dique, adquirían un vaivén furioso al azotarlas el viento. Corrió por la plataforma en dirección a la escalerilla que conducía al embarcadero. El bote había desaparecido, sin duda por la rotura de las amarras o algún tumbo que lo hizo zozobrar. Dió un grito sintiendo que la sangre se le helaba. Como un buque, al que de pronto le arrancan el timón, sus energías giraban en una rueda loca.

— ¿Qué haré...? ¿qué haré...?

Oyó un ladrido a sus pies. La "Pretty" había saltado sobre la plataforma y allí, sujeta de abajo por la cadena, se mantenía ladrando. La pobre perrita había avisado desde el principio y ahora Ismael se acordaba de aquel ladrido... La desató. Mientras lo hacía el animal le lamía las manos, brincando de contento. Esta suave y tibia sensación, le devolvió un poco de su propio dominio. Echó una mirada. Algunas gallinas, escapando del corral destruído, se habían refugiado en la plataforma, mojadas y llenas de terror. Las aguas subían rápidamente.

Ismael volvió al interior de la casa, donde su mu-

jer ya preparaba algunas cosas, teniendo la nenita cargada. Al verlo, leyó en su rostro algo todavía más terrible. Le interrogó convulsa:

— ¿Qué... qué... el bote?...

— No está!....

Tomando el revolver volvió a salir y descerrajó varios tiros, en demanda de socorro. El eco respondió a los estampidos, dándole una impresión de vacío tan grande que guardó aquella arma inútil y, no sabiendo qué hacer, se cruzó de brazos. Oyó que Carlota lo llamaba.

Tenían que esperar, pensar alguna solución, confiando en el destino. Talvez la creciente disminuyera pronto. Decidieron quedarse, pues que no hallaban otro remedio. Sobre el piso de la casa, había ya un pie de agua y ésta subía velozmente. Así fué que acostaron de nuevo a la nena y empezaron a vaciar los cajones de los muebles, poniendo las cosas sobre los roperos y mesas. Cuando terminaron, el agua había subido casi un metro. Era un agua fría, negra, que todo lo impregnaba de un limo viscoso. Penetraba por los intersticios de la puerta, que habían vuelto a cerrar, para que el oleaje no se agitara en el interior. Consiguieron con ésto que la inundación subiera sin derribar los muebles. Crecía el agua, serena y sombría, como en el interior de un aljibe.

Ismael y Carlota treparon sobre la mesa del comedor, corriendo la cunita de la nena hasta su lado. Con los ojos clavados en aquella superficie impla-

cable, que ascendía sin parar, se quedaron así, agarrados de la mano, temblándoles en la garganta una angustia indecible. Pasó media hora... Carlota vió que ya el agua mojaba el borde de la carpeta, pero nada le dijo a Ismael, que también lo había visto.

— Si el agua sube hasta la mesa, — dijo éste con voz ronca, — la correremos junto al aparador y nos subiremos arriba...

Carlota le contestó que sí, con la cabeza. Acordándose que la pequeña estaba en ayunas, la atrajo para darle el pecho. Mientras la criatura mamaba, ellos se abrazaron llorando silenciosamente.

La "Pretty", encaramada sobre el escritorio, empezó a aullar. Miraba el agua con una expresión de extrañeza, sin comprender, pero llena de terror en su instinto de pobre animal.

—Cállate, "Pretty"!...

Le gritó Ismael, con suavidad. La perrita dió un alarido y se calló, erizada y temblorosa.

El aspecto de la pieza era trágico. Sobre los muebles se apilaban las ropas, los libros, algún paquete de vituallas deshecho y medio volcado con el apuro. Unas colchas que se deslizaron ligeramente, empezaban a ser lamidas por el agua. Esta crecía siempre y ya podían tocarla con la mano. Llena de burbujas y resacas, tenía un brillo siniestro, agresivo, y la espuma turbia que la cubría le daba un aire de cólera estúpida, de bestia excitada que quisiera arrasarlo todo. Había estado oculta durante un largo

mes, mientras vigilaban. Y en un momento que el otro dormía, aprovechó para saltar...

A veces, un vaivén de las aguas hacía vacilar la mesa. Para no ver hacia afuera dejaron cerrados los postigos. Por las banderolas entraba bastante claridad. Carlota seguía llorando sobre la cabeza de su hijita y, desencajada, como envejecida, mezclaba los besos con las lágrimas. Ismael se sentía sin fuerzas, agotado en la imposibilidad de luchar con aquel enemigo inmenso, que no tenía de su existencia la menor idea. Y esa absoluta falta de remedio, cavaba en él, una desesperación muda. Sólo percibía con claridad una sola cosa: que era necesario subir, para que las aguas no los alcanzasen.

Una sensación de frialdad, les advirtió que debían cambiar de refujio. Alzaron la cuna sobre la mesa y se tiraron al agua, para juntarla con el aparador. Como ésta les llegaba hasta la cintura, movíanse con dificultad. Después de algunos esfuerzos consiguieron llevar la mesa junto al mueble y se subieron sobre él. El aparador era alto y pesado y ahora el agua quedaba debajo de ellos casi medio metro. Pero al paso que crecía, no iba a tardar mucho en alcanzarlos.

Toda la casa temblaba, sacudida por el oleaje exterior. Los dos pensaron la misma cosa, pero no se dijeron una palabra...

* * *

La "Pretty" empezó a ladrar, Carlota exclamó de pronto:

— ¿Has oído?....

— ¿Qué?...

— Me pareció que alguien te llamaba... a ver: escuchemos...

Junto mismo a la casa, sintieron la voz de Rodríguez que gritaba:

— Eh, don Ismael!... caracho!... ¿no estará o qué le habrá pasado?

Y con un remo golpeaba la puerta, tratando de abrirla.

— Un momento, Rodriguez, un momento... ya voy!

Le respondió Ismael, tratando de correr hacia la puerta. Como no pudo moverla, abrió un postigo. A la altura de su cabeza vió el bote del isleño, rozando con su quilla la balaustrada de la plataforma.

— Ya voy... ya voy!... Repitió.

Rodríguez, amarrando la embarcación, tiróse al agua que le daba hasta los hombros. Con gran trabajo abrieron la puerta.

— Y... ¿sabe?... cuando yo oí los tiros, pensé que sería usted... he tardado un poco, porque hay una marejada del diablo... parece lo mismo que en el río, allá afuera... pobre doña Carlota!

— Ah, Rodriguez!...

No atinaba a decir otra cosa. Mientras el isleño seguía hablando, cargaban en el bote algunos objetos indispensables: ropita de la nena, abrigos. Lo hacían todo febrilmente. Querían huir pronto, escapar de aquella espantosa pesadilla. Por fin se instalaron en el bote. Ya iban a alejarse, cuando Rodriguez entrando en la casa, volvió con la cunita de la nena. Después, con un golpe de remo se alejaron.

En medio de las aguas turbias y rabiosas, aquella ligera embarcación navegaba con lentitud. La cuna inocente, con sus blondas blancas y cintas rosadas, se alzaba sobre el desolado paisaje, poniendo en el corazón de los padres una bienhechora dulzura de bálsamo. Entre dos remadas, el isleño repetía:

— Eh, caramba!.... la pobre nenita no se iba a quedar sin su cuna...

Aprovechando un momento de calma, irguió en el bote su figura rechoncha observando a la pequeña dormida. Sus ojos saltones, endulzábanse con una expresión casi maternal. Ismael y Carlota se miraron.

— Usted es un buen hombre, Rodriguez... Le dijo éste. Y le abrazó....

LA PENA DE MUERTE

Yo tenía un amigo que era fotógrafo. El pobre ya murió. Trabajábamos juntos en una revista ilustrada y un día me dijo:

—Chico: mañana van a fusilar a un hombre... ¿Quiere Vd. venir?... tengo dos entradas...

Y se rió, mostrando los dientes sucios de tabaco. Se reía siempre así de sus bufonadas crueles, pues tenía seguramente alguna herida incurable... Era catalán, había estado en Manila y Puerto Rico, y nos contaba sus aventuras de la zona tórrida. Allí las hamacas mecedoras, las noches voluptuosas, desempeñaban un papel importante. Guardaba más de un recuerdo... A su propuesta respondí:

—Bueno...

Y no dije más, porque yo mismo quedé asustado de lo que iba a hacer. El director luego me llamó para encomendarme la parte de redacción. Esa noche, pues, nos fuimos al Casino y nos tomamos media botella de whisky. A mí el whisky me da asco, pero lo bebí para aturdirme un poco. Mi pobre

amigo siempre estaba con que era la bebida más sana, y yo le respondía que si lo era en calidad no lo era en cantidad... Y él se reía de este inocente juego de palabras.

A nuestra mesa vino un mozalbete, secretario de Juzgado, y se puso a disertar sobre la pena de muerte. Para él todos los criminales eran tigres. Y a los tigres había que matarlos...

Diciendo esto, sorbía "dedalitos" de un licor azucarado.

Con aquellas mujeres que bailaban y qué sé yo, debimos cometer alguna otra locura, porque marchando luego para el Arsenal de Guerra, donde iban a fusilar al hombre, yo me sentía tan débil de los nervios, que tenía ganas de llorar.

—Es el estómago...

Decía mi amigo, andando distraído, con su maquinita bajo el brazo.

—Sí, es posible...

Le contestaba, aunque sabía que mi estado le era indiferente.

Y así nos fuimos, camina que camina, y llegamos cuando aún no había amanecido. Pero ya estaba alguna gente a la puerta del Arsenal, esperando. Seguramente, aquellos tenían entrada como nosotros.

—Yo creí que no se permitía ver...

—Sí... pero como es un soldado, los superiores lo permiten... y hay que respetar la disciplina!

Recordé entonces que era, efectivamente, un sol-

dado. Había muerto a un oficial y por eso lo fusilaban. Mientras llegaba la hora me puse a mirar al cielo, de donde las estrellas empezaban a desaparecer, como si alguien las soplara y se apagasen.

Hacíamos todos una masa negra en la puerta del edificio, apretados y silenciosos. La puerta era de gruesos barrotes, que subían hasta arriba. Y yo, después que me aburrí de mirar las estrellas, comencé a pensar en lo difícil que sería escaparse de allí dentro.

Salió un piquete y en las cuatro esquinas hizo sonar tambores y clarines. Alguien del grupo dijo que era un pregón, amenazando con la pena de muerte al que pidiera por el reo. Pero nadie le creyó, porque parecía imposible semejante barbaridad.

Se empezó luego a hacer entrar a los invitados, —es una manera de decir, — y hubo discusiones y protestas. Doblóse la guardia de soldados para mantener el orden y nunca he visto soldados que tuvieran una cara más seria.

Mi amigo dijo que éramos redactores de *La Linterna Májica*. Se nos hizo pasar en seguida. Recién me dí cuenta de que la capilla se hallaba ahí, en el zaguán, y que el reo nos estaba mirando. Como en ese momento llegó un coche a todo correr, el hombre irguióse a medias con una mirada ansiosa. Seguramente creyó que le traían el indulto...

Pero, no: era uno de tantos que venía a mirar y se apuraba, sin duda, porque ya era tarde.

El reo, que estaba vestido de soldado, volvió a dejarse caer pesadamente. Detrás de él se iluminaba el fondo de la pieza, con un vago resplandor de velas. Jesucristo miraba desde su cruz, como hace dos mil años, cuando lo clavaron en el patíbulo porque dijo: amaos los unos a los otros...

Mi amigo me tiró del brazo.

—Pero, hombre!... ¿qué hace Vd. ahí?... estas cosas hay que tomarlas de otra manera... — Y me llevó por medio del gran patio, agregando: —Es como en las corridas... si usted se detiene en detalles y filosofías... ande, que vamos a buscar un lugarcito estratégico!

Era una mañana del mes de Febrero, calurosa y húmeda. En el Arsenal se observaba una taciturna actividad. Los soldados y peones iban y venían haciendo sus quehaceres, pero se notaba que tenían el pensamiento en otra parte. El pelotón de curiosos, que en la puerta parecía una masa negra y compacta, se iba desgranando se iba deshaciendo, y aparecía diseminado en partículas sobre los tejados, contra las paredes, o caminando en pequeños grupos de dos o tres. Nosotros también subimos a un tejado y allí, como los gatos, nos aseguramos bien para no caer y matarnos, lo que hubiera sido un accidente desagradable.

Unas palomas tenían su nido en el alero. A ratos se oía el arrullo del macho y se le veía aparecer,

la pata y el ojo escarlata, inflado de pasión, dando sus paseítos y arrastrando la cola, como un marqués engolado que se pavoneara levantando la capa con la contera. Y la paloma blanca, esquivándose como una doncella inmaculada y nerviosa...

—Y todo esto,—dijo mi amigo,—para que venga luego el comandante y se coma los pichones saltados...

A los fondos, debajo de nosotros, descubrimos un patio más chico entre altas paredes. La hierba crecía en abundancia. En el centro de aquel patio habían construído el banquillo. Era de tablones gruesos, buscados al azar, porque un pedazo estaba pintado y los demás no. En algunas partes se veían los maderos recién serruchados. No era cómodo, sin duda, pero no había cuidado de que se llegara nadie a fatigar. Estaba sólo allí y parecía abandonado, pero quien lo miraba comprendía en seguida cuál era su terrible misión...

Al rato largo aparecieron varios pelotones de tropa. Formaron con frente al banquillo, como a unos cincuenta metros, y se corrieron por los costados. Había de diversas armas, y cada pelotón traía su bandera.

Pasó otro largo rato. La gente miraba ahora hacia la puerta del Arsenal y se decía que el reo había sido indultado. Los soldados seguían tiesos; nadie se movía... La brisa de la mañana agitaba suavemente las banderas.

Como no era posible soportar por largo tiempo

aquella idea trágica y por fatiga nerviosa, se hablaba de asuntos indiferentes.

De pronto se oyó un redoble duro, sonoro, como que era el único ruido en medio del gran silencio que se hizo. Un grupo de hombres se agitó allá lejos, en el zaguán, y empezó a andar hacia nosotros. El tambor entonces inició un paso fúnebre: *ta... tará... ta... tará...* Y en el centro venía el soldado, al que sostenía un sacerdote, mientras otro caminaba a su lado mostrándole un crucifijo. Los dos lo exhortaban.

El soldado a veces les decía que sí con la cabeza.

Venía despacio, porque el pobre caminaba con grillos. Cuando estuvo más cerca oímos el rumor de los hierros: era un chasquido lento, como el de una guadaña que se afilara despacio. Se comprendía todo lo inútil de aquella precaución con un hombre desarmado, delante de tantos que tenían espadas y fusiles. Traía la gorra caída hacia atrás y con una gran pantalla verde se echaba viento. La cara sudorosa, desencajada por la angustia; los movimientos regidos por una sumisión fatigada y maquinal...

—Los criminales son tigres, y a las fieras hay que matarlas...

Recordaba la frase del chisgarabis.

A diez pasos del banquillo, el lúgubre cortejo se detuvo. Consultáronse los militares en actitudes curialescas, mientras revolvían papeles, y al

reo se le hizo dar vuelta, mirando a los compañeros formados. Uno le sacó la gorra. Otro se adelantó con unos pliegos en la mano. Cuando empezó a leer, tuvo el mísero un relámpago de esperanza... pero no era el indulto, era la sentencia!

Verdad que resultaba bien ociosa y malvada, aquella lectura!

La oyó en silencio, sumiso y estoico. Los abanderados habían traído los símbolos y los hacían flamear o los apretaban en haces, rodeándose la tarea de ajusticiar con una meticulosa prosopopeya.

Terminó por fin la lectura, porque todo tiene su término, y en seguida le condujeron hasta el banquillo, al que acercóse sin mirar. Se le sacó la pantalla de las manos, y mientras avanzaba el piquete, él trataba de tomar una posición más cómoda en el asiento. Cuando alguien quiso ponerle la venda, la rechazó, pero tuvo por fin que aceptarla. Todos se retiraron. Entonces pareció comprender que ya no había más esperanza, y adivinando que los fusiles le apuntaban, gritó:

—¡Bueno... adiós!

Ocho conscriptos que se adelantaron le apuntaban con sus fusiles. Cuatro de rodillas, delante; cuatro de pie, atrás. Un sargento los mandaba, también con un fusil en la mano. Tomaban rápidamente la puntería, pálidos y nerviosos. Realizaban aquel acto de una manera también maquinal y, si se hubiera tocado sus manos y sus fren-

tes, se las habría sentido sudorosas y heladas. Unos habían venido de sus aldeas, otros estudiaban en las universidades. Al cumplir los veinte años, se les encerró en un cuartel para que aprendieran la ciencia de matar y obedecieran toda orden de mando. Y en aquel momento cosechaban el fruto de su aprendizaje.

Los últimos detalles se cumplieron en un segundo. El sargento, levantando el brazo, hizo sonar la descarga. Sobre el pecho de la víctima vibró un puñado de saetas de humo y todo el cuerpo se estremeció como una hermosa máquina que se rompe. Alzóse de pie, y dando media vuelta, cayó de bruces hacia un costado. El sargento, acercándose con su fusil, le dió ese tiro que se llama de gracia. La venda manchóse de sangre, pero el cuerpo no se movió. Y después la tropa fué obligada a desfilar delante del muerto, como en una parada.

* * *

Mi amigo, el fotógrafo, había sacado todas sus vistas. De frente, de perfil, vivo y muerto... Su maquinita fué infatigable: *tic... tac...* Y ahora, caminando pesadamente por la calle, se conocía que lo demás le importaba un comino. Después de dormir iría a revelar sus plaquitas, y san-se-acabó...

—Si yo fuera conscripto,—tenía ganas de de-

cirle, — me hubiera podido tocar el papel de verdugo...

Pero callé, temiendo alguna de sus bufonadas. Y hay momentos en que no se está para bromas, terminó el narrador.

EL CAMINO DE LOS OMBUES

SOBRE el sofá de damasco rojo, don Juan López Bárcena se estuvo largo tiempo agobiado, bajo el peso de la tremenda revelación. Su trastorno mental no le dejaba pensar en nada. Tenía entre las manos una carta de Blanca, su esposa. Era una prueba terminante de su infidelidad...

Sentía que su pecho apretábase, como estrujado por un puño, al mismo tiempo que una ola de furor crecía adentro de él, amenazando sofocarlo. En sus manos sudorosas de paralítico, temblaba el papel delator venido hasta allí por un azar de la fatalidad. Era una cita que su esposa daba a Claudio, el administrador del establecimiento. La carta no fué remitida a su destino, por haberse cambiado de intención o por cualquier otra causa. Entre su ropa doméstica él la recogió. Y como estaba sin sobre, pudo leerla.

Por las extrañas mareas de su temperamento, que iban del estado agudo a la fría calma, consi-

guió al último recuperar un tanto su dominio propio. Tocó la campanilla y al poco rato apareció un sirviente. Quería tranquilizarse del todo, hablando de cosas fáciles y oportunas. El estado del tiempo pareció interesarle mucho.

—¿Cómo está el día?...—preguntó.

—Ahora está bien, señor... pero esta mañana había una cerrazón!... Se abrió a eso de las doce... ¿el señor quiere tomar un poco de aire?

—No... es decir, sí... pero después...

Y se quedó sombríamente pensativo.

* * *

López Bárcena había heredado de su padre, el general, aquel extenso feudo de tierras bajas y anegadizas, con lomas muy fértiles y grandes retazos excelentes para pastoreo. El ilustre antecesor lo adquiriera por procedimientos que los más antiguos vecinos solían relatar. Tierras sin títulos de propiedad, en su mayor parte, habitadas desde los días de la colonia, eran invadidas por el anciano general, que habiéndose formado a las órdenes de Rozas, aprendiera del terrible tirano la brutalidad en el hecho y la avidez en la garra.

¿Qué iban a protestar aquellos desdichados, en sus ranchujos, cuando el general lo mandaba? Era exponerse a su venganza. Algunos, sin embargo, habíanse atrevido a iniciar ciertos trámites. Entonces afectaba gran respeto por la ley, después de

"tantearlos" y convencerse de sus buenas disposiciones para un arreglo. Un poco de yerba, azúcar y algo para remojar el garguero. Y de ahí no pasaba. Había que darse por satisfecho, bajo pena de perderlo todo, aguantando encima alguna soberana paliza.

Con este sistema, a su muerte, el único hijo heredó cerca de Buenos Aires tierras de ganadería que formaran un condado en Inglaterra.

La llanura chata alzábase de golpe en una loma abrupta, achaparrada de arbustos espinosos, de cardos bravíos, y rodeada por todas partes de pajales y cortaderas, que las aguas solían cubrir en los años de grandes crecientes. El general había construído sobre esa loma una sólida casa criolla, con sus azoteas de baldosas y aleros de teja. Y la había rodeado de pinos en tal cantidad, que desaparecía entre el follaje. También la hizo grata con muchos halagos de la civilización, y para el nacimiento del vástago se dió en ella una gran fiesta. Desde entonces aquella mansión cobró cierto renombre fastuoso y zahareño al mismo tiempo, y así era que al decirse Los Pinos, ya se sabía que no podía ser otra.

Al morir, su hijo Juan la heredera, más innumerables cabezas de ganado, que pacían sobre la pradera surcada de arroyitos y apenas ondulada por ligeras lomas. Muy pagado de su apellido y de su abolengo, escaso de ilustración, de un carácter duro y reconcentrado, guardó gran duelo por

la pérdida de su progenitor, ya viudo al morir hacía muchos años. Hallóse después enfrente de su fortuna, y como no sabía hacer otra cosa, la empezó a gastar. Fiestas, aventuras, ruleta: los rebaños dieron inagotablemente. Hasta que un día, al ir a levantarse, sintió por vez primera los síntomas de su enfermedad. Creyó que aquella laxitud de las piernas desaparecería con masajes... En un año, el mal cobró un desarrollo alarmante. Sentía en ellas como un hormigueo eléctrico y al mismo tiempo le pesaban como si fueran de piedra. Al último se convenció, por los médicos, de que no hallaría remedio. Tenía cuarenta y seis años.

En esa época conoció a Blanca Sifuentes. Fué en una fiesta de caridad, a la que asistió en un día en que su ataxia le permitiera andar. Se enamoró por primera vez en su vida, como él podía hacerlo: una mezcla de instintos y de pasión incontenible. Pero Blanca tenía diez y ocho años. Era una rubia deliciosa, con dos ojos verdes de pestañas negras y una boca roja y sensual. Recibió con desdén aquellas solicitudes del enfermo.

Entonces sucedió algo extraordinario. Empeoró de tal modo, que los facultativos le creyeron próximo a su fin. López Bárcena, que también lo comprendiera así, hizo testamento a nombre de Blanca, y se lo remitió con un formal pedido de matrimonio. Su carta decía de esta manera:

"Señorita Blanca Sifuentes: Soy un moribundo que le ofrece a usted todo lo que posee. Sólo pide

en cambio le haga la caridad de ser su esposa por los breves días, tal vez horas, que le restan de vida. Contésteme sí o no, nada más. No olvide que es una caridad y que soy un moribundo. — Juan López Bárcena."

Se dijo que había influído una tía que la criara, desde que quedó huérfana en tierna edad. Se dijo que las amigas... Se dijo... Supongamos que ella sola dictó su decisión. A los dos días don Juan recibió una esquela. Rompiendo el sobre con sus manos temblonas, pasó los ojos por la brevísima escritura y quedó como desvanecido. El papel decía que "sí"....

Después de este enlace, López Bárcena mejoró algo de salud. Pero a los cuatro años de vida conyugal el aniquilamiento de la médula llegaba a su fin y parecía que su mal crecía, conforme se espesaba aquel helado y hostil abandono de Blanca.

* * *

—¿El señor quiere tomar un poco de aire?

—No... es decir, sí... pero después...

Tenía por costumbre hacerse conducir en su sofá de damasco rojo, que rodaba, se hamacaba y convertíase en mesa y lecho. Había en el patio un pino corpulentísimo, plantado por las manos del mismo general, y bajo su copa colocaban el sofá y leía los periódicos, acompañado a veces por Blanca o habitualmente solo.

Como si reanudara el diálogo interrumpido, después de un largo rato, le habló al sirviente con una expresión extraña:

—... ahora te he llamado para saber si Nicasio anda por aquí...

—Creo que sí, señor. Había ido hasta San Pedro arreando una tropa... Si ya no está de vuelta, poco le ha de faltar...

Quedó de nuevo en silencio. Algo más quería preguntarle, pero le repugnaba, al par que un secreto temor le hacía vacilar. El sirviente, comprendiendo que la conversación no había terminado, seguía entretenido en dar vueltas por la alcoba, acomodando los muebles.

—¿Y la señora? — preguntó secamente.

—Salió, señor... Salió hace cosa de media hora.

—¿Fué para Buenos Aires?

—No, señor... salió a caballo con don Claudio. Creo que tomaron para el río, porque yo los ví por ese lado, en un momento en que el señor Claudio se bajó para arreglarle un estribo a la señora...

Hacíase prolijo en los datos, con una pegajosa minuciosidad de sirviente. Casi gritando, le interrumpió:

—¡Bueno, basta!... Hoy no saldré al patio... Puedes irte... ¡Ah!... Indaga si volvió Nicasio y le dices que lo necesito en seguida...

Se abatió de nuevo sobre el sofá. Un sudor frío le helaba las sienes. Ahora se explicaba por qué la carta no fué a su destino. Claudio había regresado

de la capital. Blanca lo vió y la carta ya no tuvo objeto. Y ahora estaba en sus manos. ¿Habría venido a ellas por casualidad?... Aquel sirviente parecía saber algo... Creyó notar un no sé qué en su voz...

En un relámpago de ira le pasó por la imaginación la figura de Claudio, con su rostro moreno, lleno de seriedad y energía, su cuerpo cenceño, pero vibrante y fuerte como una hoja de acero. Ese muchacho, que se había criado en Los Pinos, y que durante tantos años había sido el administrador único, el mandaplata de todos los instantes, y que a esa hora era casi tan dueño como él del establecimiento. ¿Cómo lo había consentido tanto tiempo allí? Cosas del general, que lo impusiera en sus últimas voluntades, por ser hijo del viejo administrador, un antiguo compañero de armas. Ahora era muy tarde para alejarlo, con el pretexto de alguna comisión. Mandaba tanto como él. Cuando fué oportuno, sólo pensaba en sus tenidas de club, sus noches de "boudoir" elegante y perfumado, en las tardes del hipódromo, donde perdía lo que el muchacho le enviaba constantemente.

Desde algún tiempo atrás le había cobrado una sorda antipatía. Y todos sus negros humores tenían por fondo una sombra de desconfianza, imprecisa, pero latente, y que cada vez crecía más... Hasta que aquella carta le reveló todo lo completo de su desdicha.

* * *

Por un sendero que serpeaba entre el follaje hacia el camino real, Blanca descendía de Los Pinos al paso de su caballo, acompañada por Claudio, el administrador de la valiosa propiedad. Con el latiguillo azotaba nerviosamente las ramas de los árboles, mientras sus ojos verdes tenían reflejos metálicos, obstinadamente fijos en alguna imagen interior. Anduvieron así largo trecho sobre la gramilla todavía húmeda de rocío, en dirección a la salida. Ya sobre el largo camino real, flanqueado de ombúes y siempre solitario, encaminaron sus caballos hacia el río.

—¿Qué tienes, Blanca?... — preguntóle, por último, picando para colocarse bien a su lado.

Sin mirarlo, y siempre contraída la expresión, le contestó:

—Temo que algo sospeche... Sus miradas, ciertas reticencias...

Siguieron en silencio otro rato. Claudio reanudó la conversación, observándole un detalle de su montura.

—Tienes el estribo muy largo... Espera, voy a acortarlo, para que podamos galopar. Quiero alejarme un poco de aquí. Mi llegada imprevista ha llamado la atención... Será preocupación nerviosa, pero me parece que todos me espiaran...

— No sería extraño, Claudio... — Y con un

dejo de amargura agregó: — ¡Esta casa se me va haciendo cada día más odiosa!

Bajó del caballo y en un momento corrigió el detalle, volviendo a colocar en el estribo aquel pequeño pie, fino y nervioso, que la cabritilla ceñía, acentuando la comba del empeine y la finura del tobillo, para subir y ensancharse en una curva triunfal...

Mientras volvía a cabalgar, preguntó:

— ¿Y sospechará... de mí?

— Tal vez... Pero no te inquietes. No tiene ningún derecho... — Se corrigió luego con más vehemencia: — ¡aunque lo tuviera!

Y lo envolvió en una rápida mirada de pasión, de inquietud y de fiereza.

La contempló lleno de la ebriedad que aquel amor le producía. Con su amazona de seda negra, abierta en un cuello de encaje irlandés, sus cabellos leonados tenían un reflejo de trigo maduro, de un oro cálido, que recordaba con una indecible sensación de voluptuosidad. En sus horas de toda pasión, gustaba estrechar esos cabellos, apretarlos entre sus manos, para luego abrirlas de golpe y verlos bullir y desbordarse, como un lujurioso chal de sedas de la India.

Quedaron mirándose durante un segundo. Después, con un ligero sobresalto, ambos volvieron los ojos hacia la casa, que asomaba algún retazo de alero por los desgarrones de la fronda y cuyas galerías se veían bien. Les pareció distinguir a alguno. Pusieron los caballos al galope.

Aquel camino de ombúes pasaba por los fondos de la mansión y era de una soledad trágica. De día pocos viajeros lo cruzaban. De noche, hubiera sido una locura. Los amantes lo preferían para mayor secreto de sus entrevistas, y en cuanto a Blanca, sentía por él una extraña afición, explicable por su temperamento de nerviosa, lleno de terrores y de audacias.

Los árboles crecían tan juntos que sus raíces se tocaban. Ibase bajo una bóveda de follaje, en todo el trayecto de una legua. Los grandes troncos nudosos, con sus raíces a flor de tierra, producían a la hora del crepúsculo vagos terrores, por sus monstruosas formas, que parecían arrastrarse o elevarse en una gigantesca imploración. A veces, alguna crucecita medio cubierta por la yerba señalaba la muerte de algún desdichado. El viajero sentía un estremecimiento en la espina dorsal y lanzaba hacia la impenetrable fronda una mirada de inquietud, mientras apuraba el caballo. La arboleda comenzaba pasando el puente e iba a terminar con las primeras casas del pueblo, después de cruzar por los fondos de las tierras de López Barcena. El general construyó el camino, abriendo una ancha picada entre el ramaje. Con los años aumentaron los ombúes, brotando por todas partes modificando las líneas, imprimiendo al trayecto un sombrío carácter. Se les dejó así porque eran una tranquilidad para el establecimiento, pues se tenía la seguridad que inspira el temor. Y si bien formaba parte de

la calle real, el vecindario hizo de él una cosa típica, algo que ya sabíase lo que significaba, cuando se decía: "El camino de los ombúes".

* * *

El río formaba una pequeña playa en aquel paraje. La sombra del puente le prestaba su amparo y algunos sauces llorones y talas espinosos hacían del lugar un rincón de umbría y silencio, que los amantes aprovecharon para descansar.

Se apearon de los caballos, caminando hasta el agua verde que se frisaba y ondulaba al ligero soplo de la brisa. Una dulce frescura húmeda, con vago olor de violetas, salía de la tierra y se respiraba en el aire. El sol se tamizaba en la arboleda y una calandria, subiendo y bajando entre las ramas de un arbusto, les cantaba en su idioma burlón y apasionado. El río, de cauce hondo cortado a pico, cubierto por una costra de musgos que ofrecían todos los matices del verde; lleno de vegetaciones acuáticas, florecidas de blancas y carnosas campanillas; el río apacible, les repetía una rumorosa canción de eternidad y misterio...

Sentados en las toscas, Claudio miraba el agua con tal insistencia, que Blanca, deslizándole la mano por el brazo, le preguntó:

— ¿En qué piensas?

Se estremeció, sacudido por una inexplicable congoja.. Pero era tan tierna la caricia, tan ardiente

aquella voz velada por el amor inmenso, como una llama que se empapa de humo antes de arder con toda fuerza, que Claudio, olvidado del mundo, tomó la mano de Blanca y la besó largamente, en los hoyuelos del dorso, en las uñas rosadas y finas, sobre el terciopelo pulposo de la palma.

— No pensaba.. me había quedado así...

Ella movió la cabeza, entre satisfecha y dubitativa. Pero no insistió. Sabía que sus vidas estaban acechadas por el peligro; que sus corazones al amarse, cometían un delito... legal; que una mano podía hundir en ellos el hierro vengador del ultraje... Y aquel abandono de todo derecho les dejaba en el fondo de su amor un sedimiento de desesperanza.

Claudio habló de nuevo:

— Mira, Blanca, si tú quisieras... sabes que nuestros destinos están atados por un lazo indisoluble... Pues, bien: sufrir por sufrir... Yo tengo fortuna, que la he ganado honradamente, labrando la de los otros... podríamos... ¿por qué me miras así?... quiero decirte que podríamos ser más felices, vivir con menos zozobra...

Ella le interrumpió:

— Huyendo ¿verdad?

Fué tan viva la pregunta, que Claudio se detuvo medio confuso. Vacilaba, antes de aclarar sus intenciones.

— Es decir, yo pensaba...

Pero Blanca no le concedió más hesitaciones.

Sacudiendo la cabeza con adorable impaciencia, lo acorraló:

— Tú quieres que huyamos, ¿verdad?... ¡Dímelo, para que te conteste!

— Sí, eso pensaba...

— Pues bien.. ¡huyamos!

No esperaba, en definitiva, tal respuesta. Pero ella era así. Aun delante de los más grandes riesgos, gustaba de aquellas actitudes voluntariosas, muy de mujer por lo demás. A veces, después de alguna situación semejante, el pobre Claudio, que era dócil como todos los enamorados, recibía una rotunda negativa. Otra faz de su carácter ofrecía aquella resolución: por pequeños detalles había sostenido con él luchas de voluntad, dolorosas y largas. Y ahora, sin una protesta, más bien como quien va a su encuentro, aceptaba un porvenir que aislaba su alma de todo el mundo.

Quedaron un momento estrechados, unidos por un lazo de fe y un deseo de libertad. Él empezó en seguida a delinear su pensamiento. Regresaría a Los Pinos y, ya esa noche, podrían preparar lo indispensable. Habría que obrar con rapidez. Tenía en la casa sus asuntos arreglados. Por lo demás, todo lo malo que pudiera sucederle con respecto a sus intereses era poco precio pagado por aquella felicidad que les esperaba. Se embarcarían inmediatamente para el extranjero. Podrían ir juntos o separados. Pero más bien juntos. O como ella quisiera...

De pronto ambos pensaron en aquella alcoba, donde el paralítico se sentía morir en sus huesos de hielo. Un presentimiento les anubló, les hizo ver como una empresa imposible y pueril el sencillo plan concertado. Pasearon un rato por la pequeña playa...

El movimiento parecía disolver las malas ideas. Luego, venía de la llanura verde y fecunda, un soplo de salud, de esperanza. El sol, ya declinando, tenía esa tibieza de los últimos días de verano, y una dulce melancolía de otoño se insinuaba en el ambiente.

— ¿Me amarás siempre?...

Le decía ella, estrechándose contra su cuerpo. Y él, en secreto, acercando los labios a su oído le contestaba:

— ¡Siempre!

— ¿Hasta cuando seamos viejitos... y tengamos la cabeza blanca?...

— ¡Siempre, siempre! — le repetía él, casi llorando de amor, oprimiéndola contra su pecho.

La eterna pregunta y la eterna respuesta.

* * *

Don Juan López Barcena seguía inmóvil en su sofá de damasco rojo. En una hora, parecía más agotado aún, parecía más envejecido y canoso. Impresionaba realmente la expresión de su rostro, donde sólo los ojos brilaban con una luz de fiebre. Sus

manos, descarnadas y pálidas, se crispaban en el sofá, como el que se fuera hundiendo y se agarrase de algo desesperadamente. Inmóvil y silencioso, ardía, sin embargo, tumultuosamente, en una interna combustión. A veces, un hondo suspiro le desahogaba el pecho.

Por primera vez hacía examen de conciencia, analizaba su vida. Pero, como carecía de una medida imparcial para juzgarse, sólo veía con alto relieve los hechos adversos, mientras sus grandes culpas se borraban, se hacían lejanas y casi seductoras... No tenía el hábito de pensar, sin duda, y menos el de analizarse. De allí que estas imágenes danzaran un momento ante su imaginación y fueran barridas luego por el huracán de los celos.

Al sirviente que penetrara sin anunciarse, le arrojó una mirada de cólera.

— Señor..ahí está Nicasio. Ya iba a hacerlo buscar, cuando lo ví galopando por el camino. Monté y lo fuí a traer...

Se estremeció todo. Hay estados de espíritu cuya crisis necesita fatalmente una solución. Y cuando ésta se presenta, todo el cuerpo tiembla sacudido, como las aguas que se encrespan y convulsionan al borde de la catarata. López Bárcena, reaccionando sobre sí mismo, y despejando el duro entrecejo, respondió:

—¿Nicasio?... Has hecho bien: dile que entre.

Y se quedó pensando con tal ardor en alguna

idea, que por un momento perdió la conciencia del instante. Un ruído de pasos le retornó.

— Güenas tarde, señor...

El umbral de la puerta se hallaba ocupado por Nicasio Contreras, un paisano de cara antipática, de pelo claro y piel bronceada. Los pómulos salientes y el bigote áspero y caído lo presentaban como un tipo de mestizo entreverado, un "indio rubio", como suele decirse. Llevaba una camiseta de merino desteñida, tirador sin adornos, bombachas y alpargatas. En la mano conservaba el rebenque de gruesa lonja y el sombrero que se había quitado descubriendo una frente estrecha sobre unos ojos pequeños y brillantes. Por el tirador le asomaba el cabo del puñal. Después de saludar, esperó con ademán respetuoso.

— ¿Cómo te va, Nicasio?... Has venido a tiempo, porque te iba a mandar buscar...

— Pa lo que mande... yo no me olvido de lo que le soy deudor...

Respondió con voz atiplada. Este detalle lo hacía más repelente. Le conocían con el apodo de La Perdiz, por el metal de voz y por su habilidad en desaparecer. Tenía malos antecedentes, como cuatrero y peleador, habiéndolo salvado López Barcena de que lo mandaran al presidio una vez que mató a un paisano en un baile. Fué algún tiempo peón de los Pinos, y Claudio lo había echado por haragán y pendenciero.

— No me olvidaré nunca, mi patrón... — repetía.

— Sí, ya sé... — respondió López Bárcena indiferente. Y mudando de expresión, agregó:

—¿Por dónde has andado?

— Juí arriando una tropa hasta San Pedro... y de güelta, truje los parejeros de Iturralde... ¡Mire que son delicaos, éstos de aura!...

López Bárcena no le escuchaba. Se percibía que en su nublado cerebro abríase paso una idea, como esas plantas lívidas que brotan en los pantanos. La respiración le salía penosamente a través de sus dientes apretados y las mejillas se le habían empalidecido más. Por fin, como quien se arrancara las palabras de la lengua, habló con voz silbante y opaca:

— Te necesito mucho... sé que eres un hombre capaz...

Lo miró abriendo muy grandes los ojos y, finalmente, poniendo en ellos una chispa de luz acerada, terminó dejando caer la palabra:

—... de todo... ¿no?

Nicasio sonrió, entre cínico y satisfecho, mostrando sus amarillos dientes de lobo. Se recostó sobre el marco, esperando que el señor se explicara.

Don Juan, muy sombrío y con un gesto imperioso, le dijo:

— ¡Entra y cierra la puerta!

* * *

Ligeras nieblas empezaban a flotar sobre el horizonte. El agua del río se deslizaba como un raso casi negro. La tarde comenzaba a caer, y Claudio pensó en el momento del regreso. Los primeros ombúes del camino se doraban en la cima. Cantaban algunos grillos entre la gramillada espesa. Rápidamente se acentuaban las sombras y el paisaje antes jubiloso se penetraba de inquietud, se poblaba de no sé qué acechanzas.

— ¿Vámonos?...

Le dijo suavemente, sin resolverse a desceñir aquel abrazo. Ella parecía no haberle oído.

— Vamos, se hace noche.. ¿no tienes miedo del "camino"?

Repetía sin dar un paso. Blanca, descansando la cabeza sobre su hombro, lo miraba lánguidamente y le ofrecía su boca. Sentía a su lado una absoluta seguridad. Mejor dicho, ni una sospecha de temor le penetraba.

— ¿No tienes miedo, Blanca?... — insistía él sonriente, pero con una vaga inquietud en el fondo. Ella, por toda respuesta, le estrechó más sobre su corazón. Después, con una voz de niña, llena de lejanía y de ensueño, respondió:

— Es la última vez que "lo" pasaremos... No tengo miedo. No siento sino una gran felicidad y un gran amor...

De improviso, un cercano rumor de ruedas les sobresaltó. Por la calle real aparecía sobre la loma un carricoche tirado por tres caballos. Dos siluetas se destacaban en el vehículo, entre las primeras sombras de la noche. Venían en dirección al puente con ánimo de cruzarlo y seguir por "El camino de los ombúes".

— Dejémoslos pasar... — le insinuó Blanca, suspendiendo los preparativos de la marcha. Y en otro tono agregó:

— ¿Ves cómo cruza gente por él?...

— Sí, siempre será mejor que vayan delante — respondió Claudio, con un acento en la voz que parecía aludir a las dos indicaciones de la joven.

Con un traqueteo agrio, apareció al poco rato el carricoche y atravesó el puente con lentitud. Se detuvo varios segundos, mientras sus ocupantes hablaban. No se percibían las palabras, pero por la entonación parecían concertar un plan. Por último, se internaron entre la arboleda. Al paso de los caballos los siguieron detrás.

— Esta gente nos hace perder un tiempo precioso... — dijo Claudio, ligeramente apesadumbrado.

Iban andando en silencio, con los caballos tan cerca, que sus cuerpos se enviaban el mutuo calor. De cuando en cuando, un golpe de herradura o un frotar de frenos turbaba con rumor metálico la lóbrega quietud del camino. Un novilunio pálido di-

bujaba a trechos sus siluetas entre la mortecina claridad.

* * *

Volvían de la feria. El carricoche, claudicante, los zarandeaba hacía rato por caminos malos, llenos de baches y terrones. Así es que, pensando arribar a su destino a la tardecita, se les vino la noche encima, y aun les faltaba un buen tirón. El que manejaba, un mocetón atezado, expresó sus temores:

— ¿Sabe don Evaristo, que nos va a agarrar la noche en "El camino e'los ombuses"?...

— ¿Y de ahí?

— Se conoce que usté no es del pago... Suelen asaltar y tenemos que dir con precauciones... No hace mucho, al cabo Peralta le bajaron de una puñalada, cuando volvía de una comisión. Dicen que jué una venganza... ¡vaya a saber uno!

— ¿Entonces sería mejor apurarnos?

— Vamos a ver...

El otro viajero era un hombre grueso, rubio, con cara de vasco y apariencias de hacendado. Y lo era, en efecto. Volvía de la feria, donde vendiera animales por algunos miles de pesos. Esto alarmaba a su compañero, dueño del carricoche y vecino del lugar. Tenía que llevarlo hasta el otro pueblo, donde aquél poseía una cabaña importante.

Cuando asomaron por la entrada del puente la

noche ya se iba acentuando. Entonces, Pedro, el conductor, se volvió como quien ha encontrado la solución del problema.

— De cinco tenemos tres en contra... ¿Quién dice que no ha corrido la voz de que usté viene con plata?... Todo se sabe... ¡Y vamos jugando el cuero! A mí me conocen, y saben que no tengo nada. Nada me ha de pasar: por lujo no matan... ¡Vea!... acuéstese aquí y hágase una pelota, lo más que pueda... Saque su "revuelver" y tome el mío... ¡y los tiene prontos!... Hasta que yo no le avise no se mueva... Si algo pasa, tal vez los despistemos.

Don Evaristo apretó su corpachón entre los pies del otro, que le echó un poncho encima. Pedro arreó los caballos y se metió por el camino silbando una milonga. Llevaba sujetando los animales, para tenerlos frescos cuando quisiera. Entre la obscuridad se escuchaba el traqueteo del carricoche y el silbidito del mocetón, que no las tenía todas consigo. Así anduvieron un rato.

De pronto, notó que a su lado galopaba un hombre. Debió salirle de golpe entre los árboles. No hizo ningún ademán. Siguió silbando y castigando suavemente los caballos, muy preocupado en su tarea de manejar.

Como el desconocido no decía nada, él seguía callado, haciéndose el que nada veía.

Empezó a preocuparle aquel acompañante silencioso. No podía verle la cara, porque la débil cla-

ridad que filtraba a veces la luna le daba en la espalda. Se conocía por el traje y el apero que era un paisano. Así anduvieron un regular trayecto. Le pareció que acaba de detenerse. Mirando al soslayo, ya no lo alcanzó a ver. Respiró...

A ratos, el camino se abría en un claro. Un ombú mutilado se destacaba con la apariencia de una enorme res, a la que hubieran desollado y puesto a secar entre dos grandes vigas. El camino solía bifurcarse formando en el centro como una isleta de árboles achaparrados: moras y pequeños talas. Estaba lleno de vueltas y encrucijadas, que formó la vegetación a la vera de la huella, siempre modificada por las lluvias. A sus costados se extendía un monte tupido, de donde no llegaba ni un rumor.

Pedro sintió que su corazón le golpeaba con fuerza. Acababa de oir detrás un galope de caballos. Casi al mismo tiempo le cruzaron por los costados dos jinetes, también callados como el otro. Esta vez notó que le observaban, pero como nada dijeron, él siguió chifla que chifla, arreando los caballejos que trotaban con gusto en dirección a la querencia. Le pareció conocer a uno de aquellos hombres.

Empezaba a tranquilizarse, cuando notó que acortaban el galope y se dejaban pasar. A Pedro le corrió un escalofrío por la espalda. Pero el rumor de los cascos cesó de golpe.

—Güeno: ya me escapé de otra... Pero toavía me falta la mitá...

Como hablara tanto para sí como para el com-

pañero, de abajo del pescante le contestó un resoplido de fatiga.

Siguió silbando y arreando los caballos con el ojo avizor y el corazón en un puño. Sentía que su ánimo comenzaba a flaquearle. Comprendía que se trataba de una emboscada en regla, ahora que pululaban tantos vagos por la campaña, al amparo de los caudillos. Notaba, sí, que habían olido la presa. Y veía rondar las fieras, sintiéndose ya caer en sus garras.

— ¡Nos carnean a los dos! — pensaba, en una brutal comparación de matadero. — Nos carnean, madre mía... a él por la plata, y a mí, pa que todo se borre...

Y maquinalmente seguía silbando, con más ganas de que la tierra se hundiera y los tragase. Lo que no se explicaba era la extraña actitud de los jinetes que ni lo hacían parar ni le decían una palabra. Con la cabeza llena de estas ideas confusas, arreaba los caballos y ganaba terreno.

De pronto, la sangre se le heló en las venas. Ya estaba por llegar a la tranquera de López Bárcena, cuando entre los árboles dintinguió bien clarito la cabeza de un caballo y en seguida ya estuvo a su lado, y ya se le puso a la par otro más. Este se fué pegando a las ruedas y después que lo miró un segundo le hablo:

—¡Pa onde va, amigo!...

—Pa Zárate...

Siguió galopando y Pedro sin dejar un momento de silbar.

— Parece que trae los caballos cansaos...

— No... los vengo asujetando, pa que no se me aplasten...

— ¿Quiere que le dé una mano?...

— No; muchas gracias... ¡si ya vi'a llegar!

— Güeno, que le vaya bien...

Y parando en seco dió vuelta y desapareció. Cuando el rumor se hubo extinguido, Pedro se alzó como un loco, gesticulando:

— Don Evaristo... levántese... y tenga pronto los "revuelver"!...

Y empezó a castigar los caballos, emprendiendo una carrera furiosa.

El carricoche daba tumbos, chirriaba, parecía que se iba a partir. Pero la carrera seguía cada vez más vertiginosa. Pedro azotaba sin piedad a los caballos enloquecidos. Sólo sus puños de hierro lograban dominar aquella avalancha de cascos y ruedas, sobre las raíces enormes, los baches profundos, las vueltas bruscas del camino.

— Don Evaristo al primero que salga le hace fuego... ¡que ya no puedo más!

— Pierda cuidado...

Respondía el otro con una tranquila y firme decisión de vasco.

Los últimos ombúes desaparecieron como a través de un torbellino. Por fin llegaron a la plaza del

pueblo y se apearon en el hotel. Sentían necesidad de descansar y probar un bocado.

No habían traspuesto los umbrales, cuando en dirección al camino sonaron varias detonaciones... Se miraron fijamente. Entraron por fin a la sala, con buen ánimo de comer.

....

— Han asesinado a Don Claudio... el administrador de Los Pinos.

Al salir, oyeron que todos decían.

— Un hombre tan güeno, tan hombre... ¡canejo! — protestaba un criollo de pera negra y chambergo con barbijo.

— ¿Donde? — le preguntaron.

— ¿Ande ha de ser?... En "El camino e'los Ombuses"!... ¿no han oido los tiros hace un ratito? Salió una comisión... Dicen que estaba caido entre unos pastos y que el caballo había desaparecido... También dicen no sé qué cosas más... yo no me meto en habladurías...

Entonces, ellos le contaron sus peripecias.

Se había formado un grupo, y al final oyóse un coro de exclamaciones.

— Sí, se ve que no era pa ustedes... ya se la estaban preparando a Don Claudio...

Decían. El criollo de pera agregó, refiriéndose a los asaltantes:

— Güeno: a uno de esos lo ha voltiao...

— Sí... a ese bandido de Nicasio... — respondió una voz. — Pero no se compensa...

Don Evaristo y Pedro subieron de nuevo al carricoche, y al paso, lentamente, siguieron con rumbo a su destino.

* * *

Una lámpara alumbraba la habitación de don Juan López Bárcena.

Las sienes hundidas, las mejillas descarnadas, todo él llevado al último agotamiento, doblábase como un espectro sobre el cuerpo inanimado de Blanca. La luz dejaba caer como un oro triste sobre la pálida fisonomía de la joven, crispada en un rictus de pavor. Una suave mancha azulada ahondaba sus ojos cerrados y algunos rizos caían sobre la frente, dando al rostro una dulzura de desolación infinita.

En la casa, rodeada de tinieblas, la tragedia se había desatado de un modo fulmíneo. Después de aquellos tiros que sonaron allí cerca y el grito desgarrador percibido en la noche, siguióse la carrera de los sirvientes aterrorizados y luego aquel silencio...

López Barcena, inmóvil, esperaba sin decir una palabra, clavado en su sofá de damasco rojo. Sus ojos, solamente, se hundieron mucho y se rodearon de una sombra casi negra, cuando entraron los sirvientes trayendo el cuerpo de Blanca, arrojado del

caballo y desgarrado en las zarzas, tal vez pisoteado.

Adivinó, más bien que alcanzó a ver detrás, el cuerpo de Claudio, que también lo traían. Estremecióse de tal modo que parecía adquirir otra vez movimiento. Con un grito ahogado los contuvo:

— ¡No... a él no!

Y mientras todos corrían en busca de un médico, se quedó solo con su mujer, pensando obstinadamente si estaría muerta...

EL DRAMA DEL MOLINO

LA casa, aunque bastante espaciosa, no podía albergar más habitantes. Se entiende que hablamos de tejas arriba. Así es que los mejores resquicios se hallaban ocupados por dos familias de gorriones, una pareja de gilgueros y varias golondrinas a cuyo respecto Juan, el labrador, había concebido alarmantes sospechas de poligamia...

Algunas mañanas vinieron dos calandrias y revolotearon entre las vigas de la galería. Ensayaron su canto varias veces y él se tenía por el más feliz de los hombres. Esperaba que hiciesen su nido en el alero, entre una madreselva. Pero todo era empezar su melodía, cuando llegaba de no se qué parte una leñatera y no se encontraba forma de hacerla callar. Fastidiadas concluían por irse.

Así sucede con los poetas: basta que uno se ponga a cantar, para que broten pajarracos de todas clases.

Sucedió que esa misma leñatera no viendo donde asegurar su desmedida vivienda, se fué a revolotear

por el molino del agua. La viga superior estaba ya ocupada por un hornero y a todas horas se le veía subir y bajar con su barro en el pico, haciendo viajes hasta los bebederos de las vacas.

Al pie del molino, Juan había trasplantado un tala. Lo encontró por el campo huacho y lo trajo para aumentar sus arbolitos. Lo podó y allí estaba el pobre criollo medio destartalado. A los pocos días la ramazón espinosa que le cortara, apareció entretejida a los barrotes del molino, junto a la base del tanque. Aquello era el principio de todo un nido, y no tardó en llegar la leñatera con más ramas. Se enterneció, perdonándole sus pecados.

¿Quién hace caso de un nido más, en el campo? La atención del labrador es atraída a cada instante por tanto bien y tanto mal como brota de la tierra. Junto con la sementera, crecen matorrales de abrojos; sobre la avena que nace, tiende el chamico su tinglado de hojas, y toda la siembra languidece, se hace rala, muere; la biznaga cubre los alfalfares recién brotados, en unión de la manzanilla y el cardo. Y cuando se ha descepado la maleza, viene la plaga de los insectos. Llegan las cochinillas rojas como rubíes, verdes como esmeraldas, o manchadas de ocre y negro, verdaderas joyas. Y talan los almácigos. Viene el bicho moro y arrasa los papales, antes de florecer... Los devora con método, una, dos, tres veces, hasta no dejar más que la mísera planta reseca. La isoca, esa oruguilla imperceptible al nacer, cuando ha barrenado todo el interior

de un tallo de maíz, aparece por arriba o por abajo gorda como un dedo, entre un aserrín de detritus. Todo lo que la planta dará en adelante no será sinó hojas... Naturalmente: ¿quién piensa en un nido más cuando tantas cosas le quitan el sueño?

* * *

Un día, Juan descansaba sentado bajo el alero, y arrojó una mirada hacia el molino. La ramazón había aumentado hasta desbordar por todas partes. Redes espinosas, plumas, herbajos mullidos, asomaban, colgaban de los barrotes de hierro, en un desorden de nido mal hecho. pero sólido y, sobre todo, de apariencias hostiles. Parecía no obstante sin terminar.

Ti... tirí... tirí... tirí...

Llegó volando la leñatera. El pajarillo pardusco, con su cola franjeada de blanco, tenía un aire equívoco, escurriéndose furtivamente, como si algo temiera. No había logrado penetrar al nido, cuando cayó sobre él una verdadera flecha de plumas. Gritos, revoloteo de alas... Era un benteveo!

La pobre leñatera, rudamente sacudida del pescuezo, soltó su brizna de paja y trató de resistir. Pero las pinzas de ébano la tenían sólidamente apretada. Trató de huir entonces. Y después de algunos esfuerzos, lo conseguía, refujiándose entre las espinosas ramas del talita. Allí se le reunió el compañero, que observaba a prudente distancia.

Cho... feo!... Cho... feo!...

Gritaba el otro tunante, esponjando las plumas con gran satisfacción.

Y como la escena se repitió varias veces, Juan cayó en la cuenta de que se trataba nada menos que de un despojo. La leñatera estaba destinaba a perder todo su trabajo en beneficio de un pájaro más fuerte, que codiciaba su nido.

Quedó confuso. Sabía que las calandrias imitaban tan bien el silbido del hombre, que a veces, lo habían chasqueado. Tampoco ignoraba su gran afición por los higos maduros. De la tijereta podía decir que atacaba a todos los pájaros, haciéndolos huir, sin exceptuar al mismo carancho, ese coyote de los potreros, que solía gambetearle pesadamente o descender en seco bajo sus picotazos. ¡Qué no sabía de los gorriones! Cuántas veces viera a los gandules pichones de tordo, haciéndose alimentar por chingolos y hasta por tacuaritas! Los "arpados" jilgueros le habían diezmado más de un trigal, obligándolo a segarlo antes de tiempo. Y de los boyeros churrinches y zorzales... Pero nunca presenciara nada tan impúdico!

Rodeado de sus hijos seguía observando. Emocionaba la tenacidad del pajarito, débil y laborioso, que recurría a todos sus medios para cumplir con los mandatos de la naturaleza. Y aquellos otros bandidos, turnándose y vigilando tan estrechamente, que ni una vez logró la avecilla reanudar su tarea.

— ¿Porqué no matas a los benteveos?...

Le decían los niños que, como todas las almas simples, extreman el sentimiento de justicia hasta la crueldad.

No se creía llamado a intervenir. El animal sigue de tal modo los impulsos naturales, que el hombre debe observar mucho antes de contrariarlos. Sin embargo, algo le afirmaba que hallábase en presencia de una tropelía inaudita. Estúvose quieto, sin embargo, y consintió al pillaje y expulsión de las leñateras, sin hacer un ademán para impedirlo. Comprendía que la naturaleza o eso que se llama destino, a cuyo designio nada puede substrarse, obraría de algún modo, porque el mal no puede ser la ley de la vida.

Era un espectáculo conmovedor, ciertamente, el que ofrecían las dos leñateras alicaídas, entre el ramaje pobre y espinoso del tala, mientras allá arriba gritaba y revoloteaba con un goce de ladrones, aquel par de diablos amarillos.

Cho.. feo!...

* * *

Pasaron varios días. Otra mañana el menor de los niños vino hasta el labrador y, muy impresionado, le dijo en su media lengua:

— El benteveo se ha *muelto*...

Fueron hasta el pié del molino y allí, en una pileta de aguas ya verdosas, yacía el salteador con las alas abiertas y la cabeza metida en el fango, ex-

halando un hedor insoportable. Seguramente quiso beber, y resbaló por las paredes. Lo cierto era que allí estaba bien muerto.

Los niños celebraron el castigo con gran algazara. Debemos decir que en sus pequeños conciliábulos, habían juzgado mal la prescindencia del padre. En cambio, empezaban a sentir por el benteveo esa mezcla de repugnancia, de miedo y respeto, que inspiran todos los bribones triunfantes.

Vino a resultar, por último, que el compañero viudo se fué, dejando el nido abandonado. Y como las laboriosas leñateras ya habían comenzado a hacer otro, unos gorriones aprovecharon la ocasión: y ahí están como en casa propia.

— Realmente, — pensaba más tarde el labrador — nunca creí que esas cosas pasaran también entre las pájaros...

EL CORDON DE LOS VOTOS

EL fraile cruzó la pierna con un ademán mundano. Entre las amplias mangas del hábito color avellana, sus manos largas y fuertes se movían en gestos nerviosos. El capuchón echado hacia atrás descubría el rostro enérgico, con aquella barba renegrida, la nariz aguileña, la frente vigorosa en el reluciente marfil de una calva que le iba de sién a sién. Regresaba de su última expedición a las comarcas inexploradas en el centro de América, y aquella tarde se le había invitado a tomar una taza de té, en casa de la familia de Ortuzar. Rodeábalo un grupo de damas, entretenidas con sus narraciones de viaje.

—¿Cuántos peligros habrá tenido que pasar, verdad, padre?... preguntó la señora de Freire, haciendo un ademán de compasiva admiración.

Quedó un minuto silencioso, reconcentrado, como si recordara los grandes azares de la travesía. Evocó por un instante la visión de la naturaleza tropical, con sus grandes bosques, sus esteros palú-

dicos, bajo un sol de fuego; luego el perfume de aquella flora monstruosa, el canto de las aves más raras y la mordedura de los reptiles más venenosos; por último, la flecha del indio... Contestó:

—Si, muchos... pero me defendían mis armas predilectas...

—¿Cuáles?... inquirió curiosamente su interlocutora.

—La persuasión, la fe...

Se detuvo y, dando de pronto un giro burlón a la frase, agregó:

—... Y cierto rifle de fabricación alemana.

A la audacia firme de sus palabras uníase una desenvuelta ironía. Sabiendo perfectamente que la fe transporta montañas, tampoco parecía ignorar los excelentes efectos de un buen balazo en circunstancias oportunas.

El doctor Ortiz, que conversaba con el dueño de casa en un extremo del salón, aproximóse para decir lugares comunes, con una solemnidad de jurisprudencia:

—Sí, padre: ustedes allí, en la brecha... ¡esa es la verdadera misión!...

El fraile no le oía casi, prefiriendo hablar con las señoras, a quienes inquietaba y seducía. En aquellas almas brumosas de incienso y húmedas de agua bendita, su palabra áspera de vahos agrestes, penetraba desgajando rosas místicas de papel. Pero después de tronar con actitudes de Apocalipsis,

sonreía finamente, y, haciendo un ademán lijero, contaba anécdotas divertidas.

Julita Dimara se regocijaba mucho con estas anécdotas. Sus dientes blancos y un poco felinos, brillaban por entre el rojo de los labios humedecidos voluptuosamente, como si gustara sabores picantes.

—¿Y después, padre?...

Siempre quería saber algo más, intrigada por las reticencias del fraile. Cobraba atrevimiento y, al observar un detalle en su vestimenta, se animó a preguntarle:

—¿Qué significan esos nudos que tienen sus cordones?...

Distraído de la peroración, interrumpióse.

—¿Qué cosa?... Ah!... ¿Estos tres nudos? Levantó los extremos del cordón que ceñía su cintura y, mostrándolos a la curiosidad general, agregó sin darle mayor importancia:

—Los votos...

Entonces el doctor Ortiz sintióse llamado a agregar, mientras envolvía a todos en una mirada erudita:

—Son los votos que constituyen el estado religioso: pobreza, obediencia y castidad...

Hubo un instante de silencio. Alguien tosió. El fraile pensaba, como esforzándose en recordar alguna cosa.

—Dice usted bien, doctor... Y, a propósito: me viene a la memoria un pasaje hasta cierto pun-

to original. Fué al llegar a Pernambuco, cuando desembarqué para internarme...

Con una chispa en el fondo de sus ojos azules, la rubia señora de Macksin, exclamó:

—Debe ser algo muy interesante... ¿no es cierto, padre?... ¡cuéntenos!

Después de consultar la hora:

—Sí, — dijo, — tengo todavía unos minutos... Lo contaré en cuatro palabras. Fué así. Nuestro vapor había anclado a media milla de la costa y, para llegar a tierra, recurrimos a las pequeñas lanchas que merodeaban por todas partes. Era una mañana de un viento terrible y la bahía de Pernambuco tiene fama de ser muy peligrosa por su oleaje turbulento. Ibamos... sí, íbamos seis pasajeros metidos en aquel cascarón: un diplomático francés, la esposa, un señor grueso, comerciante, que viajaba con su hija, yo y... cierta señora de lujosos vestidos y deslumbrantes joyas, cuya vecindad había suscitado escrúpulos entre las damas de a bordo...

—¿Por qué?... — preguntó Julita, con su expresión más ingenua.

Hizo un gesto vago de indulgencia apostólica.

—Decían que era una cantante... Y bien: de pronto la lancha casi se fué a pique en uno de aquellos tumbos desesperados. Las señoras dieron gritos de angustia y, como es natural en estos casos, tendieron sus manos buscando en qué apoyarse. El diplomático sostuvo a su esposa, el otro hizo lo

propio con la hija y, la señora aquella, que carecía de caballero o talvez siguiendo el general impulso, inició un movimiento hacia mí...

El fraile se calló por un instante aparentando perplejidad zumbona. Las damas sonreían. El señor Ortúzar creyóse obligado a demostrar penetración. Guiñó los ojos y exageró sus risitas, mientras se golpeaba los dedos encima del vientre.

—Bueno, — prosiguió, — por un lado sentimientos cristianos, muy explicables, me llevaban a prestar mi auxilio a la pobre mujer, que tenía una expresión suplicante. Pero, por otra parte, — ustedes convendrán, — no me parecía el caso tan ineludible como para ofrecerle mi mano.

—Era lo que se llama una situación difícil! — argumentó sentenciosamente el doctor Ortiz, en la convicción de que decía una frase.

—Sí, eso es... — contestó el fraile al azar, reanudando su narración, — el oleaje se hacía cada vez más irresistible y yo mismo empecé a vacilar. Las cosas, pues, se presentaban rodeadas de esas circunstancias especiales, para las que nos arma un sentimiento de abnegación. Comprendía la necesidad de tomar una resolución rápida...

Volvió a detenerse como saboreando el efecto, en tanto que por el auditorio corría un movimiento de maliciosa impaciencia. Maestro de la escena, sentíase halagado por aquella espectativa. Luego con acento irónico, que disfrazaba bajo un velo

de untuosa piedad, agregó mientras se levantaba para retirarse:

—Entonces, creyendo resolver la situación...

—Le ofreció su mano?... — interrumpióle, en su loca impaciencia, Julita Dimara.

—No... — terminó el fraile con mansedumbre, — le tendí los cordones de mi hábito...

COMO SE VIENE LA MUERTE...

Gordo, sudoroso, con la cara de un rojo congestionado, al que contribuían su temperamento sanguíneo y su afición al alcohol, Bernabé Sánchez, el sub-comisario, hacía tertulia con otros parroquianos del negocio, esperando quizás por instantes que su dueño, don Carlos, lanzara el último suspiro.

—Don Carlos se nos va... Che, dame un whisky!

Este era un hombre joven, de treinta años a lo más, rubio, rosado, un gigante que siempre estaba trabajando. Se había instalado con aquel negocio de restaurán para probar fortuna, y, cuando las cosas empezaban a marchar solas, después de su primer gran esfuerzo, helo que caía fulminado por una pulmonía doble.

Hay que reconocer que debido a su testarudez le había acontecido aquel terrible suceso, que a esa hora llenaba de angustia a su joven compañera, acentuando el temblor senil de la madre, una vie-

jecita de sesenta años, encorvada y pálida, que hacía esfuerzos para no llorar. Luego había dos almitas más con su pequeña congoja, pero dormían en aquel instante llenas de una inocencia absoluta. Eran la nena y el varón, frutos de su amor conyugal.

El caso fué que volviendo con el birloche de los mataderos, le había tomado la lluvia a la altura de la estación. Con bajarse en cualquier parte, asunto concluído. Pero, no. Apuró la marcha y así, aguantando una verdadero tromba de agua, se vino hasta el negocio, en Almagro, adonde llegó calado y transido por un frío intenso. La mujer, que lo viera en ese estado, le dijo en seguida:

—Carlos, andá mudate...

Pero, tampoco. Y así se estuvo un largo tiempo. Que desatando el caballo; que recibiendo unas mercaderías... Por último, consiguió que le hiciera caso. Entonces le confesó:

—Caramba, Marieta, me ha agarrado un dolor acá...

Y se tocaba la espalda, dando diente con diente. La frente le ardía; las piernas se le doblaban. Lo metieron en la cama y mandaron buscar el médico. Cuando este vino, ya tarde, y le tomó la temperatura, tenía cuarenta grados. Lo auscultó... Luego hablaron de ponerle ventosas. Era un médico joven, lampiño, con una grande frente de sabio. Pasó a la otra pieza a escribir una receta y las mujeres lo interrogaron ansiosas. Se trataba

de un caso muy grave. En fin, haría lo que estuviera en su mano. Había que esperar....

Pero al siguiente día la congestión se acentuaba de una manera fulminante. El enfermo yacía inerte. La respiración se le escapaba con un silbido y la fiebre aumentó medio grado. Así permaneció hasta la tarde del otro día sin que se produjera ninguna reacción, y el médico comprendió que se trataba de un caso perdido.

La noticia esparciose por el negocio. Después de comer, varios clientes dejaron prolongar su estadía, y, ya cerradas las puertas, con la mitad de las luces apagadas, conversaban a media voz sobre la desdicha que parecía cernirse sobre la casa. El sub-comisario Sánchez se hallaba en el grupo. A eso del oscurecer había caído como de costumbre y muy afectado pidió un whisky y lo bebió a traguitos. Después pasó al cuarto del enfermo. Al regresar, sentóse en una de las mesas y de allí no se había movido. Lo rodeaban algunos. Su negra melancolía de borracho, se hacía más aguda. Comprendía la fatalidad de los hechos y deseaba olvidar.

—Don Carlos se nos va!... Repetía obstinadamente. — Se nos va, amigo... Y haciendo una ligera transición, agregaba, dirijiéndose al mozo: —Dame un whisky!

Y se abismaba largo rato, con la mirada perdida en el fondo de la copa, de donde las burbujas subían incesantemente y, en llegando a la superficie, estallaban en una pequeña explosión. Los de

más no se cansaban de repetir las incidencias de la mojadura. Uno de ellos afirmaba que si se hubiera mudado la ropa en seguida de llegar, nada le habría pasado. Otro le respondía que cuando el frío se va a la sangre, ya es inútil. Y refería el caso de un pariente que naufragó en un viaje al sur. Como sabía nadar, se tiró al agua para llegar hasta la costa, que estaba allí no más. Lo recogieron de otro buque. Pero, qué!... ya el frío se le había ido a la sangre.

El mozo apagó algunas luces más y la sala del restaurán adquirió proporciones mayores, con sus ángulos de sombra perdidos a la distancia, donde se amontonaban las sillas y las mesas. Un enjambre de moscas volaba de la oscuridad a la luz y se dejaba caer sobre las arañas y los cuadros, defendidos de sus ultrajes con trozos de gasa verde. Un espejo, bien fumigado de polvo insecticida, alzaba entre su marco dorado la luna inútil. Más allá, el mostrador con su vidriera de fiambres y frutas, y su estantería de botellas. Todo rezumaba un olor a pringue, a comida fría.

A ratos, alguno de puntillas, iba hasta la habitación del enfermo. Se oía cuchichear en el interior. Luego tornaba moviendo la cabeza con un ademán de desaliento. El sub-comisario, con voz humedecida, volvía a lo mismo.

—Don Carlos se nos va... No somos nada!... Che, dame otro whisky...

Trajeron varias tazas de café. Fumaban, y el

humo, espeso cada vez más, los desvanecía en una atmósfera caliginosa. De adentro llegaba a veces el rumor de pasos furtivos y el tin tin de una cuchara revolviendo las medicinas. Un ambiente pesado rodeaba el lecho del enfermo. A su lado, en una silla, la mujer tenía clavada en sus ojos una mirada ansiosa, mientras con sus manos le oprimía la diestra, aquella zarpa de trabajo, ahora blanda y sin fuerzas. La viejecita se acurrucaba a sus pies, llorando silenciosamente. Por la puerta a medio cerrar se veía la pequeña cama de la nena, en la otra pieza.

Cierta congoja que ahogaba la respiración, posesionábase de todas las cosas. Algo que a la menor insinuación iría a reventar en sollozos... El enfermo cada vez respiraba con mayor trabajo. A ratos un estertor lo sacudía. Era como si la vida se rebelara contra aquel puño que la estrujaba, que la estrangulaba... Luego, largos silencios.

—Don Carlos se nos va... — escuchábase de nuevo allá en la sala como una salmodia agorera y monótona. — Se... nos... va... dejáme la botella!

RAFAELITO

NOSOTROS fuimos cuatro hermanos, dos varones y dos mujeres... Me dijo Claudio. El mayor, que se llamaba Rafaelito, murió al año de nacer...

Como notara mi extrañeza, al oirle hablar con cierto calor de una cosa ya lejana, pues Claudio que era el menor, había pasado de los treinta, se apresuró a explicarme:

—El nombre de Rafaelito, ha sido en nuestra familia objeto de veneración. Era un hermano muerto, que vivía entre nosotros evocado por las lágrimas de mi madre y por un cofrecillo donde se guardaban sus batitas, un par de escarpines, dos o tres baberos... Cuando la sorprendíamos llorando, primero por curiosidad infantil, luego con una mirada enternecida, le preguntábamos:

—¿Qué tienes, por qué lloras?

Sonreía entre sus lágrimas, abrazándonos, como si nos defendiera de alguna acechanza y, por largo

rato nos besaba, humedeciendo con su llanto nuestras cabezas.

—Es la ropita de vuestro hermano... de Rafaelito... — murmuraba después. Y entre suspiros, iba guardando aquel puñado de blancura. Nosotros también llorábamos, sobre todo yo, tan propenso a la ternura y la congoja sentimental. Creo que esta cualidad la heredé de ella y, como le era muy apegado, solía padecer crisis enfermizas en que me pasaba las horas llorando.

—Eso no es extraño, — le interrumpí, — cuando se viene al mundo, como tú, predestinado para realizar una obra de belleza. Se nace con una sensibilidad dolorosa, enfermiza, como acabas de decir. Recuerdo que en mi tierna edad, yo padecía ataques de terror al pensar en la muerte. También lloraba, abrazado a mi madre.

—Son los mimos... — decía la gente.

Nos quedamos un rato silenciosos, abismados en nuestros recuerdos de la infancia. Estábamos en la biblioteca. La noche anterior su esposa había dado a luz un niño y yo, cuando lo supe, vine en seguida a pasar unas horas a su lado. Era un día tibio de fines de Agosto. El sol daba de lleno en la pieza y entraba por la ventana y la puerta en manojos dorados, envolviéndonos en luz y calor. Dos pájaros jugaban entre las persianas, haciendo el nido. Era un secreteo, interrumpido por aletazos y bruscas huidas.

El recuerdo vagaba por una vieja casa, con ale-

ros de tejas donde anidaban las golondrinas. Perfume de geranios, de lilas y rosas... Aquella niñez triste, sin amigos, jugando en solitarios merodeos por el jardín, lleno de zarzas y humedad, a caza de babosos caracoles o juntando ramos de violetas. Después, los años de escepticismo juvenil; la angustia de vivir, con toda el alma temblorosa a la orilla de aquel mar, que debía pasarlo a nado... El optimismo había llegado al final: el hijo que nace, la planta que germina, la obra que se realiza y florece... La muerte ya no me asustaba.

—¿Dices que ese niño...? Le inquirí, volviendo de golpe a nuestra conversación.

—Sí... murió antes de cumplir un año: ahora tendría cerca de cuarenta. ¿Es curioso, verdad?... Y si tú le hablaras a mi madre, le oirías referirse a sus ojos, a sus gracias, con una emoción sobre la cual no ha pasado ni un día. Sobre todo, las últimas noches de la enfermedad...

Claudio hizo un gesto rápido, como si cortara su estado de ánimo con una reflexión inesperada. Hablábamos despacio, para no turbar el reposo de la puérpera, que dormía en la pieza contigua. Claudio se hallaba aún muy impresionado por el nacimiento de su hijo; era el primero. Tenía momentos en que parecía ausente de sí mismo o bien, una nerviosidad exaltada, lo tornaba de golpe muy locuaz. Por otra parte, la vigilia mal reparada por un sueño de dos horas, poblado de pesadillas, acentuaba en él su estado de semi sonambulismo.

—Una noche... mi padre, que era periodista, llegó tarde como siempre. Escribía en un diario de la mañana, diario de oposición, empresa pobre y combativa, donde tenían que hacerlo todo entre dos o tres redactores. El niño seguía mal. Mi madre estaba desconsolada y, por la primera vez, tuvo la visión de algo irreparable... Me ha referido que aquella noche mi padre no venía solo; acompañábalo un hombre alto, corpulento, de "pera" larga y abundante. Aunque su expresión era taciturna, pareció muy impresionado por la enfermedad del niñito, teniendo para ella palabras de esperanza, de consuelo, que siempre las madres reciben ansiosamente. Era un compañero de redacción... era Olegario Andrade... ¿sabes?

Claudio se levantó, yendo un momento a escuchar desde la puerta. Después volvió a sentarse a mi lado.

—Parece que duermen muy tranquilos...

Dijo, y quedamos callados los dos. Un rayito de sol entraba como una flecha, incendiando los corpúsculos en un hervor de oro. Había entornado las persianas y aquel dardo de luz brillaba único, rubio, casi palpable en medio de la pieza. De pronto se apagó.

—Y...? murmuré, incitándolo a seguir.

—El niño se moría, asfixiado por el crup, el terrible mal entonces sin remedio. Sus grandes ojos parecían arder en la carita de cera, un ronquido brotaba de su pecho y la manecita, ansiosamente,

pugnaba por arrancar de la garganta aquel nudo ardiente, que se endurecía, se hinchaba cada vez más... Fué una interminable noche de agonía! Al amanecer el niño murió. La luz de la aurora penetró por la ventana para alumbrar el cuerpecito inanimado y una madre enloquecida que besaba los despojos de su primer hijo... Nunca se consoló, nunca. Y por muchos años, siempre que nosotros hablábamos de Rafaelito, aquel modelo imposible de ser superado, ella enumeraba en seguida toda su belleza, toda su bondad, — hijo querido! — y de sus ojos iban cayendo las lágrimas como de una fuente inagotable, cuyo fondo de ternura y de dolor no ha cesado nunca de latir.

La voz de Claudio se hizo opaca, se quebró por fin, mientras inclinaba la frente para ocultar su emoción.

Reinaba en la casa un silencio pesado; adivinábase en ella la presencia de un enfermo que duerme, de una pequeña vida que descansa a su lado, capullito de rosa sin entreabrir junto a la dolorida belleza de la mujer, transfigurada por la maternidad. Yo soñaba, dulce, profundamente. La visión de las dos madres, al unirse en un solo símbolo, llenaba todo mi corazón de un fervor infinito. La vida misma palpitaba en ellas y se me revelaba con toda su tremenda fuerza, inexorable y fecunda, sagrada y misteriosa...

Los pájaros seguían haciendo su nido en la ventana. Piaban, alejábanse volando para regresar

en seguida. Vino de afuera un rumor de voces y gritos de animales. Alguien pasaba arreando algunas vacas y terneros. Debían ser personas vestidas con trajes claros, de caras alegres, yendo entre los árboles de un verde nuevo bajo el cielo azul. Me imaginé toda la tierra cubierta de un cesped aterciopelado, mientras el sol hacía vivir y danzar desde el átomo hasta las imágenes. Y nubes blancas, algodonosas, bogando allá arriba, por el cielo abierto a todos los vuelos de libertad...

Me levanté para irme.

—Espérame un instante... — dijo Claudio, — quiero mostrarte una cosa...

Regresó andando de puntillas. Estábamos ya junto a la puerta y la luz nos daba de lleno. Enseñóme lo que traía: era una vieja caja de madera, con follajes y rosas labrados en alto relieve. Un solo tallo espinoso se enlazaba estrechamente, como una caricia de ternura y martirio; de él partían las hojas y las flores. La madera, vetusta, reflejaba el color del bronce lustrado y se veía que los años se habían posado sobre ella amorosamente.

Claudio, después de mirarme con fijeza, la abrió. Exhalóse un fuerte olor a viejo perfume de flores y ropa guardada. Había en el interior de la caja un vestidito, dos escarpines, un babero, algunas camisitas; todo viejo, como resecado, con un lijero matiz a herrumbre. Y florecillas deshechas, convertidas en polvo.

Contemplábamos en silencio. Aquella finísima

tela, había adquirido con los años esa pátina de los antiguos encajes. Pero, en sus puntillas, pliegues y moños, había algo más que la huella del tiempo; había como el largo y constante roce de un dolor, hecho de lágrimas, de besos, de miradas de ternura. Aquella ropita, era un impresionante poema.

—Esta mañana me la mandó... para el nene... — dijo Claudio con voz grave, mientras cerraba la caja religiosamente.

Nos dimos un abrazo y salí. Mientras caminaba en dirección a mi casa, iba respirando el aire puro, que oreaba mi corazón como la brisa cuando pasa sobre algún prado florecido...

UNA MUCHACHA DESGRACIADA

Un paisano barbudo, con un pañuelo rojo anudado al pescuezo, me *endilgó* para lo del viejo Gomarra.

—¿El rancho 'e Gomarra dice?... áhi nomás queda, atrás 'e la loma... ¿ve aquel montecito?... güeno: tuerce pa l'izquierda... ande hay mucha biznaga... áhi es... Y siguió arreando una yunta de bueyes flacos y lerdos.

La loma era un alfalfar en flor, que bajo el sol de la mañana muy alta, perfumaba la brisa y ponía salud en el corazón. El montecito se veía, en efecto: eran unos álamos de poca altura, hacia los que dirigí mi caballo. Antes de llegar a ellos ya ví lo que buscaba y, de un galope, estuve delante de la tranquera. No había duda; allí era lo de Gomarra. "Ande hay mucha biznaga"... había dicho el paisano.

Había mucha, sí, tan alta y tupida, que con caballo y todo me hubiera perdido adentro. Exhalaba un olor acre y dulzón. Entre sus racimos de flores

blancuzcas, pululaban las abejas y unos mangangaes zancudos y listos, que las atrapaban al vuelo y las arrojan muertas, después de chuparles el néctar. Ladrones y asesinos. Yo los odiaba y, muchas veces delante de una colmena, me había entretenido en voltearlos a golpes con una rama. Morían en seguida.

Pasé la tranquera, penetrando por un sendero que me había de llevar a buen puerto. Notara antes de entrar, que la calle se cortaba allí mismo, en la grieta profunda de un arroyo y, ahora empezaba a comprender que, aquel caminito, conducía con seguridad a algún vado o puente. Y acerté. Un puentecito endeble con dos sauces llorones, me hacían transitable el hilo de agua, bastante pobre a la sazón. Una pata enseñaba a nadar a su bandada en el remanso. Apenas columbré la vivienda del otro lado, cuando ya me salieron los perros a ladrar.

—Buen día... — grité a unos bultos que se movieron entre las paredes de quincho del primer rancho.

—Güen día... pase señor... no muerden, no... ¡fuera!... pase nomás...

Una mujer flaca, morena y simpática, acababa de salir y se adelantaba hacia mí, mostrándome los dientes blancos en una sonrisa de hospitalidad.

—¿Por qué no se baja?... Dende que venía por la loma, ya lo vide... y les decía: aquel ha 'i ser el señor de la casa nueva...

—Así es... — contesté apeándome, y esquivando las zalemas de los dos canes, — parece que ahora me han tomado cariño...

—Sí, son muy mansas... Son perras, pero qué ratoneras!...

Era una galga baya, flaca y riscosa como un alambre de púa; la otra, una cuzquilla obesa hasta reventar, no tanto por la gula como por un próximo alumbramiento. Echadas por la mujer, se tiraron en el suelo, mirándome con tiernos ojos.

—Así es... — repetí — soy de ahí mismo... y venía porque necesito unos postes...

—¿Anda por hacer alambrar?...

—Sí... pienso sembrar un maíz... y para que las vacas no me entren...

—Ah! natural... cómo nó!... En cuantito él llegue... est'arando allí... ¿Por qué no pasa?

Mientras me precedía, arrojé una mirada en redor. Eran dos ranchos, uno de quincho y el otro de chorizo. El primero tenía a la entrada, como adorno sin duda, un enorme pajarraco disecado. El otro poseía ventanas con vidrios y lo habían cubierto con una mano de cal. Junto al muro, un arado sin reja, se pudría a la intemperie. Para entrar tuve que dar un salto, pasando sobre unos bastos y caronas que estaban tirados en el suelo y, ya dentro, mi cabeza tropezaba con ristras de ajos, mientras me encogía para ubicar las piernas entre unas bolsas de legumbres y una jaula, donde se moría de diarrea, un pavito ceniza. La mesa en

el centro y varias sillas de paja. Me senté saludando a otras dos mujeres que estaban allí.

—Buenos días... no se incomoden...

—No señor, si aquí va'estar mejor... buenos días... cúbrase, nomás...

Una vieja era la que hablaba. Canosa, flaca, de anteojos ahumados, cosía una ropita de niño parada detrás de la mesa. Cerca de mí, una joven delgada, de grandes ojeras, vestida con un batón blanco de percal, dábale cucharaditas de mate cocido a un chiquitín. A pesar de que parecía muy enferma y caída, no se disimulaba su extraordinaria belleza. Con voz suave cumplimentó:

—¿La señora está bien... y los niñitos?

—Muy bien... se "hallan" bastante, el barrio parece sano...

Las tres alabaron grandemente lo saludable de aquellas lomas. Después, la que me había introducido, explicó que aquella anciana era la madre, y que la joven era su hija mayor. Como nada dijera del pequeño, le pregunté:

—¿Un nietito?...

—No... — y con voz de una lentitud cansada, — es un sobrino...

Fué hasta la pared, descolgó un haz de habas y comenzó a desgranarlas sobre el delantal. El marido tardaba. Le pregunté si realmente vendría. Afirmaron que sí, talvez se hubiera demorado porque tenía un caballo enfermo, un cebruno petizo,

muy fuerte para el arado... El hijo había ido a buscar los remedios a San Miguel.

—¿Qué tiene el caballo?... — les pregunté.

—Vaya 'saber... — dijo la madre, — está tirao dende ayer... no come... ha'i ser la mosca nomás...

—Talvez... o puede qu'esté resentido 'e los riñones, — agregó la abuela mirándome por encima de los anteojos ahumados, — el surco los agobia y como el pobre es tan voluntario y dijero p'al arao...

La joven pareció disentir de estas dos opiniones.

—No... más bien será del cuajo... dicen que les dentra un gusano... — afirmó clavándome sus ojos verdes, cargados de pestañas negras, — a tata le parece también...

—Todo puede ser... quién sabe!... — terminé yo, sin arriesgar mucho en ese capítulo de posibilidades.

Se oyeron pasos y, un hombre bajo, pero fornido, apareció en la puerta del rancho. Una gran barba le cubría el pecho y le volaba en hilos grises y rizados. Nariz aguileña, ojos imperiosos, pero velados por un sentimiento de obsequioso respeto. Al saludarme, sacándose el chambergo picudo, ví que era calvo hasta la coronilla. Producía un raro efecto. Con traje indio, aquel hombre hubiera podido pasar por algo así como un adivino de tribu. Me dió a estrechar una mano ancha y callosa, hablando con desenvoltura.

—Ya sabía qu'estaba... pero, mire lo que me pasa!... — se dirigió a todos, — ese pobre muchacho ha dao una rodada.. suert'injusta!... el muchacho más güeno y más disgraciao...

—¿Si ha herido?... — gritaron las mujeres.

—Sí... ha dao con la cara en el suelo... ya l'estao poniendo agua y sal... vení m'hijo!... aquí está...

Un muchacho retaco, de piel casi negra, el pelo crespo y brillante, llegaba con paso lento y fisonomía hosca. Un pómulo y parte de la mejilla los traía escoriados. Tiró al suelo el maneador y me saludó, quedándose de pie, silencioso y observador. La madre se le acercó a ver la herida.

—No es nada, — dijo, — rodé allá en las toscas...

—El muchacho más güeno y sufrido... y tan disgraciao!... La otra vez, ib'arando y viene y agarra una raiz... y se le da güelta el arao y la reja le lastima un pie... andá m'hijo y acostáte!

Aquel muchacho había ido a San Miguel a buscar un remedio para el caballo, cuya enfermedad nadie conocía...

Con este motivo nos salimos al patio. Bajo la sombra de los álamos y sauces, corría y se solazaba una piara de marranos, sucios, flacos, todo pellejo y hocico. Otros gruñían desde la pocilga. Las aves domésticas, revolviendo la basura, llenaban de rumores y cacareos el aire limpio. De un jardincillo adosado a las casas, venía el delicioso

olor de las flores. Y por todas partes lomas verdes, moteadas de rebaños rojos y blancos.

La madre habló con el marido. Seguramente le dijo a lo que venía, porque el hombre planteó en seguida el negocio.

—¿Postes?... sí, tengo muy güenos... los acabo 'e recebir... son caros, algo caros... el año pasao se vendían tiraos, por cualquier cosa... y naides tenía interés... ¿a cómo?... asigún... los de quebracho, tres y medio... un poste derecho y sin taladro... ¿y los de sauce?... ah! esos son baratos...

En cuanto comenzó a remover los postes del suelo, las perras saltaron poniéndose al acecho, la cola agitada, las pupilas ardientes. Olfateaban las ratas de que estaría lleno aquel escondrijo. Al levantarse los primeros postes, ya descubrimos dos roedores, gordos, enormes, de tanto maíz que saquean en los trojes. De un brinco se hicieron humo, desapareciendo entre los chiqueros, seguidos de cerca por las perras aullantes y la gritería de todos. Pensé que no les vendría mal a los chanchos un almuerzo de ratas. Me llamó la atención el instinto y agilidad de la perrilla gordinflona, casi tan rápida como la galga. El hombre las llamó. Era tiempo: otra rata saltaba en aquel instante, tomando para el lado del puentecillo. La sabandija parduzca corría reboleando la cola, brillante y flexible, que parecía una tira de goma negra. Detrás la galga y luego la perrilla, rebotando en alambres

y terrones, como una pelota. De tres brincos la galga le dió caza, sobre el puente mismo.

Nunca escapa el cimarrón
Si dispara por la loma...

Grité yo, entre la algarabía general. Y dejando al hombre ocupado en separar los postes convenidos, me fuí a dar una vuelta por la huertita, a la sombra de las arboledas.

El rancho de Gomarra... Así era, con dos cuadras alrededor de tierra, que el arado rasguñaba todos los años, para la cosecha del maíz, sembrado y recogido a la buena de Dios. Se ganaría para comer, a penas. Y los años malos... Con las legumbres de la huerta, algunas changuitas y venta de postes... En fin, son prodigios que el hombre de campo realiza, a base de sufrimientos y miserias. Así estaban de flacas aquellas pobres mujeres!

La madre se acercó a conversar.

—Qué... ¿le gusta la quintita?... si no tiene casi nada!... este es un cuadrao de plantas de olor...

—Sí, ya veo... allí hay menta, albahaca, orégano...

—Y tomillo, yerba-buena... aquella es pa sahumar... no sé qué será, la trajo un español. Da un olor más rico!...

—Parece espliego...

—Será... este año las habas han tenido peste y a las papas se las comió el bicho moro... es una picardía!... las alberjas, sí... y los alcahuciles... Hay tantas plagas, que la cosecha siempre 's un milagro!

Quedó silenciosa, recostada en el cerco, con una cara de pobre ser cansado y triste. Habría sido hermosa, los ojos aún eran grandes y pestañudos, pero su delgadez parecía tal, que los huesos se marcaban a través de la piel arrugada y curtida. Me sentí lleno de piedad. Callado, seguía con la vista una bandada de garzas, que pasaba por el cielo como una larga cinta de alas trémulas... Se perdió detrás de un monte. Volví la mirada hacia la casa.

La joven salía del rancho, con el chiquito de la mano. Le enseñaba a dar los primeros pasos. "Un sobrino", me había dicho la mujer... Pero resultaban tan claros los verdaderos lazos en aquel momento, que no se pudo callar. Me señaló a la hija con un gesto doloroso:

—Ya vé... una muchacha desgraciada... un hombre la engañó!

DIARIO INTIMO DE UN ENFERMO

ENERO 2. — Hoy, al levantarme, siento alguna debilidad en las piernas y ligera fatiga en el cuerpo. Sin embargo, voy a mi trabajo. Pero me pasa una cosa rara: en vez de estimularme la tarea, como sucede por lo común, cuanto más escribo más cansado me noto. Abandono, por último, los libros y le digo a mi compañero:

— Creo que estoy enfermo... no sé... parece que tuviera fiebre...

— A ver... sí, un poco talvez....

Me ha contestado, después de tocarme la frente. Debe ser cierto, por que sinó él, tan egoista, no es probable que se creara una posibilidad de cargar con toda la labor. Y así sucede, por que al rato tomo mi sombrero y me voy.

— Hasta mañana.

— Hasta mañana... cuídese...

Nunca le he visto tan afectuoso. Y mientras voy a tomar el tranvía, pienso en su figura rechoncha, su manía de terjiversar las sílabas, diciendo por

ejemplo: *nónima* por nómina y, sobre todo, su eterna expresión delante del público quejoso:

— Y, amigo... qué quiere que le haga?... yo no soy Dios!

* * *

Enero 3. — Me he levantado tarde, sin ganas de nada, con ligeros chuchos. Me he puesto el gabán y he salido a dar una vuelta. Vivimos en un pueblito de las afueras, junto al río. He caminado apenas media hora, y ya la fatiga me obliga a regresar con un vago dejo de tristeza que no me explico. El cielo está azul, el campo verde, la naturaleza sonríe. ¿Porqué entonces le veo yo una faz tan sombría a esta mañana de verano?

La perrita escocesa ha venido a saludarme, ladrando y saltando. Presenta síntomas de celo y una verdadera turba de perros merodean junto al cerco. Me reciben también, haciendo piruetas y moviendo la cola.

— Eh!...

Les he gritado, arrojándoles una piedra. A ella la he rechazado también, lleno de mal humor, ante aquella sentimental complicación canina. Y he entrado en la casa, con una indecible irritación. Pero me dura poco. Me siento muy fatigado y con ganas de tirarme en un sofá. Tirarme, no: sentarme. Quiero explicar bien ésto. Experimento una vaga repugnancia cada vez que tengo que acostarme, es decir,

adoptar una postura horizontal... Las manos me pesan y, al menor ademán vuelven a caer como una cosa desfallecida. He perdido el apetito y en todo el día no he sorbido más que una taza de te.

— Escribe a tu prima, que venga a visitarnos...

Mi mujer escribe la carta. Ella también debe estar triste, como yo. Me acuesto. Y ya no recuerdo más.

* * *

Enero 5. — Lo mismo... Sin embargo, a ciertas horas me noto más fuerte, más agitado mejor dicho. Es una sensación de quemarme por dentro, como cuando se toma una copa de alcohol, pero no igual.

La prima viene por la tarde. Siento que haya venido porque no es inteligente y suelta muchas tonterías. Por ejemplo, hablando de la Puerta del Sol de Tiahuanaco, que ha tenido la absurda oportunidad de ver, la ha criticado diciendo que no es grande. Me recuerda a un ser muy calvo, que estuvo en Europa. Contaba sus impresiones de viaje. Londres, París. ¡Ah, París!... automóviles por aquí. cocotes por allí... Había estado también en Italia.

— ¿Y Roma? — le pregunté.

— Roma?... — dijo, y se quedó perplejo, indagando en su memoria: — pocos edificios modernos...

Se va por último la prima y he mandado preparar unos sellos para el dolor de cabeza. Es una tarde

sofocante. Me tengo que acostar, llena la imaginación de alucinaciones. Hay un gran silencio. Un miedo vago, penetra con las sombras de la noche que llega. Un rayo de sol, que temblaba ha poco en las cortinas, se va desvaneciendo. Ya desapareció. Me siento yo también una sombra, que flota impalpable entre la oscuridad total.

—Eloísa!... Eloísa!... llamo a mi mujer. Pero no viene. No me oye sin duda y tengo miedo de volverla a llamar.

* * *

Enero 8. — Oígo a Eloísa que habla con alguien. Es una voz de hombre. Hablan en el patio y, felizmente, se van acercando. Se abre por fin la puerta y entre una ola de luz matinal aparece mi mujer y detrás la silueta del Dr. Ramallo.

— ¿Qué le pasa, mi amigo?

— ¿A mí?... nada... no sé...

Pienso que mi mujer, callada la boca, lo ha mandado llamar. Se ha venido de Buenos Aires en el primer tren. Es una heroicidad. ¿Estaré muy enfermo? Me toma el pulso, me pone el termómetro...

— Bien, dice después: a ver una toalla...

Me ausculta los pulmones. Hay en la habitación un silencio profundo. Aquella sensación de la oreja del médico sobre mi espalda, a través de la toalla, me sumerje en un muelle sopor... Un moscón zumba en la pieza, golpeando los vidrios de la puer-

ta. En la colcha de lana hay una mota grande que sobresale y una ligera manchita al lado. Toda mi vida cerebral se halla concentrada en esos tres detalles, mientras la oreja del médico, experta y atenta, va y viene de la base a la punta de los pulmones, siguiendo el ritmo de mi respiración.

— Bueno, — me dice devolviéndole la toalla a mi mujer, — tápese... Por ahora no hay nada. Siga con los sellos y tome un purgante... debe ser influenza. Si ocurre novedad, me avisan... Caramba: pero qué lejos se han venido!...

Tengo pocas ganas de conversar. Se despide y le sigo con el oído. Dice que no tiene más que unos minutos para tomar el tren. Todavía en el patio, me llega otro rumor. Eloísa alza la voz: le da recuerdos para su señora... Silencio. Pasa un rato. Vuelve mi mujer y se sienta al borde de la cama.

— ¿No ves, miedoso?...

Se ríe.

— ¿Yo... o tú?

Entonces me cuenta que la tarde anterior he delirado. No conservo el menor recuerdo.

* * *

Enero 12. — Sigo lo mismo. La falta completa de apetito, me produce una gran debilidad. Sin embargo, me levanto todos los días y hay momentos en que me noto casi bien.

Sucede una cosa abominable. Ha llovido mucho

y, como la casa está en un terreno algo bajo, se halla rodeada de agua, hasta el punto de no ofrecer más que una ligera faja de tierra para poder salir. Y de todas partes han acudido miles de sapos y cantan todo el día. *Cuá... cuá... cuá...* Es cosa de volverse loco.

Ni un minuto cesa el hórrido concierto y el asqueroso epitalamio de los panzudos y viscosos reptiles. Les veo salir a flor de agua, con su garganta blanca inflada de estúpido ardor. A veces, les arrojo una piedra en medio del gargarazo y mueren reventados. Mueren enseguida. Pero son tantos! No hay forma de matarlos a todos, ni manera de ocultarse; no hay cómo taparse los oídos...

A los tres días las aguas bajan y ellos se van, dejando el cerco y todas las matas y troncos, recamados por racimos de huevos, redondos y rosados como grosellas.

* * *

Enero 13. — Sigue el mal tiempo. He tenido grandes disgustos con dos hombres que me están levantando una pared. No saben su oficio y todo el día hablan de carreras. Les he pagado antes de concluir y les he despedido. Ahora, la obra así, sin terminar y toda tuerta, me produce una gran contrariedad. También los perros que vienen atraídos por el irresistible *oddore di cagna,* se

cuelan por los resquicios del cerco y me los hallo en todas partes. Como conocen que soy el amo de la casa, tratan de agradarme con una dulcedumbre humana y servil. Perros que no conozco, de mil colores y apariencias, vienen hasta mí mansos y afectuosos. Los rechazo a puntapiés y palos. Huyen dando aullidos, para mirarme desde lejos con ojos de miedo y ternura. Y en cuanto doy vuelta, los siento trotar detrás de mí... Ah, maldita perra: tú eres la culpable de todo!

Es una perra de raza pura, a quien llamo "Gitana", y a la que hemos criado con mimos y regalos. Naturalmente, no olvidamos su educación. Por eso gusta dormir en las habitaciones, sobre un colchón mullido, y sabe romper el espinazo de diez ratas, en menos tiempo del empleado por mí para describirla.

* * *

Enero 15. — He comenzado a leer la novela de un escritor boliviano. Tiene escenas de un gran vigor, pero todo ello saturado con vahos alcohólicos. Poned una botella de aguardiente en una vasija de instintos, y tendréis el motor y su energía dinámica. Sin embargo, el escritor de talento hace obra con los elementos más innobles. Todo es preferible a pintar tipos en "precioso": la más deleznable y miserable creación de arte.

La lectura excita más mi sensibilidad, harto la-

cerada. Me siento incapáz de vencer ningún obstáculo. Hasta el simple acto de cortar las páginas del libro, me parece una tarea ardua. Tengo impulsos a veces de destrozarlo. Lo mismo me pasa con todo lo demás... Hay una gallina con pollitos y, como siempre le doy de comer, acude a mi paso, me ataja y rodea con su parvada, me mira impaciente y colérica, picándome los botines. Y el *cló cló* y el *pío pío* me martirizan, hasta el punto de tener que entrarme para no aplastar a todos bajo mis piés.

* * *

Enero 18. — La "Gitana" se ha decidido por el más astroso, vil, abyecto de los canes. El ha huído después, ladrándome. Y ella, la impura, tenía un aire soñador e indiferente. En su seno, pues, lleva una casta degenerada. Aquel esfuerzo de la naturaleza, será como todos los suyos, cuando la mirada inteligente no dirige las afinidades electivas.

La "Gitana" nutre en sus entrañas un germen, cuya evolución ya nadie podrá detener. A menos que yo...

9 *de la noche.*

He ahorcado a la "Gitana"... (Ahorro detalles).

* * *

Enero 20. — Me siento tan mal, que mi mujer ha decidido nuestra venida a Buenos Aires. Antes de partir, me he mirado al espejo. Estoy muy delgado, y mis ojos, que parecen más grandes y pestañudos, brillan como animados por una interna combustión. La barba larga, me da todavía un aspecto más demacrado. Mis manos se han puesto velludas y descarnadas y me tiemblan lo mismo que las piernas, tan débiles que apenas pueden sostenerme.

En la estación, el jefe se lamenta de mi enfermedad. La gente me mira. Luego mira a Eloísa y a la nena, con una expresión que no se me escapa. ¡Qué buena es la humanidad: cuando siente una emoción generosa, siempre la demuestra de la manera más elocuente!

—Parece que están tocando a viuda... — le digo, cruelmente, a mi mujer, que se pone lívida.

Después, una media hora de tren bien al sol, abrigado con el gabán, parece que me ha hecho bien. Cuando llegamos a casa de mi madre, luego de atravesar la ciudad, estoy tan agotado, que busco una cama cualquiera, y así vestido me tiro en ella largo a largo, sumergido en un triste sopor.

Cuando despierto, noto que tengo las manos cruzadas sobre el pecho. Esta postura me llena de

sobresalto y, con disimulo, las dejo caer a los costados... ¿Disimulo de quién?

5 *de la tarde.* — Llega el doctor Ramallo. Lo noto muy serio, aunque trata de bromear como de costumbre. Esto es muy conveniente para los enfermos desconfiados como yo.

—Pero, Vd. se ha propuesto hacerse el enfermo?... — me dice con cómica expresión. — Es que lo mima demasiado... Agrega, dirigiéndose a mi mujer, que contesta con una pálida sonrisa.

Me toma el pulso, pone el termómetro; pide, por fin la toalla. Recorre minuciosamente los pulmones, deteniéndose con insistencia sobre la base del izquierdo. Hace varias preguntas sobre el apetito, estado general, etc.

—Bueno... — dice, entre el silencio angustioso de mi madre y Eloísa, — hay congestión... mañana pondremos unas ventosas. O mejor... — recapacita, — puntas de fuego: para qué vamos a andar con paños tibios...

Permanece otro rato entre nosotros, y al irse, con aire indiferente:

—Talvez arroje alguna saliva rosada, algún poquito de sangre... al eliminar la congestión... no vaya a asustarse, que no es nada...

Me saluda y se va con una broma cariñosa. Mi mujer lo sigue y pasa un largo rato sin volver. Yo estoy impaciente y se lo digo a mi madre, quien trata de calmar mi nerviosidad con palabras que más la provocan. Por fin regresa Eloísa. Me son-

ríe y se queda mirando a mi madre con tamaños ojos.

—Y... ¿qué te ha dicho...? — le inquiero de mal gesto.

—Nada... eso... que tienes un poco de congestión y que mañana te va a poner puntas de fuego...

No recuerdo más. Caí en un estado febril, de sueño y delirio.

* * *

Enero 21. — Me siento débil, pero en mejor estado de espíritu. Viene Ramallo y me pone las puntas de fuego. Recibo en la espalda la sensación de muchos pellizcos eléctricos, bajo ningún punto de vista intolerables. Recomienda un enérgico régimen alimenticio: bifes, huevos, leche... Receta un tónico y me amenaza con una serie de inyecciones para el futuro. La puerta de la habitación debe permanecer abierta, día y noche. Higiene absoluta...

Yo, por mi parte, quiero obedecer. Pero no puedo pasar bocado. Me da una gran tristeza y trato de dormir, porque nada me distrae ni alienta. Entonces, olvidar descansando. Cuando despierto, estoy mejor.

* * *

Enero 22. — Ya han empezado las inyecciones. El tónico resulta más llevadero. Levanta mi áni-

mo, por el alcohol de cerezas que contiene. De tarde me pongo muy locuaz. Siento la imaginación activa. Dulces paisajes vistos en España, son evocados como en un sueño, pero un sueño enfermizo. Me recuerda a las visiones de otros tiempos... Imaginaos una píldora de cáñamo indiano mezclada con tabaco, que se fuma en un narguilé, en cuya agua se han vertido algunas gotas de éter, para que el humo se impregne al pasar... Ah! eran los veinte años, cuando la vida no tiene alegrías y se han apurado todas las sensaciones. Entonces se condimenta un veneno exquisito, con prosa y verso de Poe y Gautier, de Baudelaire y Wilde, abundantemente saturado con música de Chopín... Y todo eso se fuma hieráticamente, sobre la felpuda alfombra de Esmirna, en un voluptuoso y lento ensueño oriental...

Pero cuando se ama a una mujer y con ella se ha tenido un hijo, entonces la vida es buena, sana y fuerte... y no se quiere morir!

Como charlo demasiado, Eloísa me manda callar. Me toma la temperatura dos o tres veces al día, y lleva un apuntecito que no he querido ver aunque no me lo oculta. Mi madre, en cambio, sigue el viejo sistema de esconderlo todo, para desorientar. No sé qué preferir... A veces, uno, y a veces, otro...

De noche me acometen sudores muy copiosos, y deben mudarme dos y tres veces las ropas empapadas. Luego me cubren con unos polvos frescos

y sedantes. Tengo un humor tan negro en ciertos momentos, que hasta yo mismo lo noto.

* * *

Enero 23. — Hoy, Eloísa se ha olvidado el termómetro al lado de la cama, sobre la mesa de noche. Distraído lo he tomado, mirándolo con indiferencia. Gira entre mis dedos y, de pronto, la línea del mercurio se ha puesto ancha en casi toda la extensión. Compruebo que rebalsa los cuarenta grados. Dejo el tubo de vidrio, como si me quemara, y doy un grito.

—¡Eloísa!

Al verme desencajado, trata de sonreir. No es la primera vez que la he llamado así. A veces llega y, sin decirle nada, hundo la frente en la almohada y me pongo a llorar. Ella me razona con breves y certeras palabras. Me tranquiliza...

Es de una fuerza dialéctica indiscutible. Por otra parte, cuando yo me voy demasiado lejos en mi razonamiento y la veo perpleja, le ayudo a salir del paso, como me ayudo a mí mismo cuando reflexiono solo.

¿Es que me puedo morir? suelo preguntarme. Yo no siento nada de terrible, nada me duele y, a veces, todo está dentro de mí demasiado en calma. Y eso es lo que temo, vagamente... Esa cosa cautelosa, que me parece rondar sobre la cabecera a

la hora de la tarde, cuando se hace un poco de sombra entre las cortinas.

* * *

Enero 29. — Han mandado de mi oficina a preguntar sobre un asunto, del cual yo tengo los antecedentes... Los he entregado, pero ésto me dejó todo el día muy nervioso. Se trata de un inquilinato en un estado higiénico deplorable. Yo había sido comisionado para presentar un informe. Fuí. Tuve al llegar una sorpresa desagradable: la casa que se indicaba, era nada menos que el edificio del colegio, donde yo me eduqué en la niñez. Ahora estaba convertido en un sórdido conventillo. La mugre resumaba hasta la puerta de calle. Algunos chicos con la cara sucia, miraban en la acera a un automóvil descompuesto.

Entré... Hacía veinte años que no pasaba aquellos umbrales. Me vino en seguida a la memoria un hecho inaudito, del cual fuí el héroe principal, que todavía me da un poco de vergüenza y que nunca me pude explicar porqué lo realicé. Voy a contarlo, para expiar mi terrible falta.

Era yo una criatura de siete años, y demás está decir que sabía leer y escribir muy bien. A esa edad mascullé mi primer novela: "Aventuras de un niño parisién", de la que entendí poco, debo confesarlo. Entré en aquella escuela y por mi examen de ingreso, me incorporaron al segundo grado. Resul-

tó la maestra una joven muy linda, morocha, rosada, una manzanita, que tenía la imprudente costumbre de besarme demasiado. Los besos de mi maestra me dejaban en los labios, en las mejillas, un olor a jugo de fruta, a savia de planta... Un día, por un impulso extraño, escribí en la pared del patio lo que yo sentía por ella... Después fuí y le dije:

—Señorita... venga a ver lo que han escrito aquí...

Nunca olvidaré el vivo rubor, el intenso carmín, que tiñó las mejillas de aquella dulce criatura. Desde entonces comenzó mi remordimiento. Agobiada de vergüenza, pues ya teníamos un corro de muchachos alrededor, se encaminó a la dirección. Allí estalló la bomba. El director, un hombrecillo flaco, bilioso, malo como una tarántula, vino y refregó sus ojos de miope sobre la desfachatada inscripción. Yo creí por un momento que su intención era matarnos a todos, pero se contuvo. Preguntó algo a mi maestra y ésta me señaló. Casi me desmayo cuando se llegó hasta mí... y me puso la mano sobre el hombro, ligeramente afectuoso. Después alejóse, dejando tras sí un silencio preñado de tempestades.

A las cinco un monitor avisó a todos los grados que en lugar de salir, debían formar en el patio. Así se hizo, y la fila de los seis grados, unos seiscientos niños, ocupaba desde la puerta hasta la pared del fondo, aquella pared toda resquebraja

da a fuerza de pelotazos. Los maestros y maestras al frente, en actitud de grave compunción. Los chicos con caras de curiosidad inquieta. Pero entre aquellos seiscientos niños había un granujilla de siete años, cuyo corazón latía enloquecido, ese mismo corazón que tantos dolores le ha dado después.

El director apareció luego, lento, grave, solemne. Seguramente había leído el *"Facundo"* y quiso poner en acción el método de Quiroga. Empezó a recorrer las filas mirándonos a todos de hito en hito, hasta que de pronto, de una manera fulmínea, todo él poseído de inspiración, se encaró con un pobre chico, que casi viene al suelo de pavor... Felizmente, lo vimos continuar su camino, y alejarse cada vez más, cada vez más, haciéndose indeciso entre las sombras de la tarde otoñal, que deshojaba los viejos parrales del inmenso patio. Dos o tres veces aún se detuvo... por fin llegó al límite extremo. Allí llamó a un monitor y, como un general, mandó al emisario. Las zancas largas del muchacho se movían ligeras, corriendo ante todo el colegio formado; llegó por fin a donde estaba mi maestra y le habló. Ví que ésta me llamaba. Fuí no sé cómo, porque las piernas me temblaban, hasta chocarse una con otra. La señorita me tomó de la mano y, conduciéndome en dirección a la puerta, me dijo:

—Usted puede irse a su casa...

Y me besó. Todo el colegio se quedaba. Yo era

el único que salía a la hora de costumbre, para correr a mi casa a recibir el beso de mi madre y saborear después, bien calentito, mi te con leche y pan enmantecado... Y los otros de pié, en la tarde destemplada, purgaban durante una o dos largas horas, una falta que no habían cometido...

Pero no: ninguno sufría aquel amargo tedio de vivir, aquella desolación que me arrojó en los brazos de mi madre, llorando con lágrimas de una desesperación silenciosa.

Seguí yendo a la escuela, y la maestra siguió besándome, pero lo hacía con una ternura más grave, no sé si porque yo me ponía muy serio o si era porque ella se acordaba...

Al franquear el umbral, como digo, me vino a la memoria este recuerdo. Pensé que mi corazón, con el andar del tiempo, había demostrado que en él nada había de mórbido y que sin duda el mismo temor de lo que había hecho, me indujo a denunciarlo, sin medir las espantosas consecuencias.

* * *

Febrero 2. — Hace dos días que siento como un peso doloroso, sobre el hombro izquierdo. A veces se prolonga hasta la espina dorsal. Y lo más extraño es que va acompañado de un sordo hormigueo. Hoy se ha vuelto ya intolerable. Me aplasta, me duele, me hierve... Cuando llega Ramallo se lo digo. Pero no me hace caso; dice que

son mis cosas de siempre y, para conformarme, toma un pedazo de algodón, lo moja en yodo, y me lo pasa sobre la parte dolorida. El dolor desaparece casi instantáneamente.

* * *

Febrero 3. — Hoy han vuelto a pedirme datos sobre el asunto. Me martirizan con estas cosas. Y qué datos sombríos son los que me piden! He dicho que nada sabía, pero aquí los voy a anotar.

En aquella visita que hice al inquilinato, yo iba buscando a una mujer llamada Ursula Díaz. Un chiquillo demacrado, que trotaba en el patio, jugando con una rueda de velocípedo, me dijo:

—Es mi *mama*... ahora no está, pero está mi hermana... venga, es lo mismo.

La criatura usaba conmigo de una familiaridad, entre maliciosa e inocente, que me chocó. Seguíle sin decir palabra, hasta que levantando la pringosa cortina de una puerta, agregó:

—Entre... aquí es.

Le obedecí y él se fué, dejando caer de nuevo la cortina, de suerte que me hallé en medio de la pieza, sumido en una semi-obscuridad. Dí dos pasos y entonces, desde el suelo, casi entre mis pies, partió una voz soñolienta que dijo:

—Buen día... abrí el postigo, ¿querés?...

Guiado por un reflejo, llegué hasta el postigo y lo abrí. Al volverme observé que quien me habla-

ba era una muchacha de tez morocha y pálida; de crespa cabellera, abundante y enmarañada. Como el sol le dió en los ojos, ocultó la cara en la almohada, entre alegres risas. Por último se sentó sobre el colchón, y clavando en mí sus ojos negros, miróme con tranquila desfachatez. Tendría alrededor de quince años. Dormía en el suelo, aunque allí había una cama de matrimonio, de hierro pintado de verde, con una larga colcha blanca, tejida, y almohadas llenas de moños celestes.

Como yo seguía en silencio, algo cohibido, me dijo con una voz tierna y resuelta, de ama de casa:

—Sentáte... estaba durmiendo... me acosté esta mañana.

Entonces noté que sus ojos tenían anchas ojeras moradas. La camisa, que se deslizaba de sus hombros, descubríale los pechos, pequeños, con un gran pezón, granuloso y canela, virgen de toda lactancia. Por debajo de la colcha le asomaban los pies, de un marfil exangüe, bien formados. Trataba de arreglarse el pelo y de componerse la fisonomía.

No era fea, aunque tenía la expresión muy fatigada. Tal vez le deformaba algo, una cicatriz que presentaba en el cuello; una de esas cicatrices de aspecto desagradable, que denuncian el rastro de la herencia... Yo, después de ver todo esto y algunas cosas más, me puse a pensar en que aquella pieza era el aula ocupada por el quinto grado,

que yo cursé también, algunos años después de mi episodio referido. Tenía presente la figura del maestro, el buen señor Botinelli, que tantas fatigas se daba por instruirnos, en una época en que, por falta de métodos y textos, todo era muy difícil de enseñar y de aprender... Lo veía pasando lista, a la entrada de clase:

—Almonacid?...

—Presente!...

Era un chico alto, delgado, vestido de luto, la cabeza de un rubio desvahido; buenísimo... Tenía tonada provinciana.

—Barreda?

—Presente!

Era un morocho de ojos negros y tez pálida. Daba la lección cuando quería. Le gustaba mucho cazar pájaros y contar novelas.

—Cabral?

—Presente!

Rosado y blanco, con un pelo rubio muy sedoso. Se ruborizaba de todo y solía dar bien la lección. Un día el director le tiró las orejas y confiscó los cigarrillos.

—Carranza?

—Presente!

Muy memorista, lindo muchacho, petulante; le gustaban las bromas pesadas y se creía, no sé por qué, de una pasta especial...

Y así hasta llegar a Gabriel Ortiz, que era yo.

Llegué, por un momento, hasta olvidarme de

las circunstancias, perdido en aquellos recuerdos, que me producían una emoción mezclada de alegría y ganas de llorar. Oí que la muchacha decía, con vaga inquietud e impaciencia:

—Bueno, ché... vos, ¿quién sos?

Pensé si convendría prolongar aquella falsa situación. Yo venía buscando a una mujer, Ursula Díaz, autora de una denuncia, para que me ampliara los datos a objeto de adoptar medidas profilácticas, pues aquel conventillo era una pocilga. Ausente la madre, el chico me confundió con un cliente de otra naturaleza. Y resultaba que la hija... Era un descubrimiento inesperado!

Maquinalmente me dí a conocer. La muchacha abrió tremendos ojos y dejó caer el maxilar, con una expresión de animal triste. Sus labios se removieron y escuché que decía:

—La pucha!... y ahora qué me va a hacer!

Mi partido estaba tomado. Así fué que, hablando con grave indiferencia, le manifesté mi deseo de ver a la madre por aquel asunto. Aparentaba no haber comprendido ni remotamente. Ella, por su parte, me acompañaba efectuando un cambio de decoración. La colcha subió hasta la barba y los pies desaparecieron, todo esto en un instante que yo miré hacia el techo. Al bajar los ojos la ví extendida allí por el suelo, ahondada la demacración de las ojeras, con aquel rostro que más parecía pedir una cama de hospital que un lecho de amor.

Desdichada criatura! No podía evitar en nada su desgracia: yo en aquel instante representaba la ley. Y para la ley, que reglamenta los instintos, ella no era nada más que una infractora. Por eso, entre mi "deber" y mi conciencia, no vacilé. Hice como que nada comprendía y la dejé reanudar su pobre sueño, pues ya que no podía ser su salvación, por lo menos no quería aumentar su desgracia...

En el patio, una voz infantil, sonó pedigüeña y temblorosa:

—Deme diez *guita*, señor...

Y se los dí. Y si la muchacha me hubiera pedido dinero, también se lo doy. ¿Qué iba a hacer? Y si Ursula Díaz llega a venir en ese momento... si llega a venir!...

* * *

Febrero 6. — Comía un plato de compotas. Le ofrecí una cucharada a mi mujer. La tomó sin ninguna vacilación y la comió. Sólo en sus labios me pareció notar una contracción sutilísima, que yo percibí en seguida porque la enfermedad ha aguzado todas mis facultades de percepción. Nada le dije, y todos los días me acompaña a almorzar y come con mis cubiertos, y bebe de mi vaso.

—Parece que te has aficionado a mis golosinas...

La digo bromeando.

—Sí... responde, sonriendo con buena voluntad.

Pero no me deja besar a la nena.

* * *

Febrero 12. — Estos sudores se han vuelto intolerables. Me siento bien, buen apetito, ánimo tranquilo, optimismo... Y me duermo contento. A las tres o cuatro horas despierto bañado en sudor. Pero es un sudor viscoso, repulsivo, que yo enjugo lleno de angustia y de asco. Sobre el pecho, en el cuello y por la cabeza, la baba inmunda se me pega a la piel y mis esfuerzos no logran restañarla.

Esta noche he despertado así, mientras un perro aullaba en la vecindad. Me siento muy desconsolado.

* * *

Febrero 15. — Hoy, en una antigua revista he visto el retrato de Rafael Barrett, muerto en Arcachón. La cara demacrada, los ojos grandes y tristes, bajo la luenga barba nazarena, miraban con una expresión de manso reproche.

Miraban a la vida, miraban a la suerte...

—Dime: Rafael Barrett murió tuberculoso?... le pregunto a Eloísa.

—Qué... ¿eh?... contesta sobresaltada. Sí... creo que sí...

Y quedamos por largo rato silenciosos.

* * *

Febrero 21. — Con una voluntad obstinada he tratado de no toser desde que me sentí mal. Y casi lo he conseguido. Sentía como un hormigueo en la garganta. Y por un esfuerzo sobrehumano, lo dominaba. No tosía. No tosía!... Una vez solamente, me dejé llevar por un ligero abandono y tosí ligeramente, más bien carraspeé para ensayar si así me libraba de aquella molestía. Fué peor: estuve tosiendo un largo rato; el pecho ya me dolía y comencé a espectorar... Pedí unas gotas de un jarabe para dulcificar aquella brasa que sentía en la garganta. Y así conseguí dominarme.

Noté sin embargo que la saliva estaba estriada de hilillos rojos.

* * *

Febrero 24. — La puerta de mi alcoba da a un gran patio cuadrado, todo él cubierto por frondosas parras, llenas de hojas y de racimos. Por entre el intenso verde del follaje, aparecen retazos de cielo azul. En el centro del patio hay un algibe, hoy cegado, hecho de azulejos, con su reja llena de arabescos, de donde aún cuelga la roldana. Un semi-círculo de dobles gradas, se empotran en uno

de sus costados, y en ellas se han colocado macetas, que ahora se hallan florecidas de claveles y malvones, rojo violados, y tan espesos que tienen algo de sensualmente carnoso. Voy de un color a otro alternativamente y parece, que mi cuerpo bebiera un tónico saludable, de una simplicidad enérgica.

Me dejan comer todo lo que deseo. El apetito se hace cada vez mayor. Mi sangre hincha las venas con un dulce calor y hay momentos en que mi corazón vuelve a latir con ritmo acelerado... Un perfume de nardos me llega del jardincito próximo. Ondas evocadoras mueven las alas de la imaginación y quedo así larguísimo rato, sintiendo penetrar en mi la bondad de la vida.

Mi madre y Eloísa se desvelan por atenderme. Corazones de amor y sacrificio, no hay un minuto del día o de la noche, que no se hallen prontos a latir por mí, siempre alerta, siempre tiernos.

El excelente Dr. Ramallo viene todos los días a verme, a darme la inyección, a dejarme un aliento de esperanza. Ya conozco su coche cuando desemboca al final de la calle; oigo la campanilla de plata que el trote del caballo hace tintinear con un rumor alegre. Cuando él no viene, paso el día mal.

* * *

Febrero 27. — Hace ocho días que me levanto. Doy unos pasos hasta el sillón colocado en el patio

bajo los parrales. Sin embargo no adelanto con la rapidez que esperaba. Sin duda una congestión pulmonar debe ser algo muy largo de curar. Suelen acometerme bruscos desalientos. Anoche tuve de nuevo sudores, lo que me digustó bastante, porque hacía días que me dejaban en paz.

—Caramba, — les digo, — yo no sé porqué ya no estoy curado...

—Ten paciencia,... — me responden. Y luego vienen los razonamientos, que yo creo con la mejor buena voluntad.

* * *

Marzo 2. — Mi sensibilidad parece aguzada hasta un grado mórbido. Un perfume, el reflejo del sol a través de las hojas, un grito lejano y trunco, la vista de ciertos objetos, basta para producirme estados de ánimo, ya tristes, ora alegres, o las dos cosas a un tiempo. Luego, cualquier lectura cobra aspectos fantásticos en mi imaginación y, a veces, me sorprendo acongojado ante una crónica meteorológica del periódico, o bien poseído de tiernas remembranzas, por yo no sé qué motivos... Y se produce una emoción flotante y honda al mismo tiempo, como la que nos sujiere un trozo de música, pero sin ese consuelo divino.

—¿Por qué lavas el piso todos los días con bicloruro? — le digo a Eloísa.

—Si quieres, no lo lavaré más...

Responde. Me encojo de hombros. Mi mujer ha desviado el tiro y me costaría mucho llevar las cosas al punto que deseo, pues ella me vence en esta esgrima. Por eso le contesto:

—Haz lo que quieras... pero, podrías encargarlo a la sirvienta.

No me responde y ya no pienso más en ello. La miro, rubia y rosada, y por un instante me penetra la irremediable sensación de que ya estoy muerto. Sobre mi pecho rígido, late apenas su corazón, y sobre mis labios se aprietan sus labios, casi tan helados como los míos. A veces, un sollozo, me demuestra que aun vive. La veo sufrir con una desesperación tan sombría, que mis entrañas de muerto se crispan de pena. Su cuerpo se extiende sobre el mío, se dijera en un total abrazo de amor. Pero yo sé que todo el fuego de su vida no podrá dar calor a una sola de mis células. Nuestro amor fué en nosotros como un rayo de terrible y de luminoso. Ninguno de los dos volverá a amar, ni se podrá sobrevivir.

De pronto su figura se aleja, se disuelve como en un halo; las sombras se hacen más profundas a su alrededor, mientras la alcoba se alarga y de sus lejanas profundidades surje un ataúd, alumbrado por velas de fulgor velado, como las estrellas que oculta una bruma. La veo muerta...

—¿Qué tienes, qué tienes... te sientes mal?... ¡Has dado un grito!

No puedo responder. Mi cabeza inerte y fría se hunde en las almohadas y con ojos de alucinado la veo inclinarse sobre mí, para tomar entre sus manos como un pájaro tembloroso de terror, mi pobre alma despavorida...

* * *

Marzo 5. — Día de lúgubres presentimientos. Ramallo vino hoy como de costumbre y estuvo conversando con Eloísa y mi madre. Me dijo luego que les había aconsejado llevarme a una provincia del interior... para acelerar la convalecencia. Está bien. Tendremos que viajar... *Partir c'est mourir un peu a ce qu'on aime.* Lo que yo amo irá conmigo, pero mi corazón se siente como a la orilla de un mar infinito y borrascoso. Una penetrante melancolía de otoño amarillea las hojas del parral, desprendiendo algunas, que caen y ruedan con un roce furtivo. *Chist... chist...* Parecen cuchichear entre sí, llamarse, despedirse...

La mano de mi madre se posa sobre mi cabeza y acaricia los cabellos largo rato. Así lo hacía cuando era pequeño y alguna pena muy grande me oprimía el corazón. Hace años que no me acariciaba de este modo. Vuelvo a vivir, a respirar aquel dichoso aroma de la infancia y me quedo dormido bajo la santa caricia.

* * *

Marzo 6. — Me he sentido muy mal todo el día; fatiga al respirar, chuchos, un desasosiego constante. No he abandonado la cama y al despertar de un ligero sueño por la tarde, me hallé otra vez bañado de sudor. Bebo un vasito del tónico y me siento más animado, pero comprendo que los malos días vuelven a presentarse y esta vez quién sabe si se irán. Al dormirme ya muy tarde, oigo que mi madre y Eloísa velan sentadas junto a la puerta, conversando con voz muy baja.

* * *

Marzo 7. — Sería cerca del amanecer... De pronto desperté con una sensación de ahogo. Quise gritar, pero mi voz estrangulada, sólo producía gritos roncos y extertores. Algo se desgarraba en mi pecho y me quemaba: una herida y una brasa, al mismo tiempo. Hubo un sacudimiento convulsivo y mi boca se llenó de un líquido tibio y soso, que desbordó rodando por el pecho, mientras me debatía en un acceso de tos cavernosa. Me parecía que iba a morir, que toda mi vida salía por mi boca, dejándome el cuerpo vacío, martirizado y exámine...

Con un esfuerzo desesperado, pude llamar:

—¡Eloísa!

Mi mujer, dormía allí cerca, vencida por el cansancio de sus largas vigilias. Despertó, aturdida y sobresaltada.

—¡Qué!... ¿qué tienes?...

No contesté. Entonces encendió una lámpara.

El camisón y la colcha estaban cubiertos de sangre, y en el piso había también una gran mancha, que corría por la madera casi hasta los pies de la cama.

¡Quedamos aterrados!

Ella, conociendo cuánta fuerza y esperanza recibo yo de su corazón, me estrechó entre sus brazos y me besó con palabras, que fueron poco a poco dulcificando la amargura de mis sollozos.

... ...

* * *

Enero 29 *de* 1920. — El diario de Gabriel Ortiz ha quedado trunco en el pasaje anterior. Seguramente lo grave de su estado le impidió continuarlo, pues todos ya saben su muerte acaecida en Córdoba hace más de un año.

Estas páginas, a las que he dado ligeros retoques, conservando empero cierta corrosiva nerviosidad que las hace muy típicas, las obtuve como un legado íntimo de la anciana señora, quien me habló de sus hijos, bañando de lágrimas la rubia cabeza de la pequeña Cloe, huérfana dos veces.

La terrible visión de Gabriel se cumplió muy

pronto y ya duermen los dos, unidos también en el más allá.

Doy estas páginas como mías, para hermanar en la muerte y la belleza los profundos lazos de amistad que nos unieron. ¡Que la tierra les sea propicia y el descanso dulce!...

CUADROS DE LA PAMPA

UNA lámpara de petróleo iluminaba la pulpería con luz turbia. La construcción, de *chorizo,* tenía piso de tierra pulido y endurecido como un cemento. Pasando la gruesa cadena del veredón, daba uno al entrar con la ramada. Allí hacían tertulia los parroquianos, mientras bebían las copas que el pulpero servía a través de la reja del mostrador. Generalmente eran paisanos dueños de alguna majadita o peones de la vecindad. La ramada tenía dos poyos, empotrados en las paredes laterales. Después de la reja del mostrador, que daba al rancho apariencias de una rústica casa de cambio, venía el negocio con su rimero de botellas y tabacos, alguna caja de sardinas, velas, alpargatas...

En aquel instante el pulpero miraba jugar a dos parroquianos, fumando un cigarrillo. Se oyó una voz y el áspero arrastrar de las cartas sobre el mostrador:

—Deme una giniebra... y embido!

—Con flor... so atrevido...

—Usté, ¿qué v'a tomar?...

Indagó el pulpero, animando al ganador.

—A mí... deme un ajenco...

Una mujer trigueña, con el rostro marchito, soltó unos trapos que estaba cosiendo y vino a servir lo que habían pedido. Los bebedores arrimados al mostrador seguían jugando entre dicharachos y risas. De la cocina entraba tufo a churrasco. Cuatro o cinco perros dormían hechos un ovillo o con las barrigas al aire. A ratos, llegaba de afuera monótonamente, el rodar de las coscojas en los frenos de los caballos.

Eran dos paisanos. Uno de ellos alto, delgado, con una larga pera como el azabache. Vestía bombacha de merino, tirador con rastra y botas nuevas. El otro era un peón, con la cara abotargada, lleno de esa obesidad fofa que origina el abuso del alcohol. Se hallaba sin saco y los pantalones y alpargatas los tenía en un deplorable estado de deterioro.

Claudio apareció acompañado por el dueño del establecimiento. Había hecho aquel viaje desde Buenos Aires, para ver unas tierras que le querían vender, y andaba tomando lenguas y tratando de hallar un guía de confianza. Resultó que el campo quedaba aún más lejos de la estación terminal y había que hacer la travesía en un sulky, por tierras medanosas.

—Buenas noches!... gritó su acompañante, entrando en la pulpería.

—Güenas... contestaron los dos, entoldando los ojos para ver en la semiobscuridad. Al conocerlo, se tocaron el sombrero.

—El señor es de la capital... prosiguió aquel, señalando a Claudio.

—Ahá!... murmuró el de la pera con hosca indiferencia.

—Sí... y quiere ir más allá de la colonia Epumel... ¿sabe?... and'están los rusos... bueno... enfrente mesmito... ¿se acuerda del jagüel... aquel, pues, qu'hicieron el año pasado, el de l'agua venenosa, que mató las ovejas?... bueno: el lote del costado, ese medio quebradón... usté debe saber, que tuvo majada por ese lao!...

—Sé...

—¿Y por qué no dice, entonces?...

Se rieron, festejando la agachada. El peón lagrimeaba, satisfecho allá en su alma india por el taimado disimulo del compañero. Claudio se adelantó y le hizo algunas preguntas:

—¿Queda muy lejos ese campo?

—Unas treinta leguas... ¿lo quiere p'agricoltura?... no sirve... pastoreo, sí... hay alpataco, jariya... l'oveja la come...

—¿Cuántos animales se podrán echar por legua?

—A sigún... en ese campo que usté dice, no almite más de ochocientos... mil, a gatas... pero

l'agua ha i'ser salobre... ¿usté quiere dir?... qui ha dir!...

—¿Cree que yo no puedo vivir allí?... preguntó Claudio, entre curioso y mohino.

—No digo que no... ¿ y pa qué v'a dir?... pone un capataz que le cuide l'oveja, le cure la sarna, l'esquile... y usté pasa la gran vida!... terminó con una risotada que le puso al descubierto las encías moradas y los dientes de lobo.

Mientras hablaron, lo había estado mirando atentamente, con unos grandes ojos verde-topacio, que producían la impresión más inquietante en su cara morena. Se notaba que, en el fondo, no decía toda la verdad.

—Bueno... — murmuró el hacendado, — vamos... Ya lejos, agregó: ese es un puntano que ha tenido ovejas por ahí... viven así, pastoreando en tierras ajenas... v'a tener qu'ir nomás, si quiere saber algo e'cierto...

* * *

Claudio durmió mal. Por un lado, la cama poco blanda y llena de sorpresas desagradables. Por otro, un quejido extraño, como de bestia herida, que lo venía desvelando. Había llegado una tropa de carretas, que acampó en el camino cerca de las casas y de ellas partía la honda quejumbre interrumpida a ratos por voces de hombres y resoplidos de bueyes.

Pensó en su casa de Buenos Aires, donde quedaba su mujercita y la nena recién nacida. A esa hora, después de comer, traía ella la costura y él se ponía a leer algún libro que lo ilustrara en sus futuras tareas: "El manual del agricultor", o sinó "Cría del ganado lanar", y otros de avicultura, cultivo de la viña... etc. Después del largo viaje, sentíase un poco abatido. Exceptuando el dueño del establecimiento a quien fué recomendado y que trataba de zanjarle las dificultades, encontraba una resistencia solapada en la gente del camino. O le negaban los datos o se los daban falsos. El abandono y la dejadez por todas partes.

—Aquí no crece nada, es pura arena... Le decían, mostrándole el erial ondulado de médanos.

—¿Y cómo, — argüía, con un claro recuerdo, — en tal parte he visto un terrenito lleno de tomates, lechugas y hasta frutillas?...

—Porque los habrán sembrado!... le contestaban, riéndose de la inocencia del forastero. Ellos le llamaban tierra buena a la que producía... sola.

Desde la estación Pico había hecho el viaje en un furgón, que iba a la zaga de un convoy de carga. La empresa le dió a elegir entre aquel vehículo o quedarse dos días allí. Aceptó el furgón, aunque su boleto era de primera. Se halló en una compañía abigarrada. Varios músicos italianos, vestidos con uniforme, formaban una murga, en la que figuraba también un suizo, que al salir del pueblo sacó su revólver y empezó a hacer blanco en todo

lo que veía. Este proceder molestaba enormemente a un vasco leñador, — otro de los viajeros, — el cual se hallaba temeroso de que, con la jarana, le pegara un tiro.

—Van veinte leguas, — gruñía, — vestidos de mojiganga, para ganar unos centavos y todo se lo gastan en cartuchos y porquerías!

Su indignación era solo comparable a su inquietud. La murga, en efecto, iba hasta una villa vecina, a saludar a cierto caudillo prestigioso. En el furgón viajaba también un criollo, que parecía dueño de estancia. Se rió mucho al saber que Claudio pensaba instalarse y que tenía hasta la intención de arar su campo.

—Oh, no crea... yo también he arado!...

Dijo, como quien refiere locuras de otro tiempo. Le miraba con mucha atención el poncho de vicuña y quiso tocarlo. Le propuso un cambio en chacota y, al último, con tono de zumba, concluyó por llamarle *mosiú*.

Fué un día entero de viaje, con grandes paradas, por un interminable bosque de caldenes. Largos desmontes se habían hecho y los troncos se apilaban esperando el comprador. La madera del caldén no era gran cosa, le dijo el vasco: se usaba como leña y para hacer carbón. A veces, alguna pulpería perdida entre los obrajes. Compraron salchichón, pan y uvas... Como los italianos trajeron algunas botellas, después de almorzar se entusiasmaron, atacando con verdadero furor un aire

de Verdi, mientras el convoy se arrastraba por entre el bosque lleno de una soledad impresionante. Los músicos aullaban, el furgón rechinaba dando tumbos y zarandeos, que amenazaban la estabilidad del salchichón. Sólo los caldenes parecían mudos y estáticos, como petrificados por la música. El suizo soltaba a veces el cornetín y, tomando el revólver, partía en el aire una botella vacía que arrojaba hacia afuera por la puerta del furgón. El vasco buscaba donde esconderse, como los perros en el sábado de gloria. Claudio reía a carcajadas y, sacando también su revólver, hizo por chiripa dos disparos certeros, lo que le granjeó en seguida la amistad del suizo. Finalmente al oscurecer había llegado a su destino.

Todo esto le bailaba y zumbaba en la cabeza y se sentía tan rendido que no podía dormir. Pensó por un momento en sus esperanzas de libertad. Buenos Aires le resultaba como una querida imperiosa que estaba agotando a los argentinos. El quería romper aquellos lazos enervantes, irse allí lejos, a la gran llanura ubérrima, sana y fuerte como una mujer honrada!...

* * *

Un largo quejido le hizo incorporarse lleno de ansiedad. A ese siguieron otros. Era a veces un ulular trémulo que se repetía varios segundos; luego aquel gemido que escuchaba hacía un rato. Clau-

dio deseaba saber qué era y se levantó. El patio, silencioso y sumido en la tiniebla. Anduvo unos pasos y los perros lo notaron. Uno se acercó a olfatearlo, sacudiendo las orejas. Lo llamó despacio: *pichicho... pichicho...!* El can resopló de gusto. Un bulto se movía en el suelo y una voz que partió de la oscuridad preguntóle:

—Buscaba algo?...

Era uno de los peones del establecimiento. Con la noche calurosa, se había acostado en el suelo sobre el recado. Claudio le preguntó:

—¿Quién se está quejando?...

—El herido... ¿qué, no sabía?...

—¿Hay un herido?... inquirió ansiosamente.

—El pión... ái está en la carreta...

Ahora se explicaba todo. Recordaba perfectamente que el lamento había coincidido con la llegada de éstas. Le extrañó sin embargo que nada hubiera trascendido.

—Y el patrón... ¿sabe?

—Al principio no sabía... pero después, al oir los gritos, le contaron... S'enojó!... es un pión del otro campo... estaba ordeñando y lo madrugaron por detrás... tiene cinco o seis puñaladas!

—¿Y qué hace en la carreta, a dónde lo llevan?

—Y... a curarlo, si aguanta... aquí no hay médico... tiene qu'ir hasta el pueblo, qu'está diez leguas...

—Pero, ese pobre se va a morir!... prorrumpió Claudio, espantado.

—Y... el año pasao jué lo mismo... se pelió Fausto con un biarnés. Estaban alambrando... en una discusión Fausto, que tenía malas entrañas, le pegó con las tenazas... al biarnés le salieron los ojos p'ajuera, como tero pichón... Fausto quiso disparar, pero el patrón montó y lo trajo... vos te vas aura con la carreta y lo llevás a curar... y si te agarran, pior pa vos... Y se jué con la carreta y el biarnés, que se le había comenzado a hinchar la cabeza... Anduvo tres días sin encontrar médico... al último, lo largó por ái... él ganó la colonia Mitre, allá po'el Colorao, ande antes había matreros...

—¿Y el herido?... preguntó Claudio, con un estremecimiento.

—Y... se murió!

Qué iba a dormir!... Al amanecer oyó que las carretas se ponían en marcha. El profundo traqueteo de las ruedas, no le impidió escuchar dos o tres veces el lamento del herido... Durmióse, por último, como una piedra.

Cuando despertó, ya tarde, el sol penetraba por su ventana, rubio, alegre, juguetón. Se vistió para ir a respirar una bocanada de aire puro. Todo estaba tranquilo, todo reanudaba su lucha, su trabajo diario, bajo el cielo azul. Las emociones de la noche se disipaban como una pesadilla, ante la clara luz cenital, y su corazón tonificado comenzó a latirle con un ritmo ágil. Encontró algunas caras alegres que le sonrieron. Y empezó a hacer sus pre-

parativos para el viaje, pues había resuelto ir a ver el campo. La naturaleza parecía entrarle en el cuerpo, como una gran salud.

—Qué diablos, — pensaba, — la vida es buena!...

EL BUEN REMEDIO

HABÍAN nacido en aquella misma noche...

Alberto regresaba a su casa un poco tarde y con una gran inquietud. Se demoró contra su voluntad en la oficina, preparando el balance de fin de año y había trabajado febrilmente, mordido por una sorda preocupación. En el trayecto trató de distraerse leyendo la última edición de los diarios, mas no penetraba el sentido de las palabras. Cuando desde el jardincito vió luz en varias piezas, el corazón se le había encogido en un espasmo de angustia, pero en seguida se tranquilizó. De pie, junto a la mesa del comedor, acababa de distinguir a su esposa cosiendo una ropa de lino. Levantó ésta la vista, sonriendo. Alberto, mientras la besaba, desahogó del todo su inquietud.

—Querida Mercedes, — dijo, — no sé por qué, se me ocurrió que al llegar iba a encontrarme con un hijo...

* * *

Su corazón no le engañaba... A las pocas horas tenía delante de los ojos un muñeco medio asfixiado, que después de algunos chirlitos se puso a berrear con gran energía. La pobre Mercedes sonreíale fatigosamente...

Alberto se paseaba medio aturdido por aquellas rudas emociones. Una mezcla de profunda alegría y de vigilante inquietud, cambiaban a menudo la expresión de su rostro, que ora se iluminaba por una oleada de regocijo, ora se tornaba meditabundo y resuelto. Su gran fatiga nerviosa, sumióle por último, en un largo sopor.

Estaba amaneciendo, cuando el quintero lo llamó desde el patio. Le dijo algo al oído, algo seguramente extraordinario, porque le interrumpió:

—¡No puede ser!

—Sí, señor; le juro...

Existía en la casa una burrita, que trajeron de Córdoba y, por una coincidencia, resultaba que en aquel momento estaba teniendo cría.

No pudo menos que reirse y fué a verla. Josefa, —así se llamaba el animal, — ya había dado a luz. Un burrito yacía sobre el piso del establo. La madre, quejándose sordamente, lo miraba con ojos de ternura...

* * *

En la casa se había celebrado el nacimiento del pequeño Ismael, con el íntimo regocijo de dos corazones, cuyo amor había llegado a expresarse en un nuevo ser. Los dos jóvenes, bellos, con una sana alegría de vivir, se sentían prolongados en aquella forma frágil y querida, que tenía la mirada del padre y la sonrisa de la madre. Sobre la cunita blanca, de cortinas azules, velaban en silencio largamente el sueño del angel, nacarado como un pimpollo de rosa que moviera un aire apacible. A veces sonreía con los grandes ojos cerrados, que las pestañas sombreaban dándole un aire de candidez algo melancólico. Sonreía fugazmente, como en la rápida visión de un edén lejano, de un hermoso país que sólo los niños pueden ver en sueños y que nadie supo dónde está...

Pasaron los días... Fueron el primer diente, el primer paso y la primer palabra, las tres etapas iniciales de aquella vida, que los padres miraban crecer con una atención religiosa. Cuando el pequeño Ismael llegó a tener conciencia de las cosas que lo rodeaban, se fijó en un diminuto animal que circulaba por la casa, muy parecido por lo demás a los que su papá le traía para jugar. Pero éste andaba solo, comía, expresaba una existencia real, que le hizo prorrumpir en infantiles gritos de júbilo.

La verdad es que el burrito era una delicia... Ceniciento, con el hociquillo casi negro, las grandes orejas felpudas, sus finas patitas terminaban en cuatro pulidos vasos de jaspe. Martín, como se le llamaba, unía a la malicia más socarrona, una gran afición por los terrones de azúcar. Como era chiquito y se le permitía todo, pasaba más horas en el patio que en el establo, hasta que Josefa, en un rebuzno maternal, le recordaba que no sólo de golosinas viven los burritos y que para algo tenía ella sus ubres repletas de leche.

Ismael a veces era subido sobre el ínfimo lomo, suave como un edredón, y a guisa de riendas se agarraba de los largos apéndices, lo que parecía desagradar particularmente a Martín. Salvo este detalle, era en lo demás muy dócil y emprendía su parejo y rápido andar, con esa natural robustez de la especie, cabalgado por el niño que sujetaban los padres.

Pero un día éste no apareció en el patio y Martín retozó por los corredores esperando en vano. Hasta que la sirvienta se lo llevó al establo para que no molestara y, cerrando la puerta de comunicación, cortó toda esperanza de correrías por ese lado.

Ismael aquella mañana, después de tomar la papa, se había quedado dormido sobre sus juguetes. Este rasgo insólito preocupó a la madre, y al subirlo en brazos, notó que tenía fiebre. En seguida

lo llevó a la cama y, por la noche, cuando vino Alberto, encontróla llena de agitación.

—¿Por qué no llamas a un médico?... — fueron sus primeras palabras.

El trató de tranquilizarla. Pero cuando supo los cuidados que se habían tenido sin que la fiebre disminuyera, alarmóse también. A la hora volvía con un médico. Era el doctor Irausti, amigo de la casa. Después de un examen detenido, declaró que se trataba de una inflamación intestinal, que podría degenerar en enterocolitis, si no se atajaba a tiempo. Indicó un tratamiento interno y baños tibios para bajar la fiebre. Después se retiró, prometiendo volver a los dos días.

—Si ocurre alguna novedad, — había dicho, — me llaman en seguida.

Los padres quedaron presas de una gran angustia y, suspirando, empezaron a curar al pequeño Ismael. Daba éste señales de un vivo desasosiego. La respiración entrecortada, era interrumpida por gritos y llantos intermitentes. Los labios resecos, el cuerpecito hecho una brasa, los ojos animados por una luz febril, en la que parecía consumirse. Al otro día seguía lo mismo. Fueron cuatro semanas de una lucha constante, en que la inteligencia del médico y el amor de los padres, vigilaron combatiendo el mal obstinado, que a veces, como en una ironía cruel, parecía alejarse para tornar al otro día con más fuerzas. La fiebre seguía: no había forma de conjurar la enterocolitis que iba

aniquilando el intestino. Aquella mañana, cuando el médico lo vió desnudo, con los huesitos que parecían perforarle la piel, el vientre hundido, arrugado y negruzco, le había dicho con una caricia enternecida:

—¡Pobre nene!... Tiene su pancita que parece un trapito sucio...

Revelaba una gran preocupación y pidió que lo llevaran a un especialista. Indicóles uno, recomendándoles la necesidad de hacerlo auscultar, porque notaba algo en el pulmón izquierdo.

Fueron a ver al especialista, quien, luego de una minuciosa revisación, les manifestó que hablaría con su colega para resolver el tratamiento. En cuanto al pulmón... sí... le pondrían un sinapismo en la base, hacia la izquierda. No le parecía de consecuencias...

Volvieron con el niño a su casa y esa noche le aplicaron una tirilla de sinapismo sobre el hombrito, que hería la mano al tocarlo, de tan concluído. Lloró al principio y se resistía, pero no pudiendo desasirse de aquel nuevo dolor, se acostó sobre el cuello de la madre y, cerrando los ojos, dejó correr un hondo llanto resignado.

—Quítale eso... — dijo Alberto. — ¿A qué martirizarlo más?

Se lo quitaron, y el niño se durmió. Y así ya parecía muerto.

Al otro día Alberto habló con el doctor Irausti, y le pidió en su desesperación de padre, que le di-

jera toda la verdad. El facultativo respondióle midiendo las palabras, rebuscando la manera de explicarse. Se trataba de un caso grave... su colega así también lo había reconocido... Seguirían con el cocimiento de verduras, alternando con granos; quizás habría que darle una inyección de suero... Lo que les preocupaba era la fiebre, que se mantenía alrededor de 38 grados, y agotaba el organismo... ¡Si la criatura no estuviera despechada!...

Se quedó un momento pensativo, y después, como haciendo un esfuerzo que bien podía ocultar un sentimiento de derrota, le dijo:

—¿Por qué no le da leche de burra?...

Alberto volvió a su casa lleno de abatimiento. Le contó a su mujer la entrevista tenida con el médico.

—¿Leche de burra, te dijo?... — exclamó Mercedes como iluminada por un rayo de luz. Sí... sí... ¡Y no haberlo pensado antes, teniendo a Josefa!

—Es cierto, Josefa... — articuló él, perdido en un vago ensueño doloroso. Agregando maquinalmente: —Vamos a darle leche de burra...

Y se dirigieron al establo. De la ubre negra, brotó el primer chorro de leche y se quebró en el cristal de la copa, formando sedosas burbujas de espuma. Mercedes exprimía la ubre generosa y deseaba con tal ansia la salvación de su hijo, que el blanco licor caía como saturado de su alma. El

copo de nieve crecía, se esponjaba, llegaba hasta el borde. Alberto acariciaba al animal. Cuando la copa estuvo llena, Mercedes, dando un suspiro, la levantó hasta su corazón...

La criatura reaccionó con aquel nuevo tratamiento. La fiebre fué disminuyendo y el estado general mejoraba visiblemente. A los veinte días el enfermito inició un período de franca convalecencia. Entonces el médico confesóles que, tanto él como su colega, habían considerado el caso perdido, y prescribió los aires de campo.

* * *

Se fueron a una quinta, más allá de Morón. El viento de la Pampa, saturado de sales, de yodos, rico en tónicos, obró sobre el niño maravillosamente. Era la gran botica de la naturaleza, que entraba y salía por todas partes como la luz. Tenían casi una manzana de tierra con hortalizas, frutales, gallineros. Compraron un cochecito y paseaban por entre las chacras, y el pequeño Ismael palmoteaba viendo las piaras de lechoncitos negros, que parecían de caucho, corriendo detrás de las madres gigantescas, con sus colas en forma de tirabuzón. Los potrillos de largas patas y ojos de antílopes, despertaban en él ese instinto de centauro que lleva la raza. Las ovejas plácidas, las vacas llenas de una dulce fatiga maternal; toda

esa fauna abundante del campo, enriquecía su inteligencia con un variado acopio de percepciones. Aprendió a decir muchas palabras.

Quien parecía sentir la influencia del campo de una manera poderosa, era Josefa. Ella y su hijo encontraron muy pronto estrecho el espacio del corral y hubo que llevarlos a un potrero. Pero de allí se escapaban a menudo y vagabundeaban por entre las quintas, con peligro para las hortalizas, que pillaban a través de los cercados. Tenía suma habilidad para levantar el alambre con el cuello, y después, puesta de rodillas, se deslizaba en el interior. El burrito la seguía, y allí empezaba el asalto a los repollos. Más de una vez volvió a casa con señales evidentes de que también para los burros son peligrosas las frutas del cercado ajeno. Pero se curaba y de nuevo a las andadas. La pobre Josefa no pensó en la deplorable educación que inculcaba a su hijo. Martín, por su parte, demostraba también naturales disposiciones para las correrías.

En la casa comprendieron que aquello podría tener un mal fin. Pero no querían contrariarlos. Josefa había adquirido entre la familia un cierto grado de parentesco, diremos, y en cuanto a Ismael y Martín, seguían siendo grandes amigos. Las picardías del burrito, sus zalamerías de goloso, divertían al niño, que no podía pasarse sin él.

* * *

Era una noche de tormenta. La atmósfera cargada de electricidad se desahogaba en un relampaguear continuo. Luego cayeron algunas gotas pesadas, que chasqueaban como latigazos. De la tierra desprendióse ese olor fosfatado, que poco a poco se hizo sofocante. Por último empezó a llover con lentitud. Cerca del amanecer, Mercedes se despertó de golpe. Entre sueños le había parecido oir unos estampidos, que no podían confundirse con truenos. También creyó distinguir el grito de Josefa... Despertó a su marido. Juntos escucharon, pero no se oía más que el caer del agua y el rumor de los árboles movidos por el viento. Hacía dos días que la burra desapareciera con el hijo y, como no ignoraban que algunos le tenían ojeriza, estaban preocupados.

—Te habrá parecido... — dijo por fin Alberto.

—¡Juraría que no!... Estoy casi segura de que eran tiros... después oí dos veces el grito de Josefa, no muy lejos... No sé por qué tengo un presentimiento... ¡tú sabes que no la pueden ver!

—Sí, pero...

—En cuanto amanezca, salgo a buscarla... A ella o a Martín, algo les ha pasado...

Cuando amaneció ya no llovía, y una aurora pálida coloreaba el cielo. El campo, de un verde limpio, aparecía saturado de agua fecundante, y algu-

nos pájaros piaban buscando gusanitos y granos para la prole recién nacida. Mercedes se vistió de prisa y ya se disponía a salir, cuando entró por los fondos el chico de la lavandera. Dijo que la burra estaba echada en el zanjón de Recalde.

Lo interrogaron.

—¿Estaba herida, no podía levantarse?...

—No sé, señora, parece... ¡grita feo!

* * *

Como el zanjón de Recalde quedaba cerca, llegaron en seguida, caminando sobre el trebolar empapado. Josefa estaba allí, tirada sobre los pastos, herida en el vacío por un tiro de escopeta. A ratos se quejaba. La pudieron levantar y despacio, despacio, consiguieron llevarla hasta la casa. Pero el burrito no aparecía.

—¡Lo habrán matado!... — pensaba Mercedes. — Al que me lo encuentre—agregó en alta voz— le voy a dar un peso...

Se había juntado alguna gente y empezaron a buscar. El mismo chico de la lavandera fué el primero que dió el grito:

—Aquí está, señora... parece *morimundo*.

* * *

Estaba caído sobre un costado, con las piernas extendidas y los ojos velados por una sombra.

Cuando Mercedes lo llamó dos veces: "¡Martín... Martincito!...", movió la cola débilmente. Y ya no hizo más movimiento. Las patas se le pusieron rígidas y las orejas parecían más largas. El otro tiro había sido para él y, naturalmente, lo fulminó.

En seguida empezaron los comentarios sobre quién sería y por qué lo habrían matado. Pero la lluvia había borrado todos los rastros. Un paisano haraposo que se acercó en un caballo flaco, dijo con una gula brutal:

—Vea, señora: si me lo da, me llevo un costillar.

—No... — respondió Mercedes.

Hizo cargar el cuerpo del burrito y lo transportaron también a la casa. Ella tenía una deuda íntima y no podía consentir aquella especie de profanación. Había nacido la misma noche que su Ismael, como una providencia. Habían bebido del mismo seno generoso... Eran como hermanos de leche. Su muerte le parecía un gran crimen. Verdad que Martín era muy travieso y andariego, pero ¿no era lo mismo su pequeño Ismael?... Pensando en un riesgo hipotético, se estremeció por su hijo. No... Martín sería enterrado: así tampoco lo ultrajarían las alimañas.

El niño tuvo un inmenso duelo. Como ya poseía el sentimiento de la muerte, sabía que aquello era el fin de todo, como cuando un juguete se rompe, o peor... Lloró desconsoladamente. Y sobre el montoncito de tierra tumular, quiso poner los últimos terrones de azúcar. Por la noche en su ca-

mita, soñó con Martín. Lo veía quizás en ese hermoso país que sólo los niños pueden ver en sueños y a donde sin duda van a parar, con los muñecos de ayer, las almas de los pobres burritos...

EL LOCO NICANOR

A la altura de Almagro se abría uno de aquellos "huecos" tradicionales. Era un solar abandonado, un retazo de tierra cuyo propietario no se conocía. Ocupábalo desde mucho tiempo un tal Nicanor Peralta, más conocido por el apodo de "El loco Nicanor", hombre ya maduro y trapisondista. Para evitar denuncias a la autoridad comunal, esparcía el rumor de que aquel terreno le fuera donado por unos parientes ricos, que nombraba a veces.

—Porque yo soy de abolengo... ¿qué se habían creído? Mi padre — el pobre, que en paz descanse — pelió como edecán del general Lavalle... Y ái no más lo tienen a Peralta, Eleuterio Peralta, todo un diputao nacional... ¡primo mío! Lo que pasa es que a uno, porque lo ven pobre...

Y se callaba, huraño y despreciativo, haciendo carraspear las heces del mate.

—¿Quiere un amargo?...

No tenía oficio conocido, viviendo del "pecha-

zo", medio expeditivo que le procuraba el sustento y los "vicios". Protegíalo además don Zacarías Uriarte, caudillo del barrio de Flores, quien en épocas de elecciones se hacía guardar por él las espaldas. Unos decían que era valiente, y otros lo negaban. A este respecto se suscitaban discusiones. Afirmaba uno:

—Hay que ver el brazo que tiene Nicanor... ¡es un bárbaro!... me acuerdo de una noche...

—Salí de ái...—le interrumpía un detractor,—qui ha de tener ese loco sin vergüenza... ¡pero si siempre lo han corrido!... Para tirar al "pecho" no digo que no...

En verdad, la fama de Nicanor se basaba más bien en hechos lejanos. Actualmente sólo conservaba los gestos, y a veces cierta fría crueldad, que lo presentaban como poseedor de un alma atravesada, justificando hasta cierto punto la fama adquirida.

"El hueco del loco Nicanor" ocupaba casi un cuarto de manzana. Allí había levantado su rancho con maderas viejas y chapas de zinc, sin más mobiliario que un catre y tres sillas de paja. Tenía también un brasero, cuya rejilla ausente era substituída por dos pedazos de alambre, donde descansaba la pava de agua cuando tomaba mate. Luego, sobre el rescoldo ponía a asar un churrasco, conseguido del puestero vecino por sus medios habituales.

Suelto, vagando a su albedrío, dejaba que su

caballo, un tordillo de buena estampa, mordiese la corteza de algunos árboles frutales que se iban secando paulatinamente. No había pensado nunca en sembrar de alfalfa el terreno, ni levantarle al animal un cobertizo. Así es que, en las noches de lluvia, solían compartir ambos los beneficios del rancho desvencijado, adonde el tordillo se refugiaba con la naturalidad de una persona.

—Vea, don — solía decir el loco Nicanor a alguna de sus amistades: — este animal es para mí como un hermano...

Y lo palmeaba mientras el caballo hacía temblar el belfo pulposo con un suave relincho de satisfacción.

Todas las mañanas se le veía cruzar por las calles de la parroquia, levantado el cuello del saco y llena de preocupación la fisonomía. Parábase, orientaba su rumbo, y echaba por fin a andar resueltamente.

—¿A dónde va, don Nicanor?

—¡Qué quiere, amigo, hay que luchar por la vida!...

Sus ojos avisores acababan de descubrir en ese instante un carro cargado de pasto que venía entrando a la ciudad. Con su gesto de perdonavidas interpelaba al conductr:

—Ché, parate!... A ver, pues, si largás unas carguitas pa el caballo... ¿Te hacés el sordo, verdá? Gringo has de ser no más... ¡Andá, que Dios te ayude!

Y lleno de indignación se alejaba, el sombrero en la nuca, y echando ternos. A la media hora ya estaba de vuelta con un paquete de yerba en una mano y una tira de carne colgando de la otra. Solía venir cantando cosas que improvisaba con una singular intuición del romance:

En esta vida, amigazos,
hay que ser hombre resuelto,
pa dentrar en todas partes
Sin que lo muerdan los perros...

Y este hilo rítmico se prolongaba a veces indefinidamente, hasta que lo interrumpía por último algún encuentro favorable.

—A ver, ché, vos que sos criollo: largá unas carguitas de pasto, no seas mal gaucho... está bueno, basta... ¡gracias, amigo!

Avituallado ya en sus diarias necesidades, la emprendía en dirección a "las casas". Pero, antes de llegar, se originaba todos los días un incidente inevitable. Era frente al negocio del tano Nicola, a quien Nicanor guardaba ojeriza por agarrado. Aquél tenía un tallercito de zapatería, y varias veces se había negado a echar un remiendo — gratis, naturalmente — en las botas de Nicanor. Esto le había parecido algo insoportable; era, pues, un hombre dañino, que lo perjudicaba y que, hasta podría decirse, lo desprestigiaba.

Todos los días, al pasar por frente del boliche, parábase mirando para el interior con un aire de

impertinencia. Nicola, indiferente, claveteaba sin descanso sus medias suelas. Nicanor juzgaba que esto era casi una provocación.

—¿Ché, tano, no te da vergüenza?...

—¡Eh, borrachón, mándese a mudar per su camino!...

Y Nicola se entraba gruñendo, porque en el fondo le tenía un poco de recelo. Y de ahí no pasaban. Pero Nicanor aseguraba siempre que a ese tano pícaro tenía que sucederle algo...

* * *

Cierta mañana, al salir Nicanor para sus fructíferas correrías habituales, se quedó sorprendido por un extraño suceso. Delante de su puerta habíase congregado un grupo de vecinos que hacían comentarios leyendo un gran cartel de trapo blanco, que en letras rojas tenía escrito lo siguiente: "Recaredo y Cía. rematarán judicialmente este terreno el día 15 del corriente. Sin base".

Nicanor leyó todo esto concienzudamente, y después, convencido de que se trataba de echarlo a la calle, le vinieron unos furiosos deseos de emprenderla a palos con aquellos curiosos.

—¿Quién ha puesto eso? — preguntó malhumorado, como si se tratara de una broma—. ¡Que agarre al sonso, y no le van a quedar ganas!...

Uno de los circunstantes se creyó en el deber de decirle:

—Vea, Nicanor, que el otro día han venido aquí unos del jujado a tomar medidas, y dijeron que este terreno pertenecía a los herederos de don Camilo Irrazu, y que lo iban a vender por no sé qué cosa e' testamentería...

Nicanor lo miró con rabia.

—¿Sabe qu'está enterao?

Después, para que no advirtieran su situación desairada, quiso demostrarse interiorizado en el asunto, y empezó a decir, dándose importancia:

—¡Qué me viene a contar, amigo, si ya sé!... Estuvieron aquí antes, hace com'un mes... y mi hablaron...

Entró de nuevo, y al rato volvió a aparecer sobre el tordillo. De un galope llegóse hasta lo de don Zacarías Uriarte, el caudillo de Flores, a quien Nicanor, como se ha dicho, había servido eficazmente, y que podría ayudarlo en aquel trance.

—Buenos días, patrón...

—¡Ah, sos vos, Nicanor!... ¿Qué andás buscando, muchacho?...

—¿Pero no ve, don Zacarías, lo que me quieren hacer?...

Don Zacarías era un viejo paisano ignorante, y muy prestigioso entre cierta gente del pueblo. Elemento de primer orden para ganar una elección, los políticos lo tenían muy en cuenta. Sus recursos en la parroquia eran numerosos y decisivos. Y esta popularidad estribaba, sobre todo, en que don Zacarías, después de cada elección, acosado por

sus partidarios, atendía a todos sus pedidos como si fueran verdaderos casos de conciencia. Sus recomendaciones llamaban fuertemente la atención, porque iban siempre con una letra de rasgos pulcros y diminutos. Se decía, en secreto, que el hombre, no sabiendo escribir, confiaba la redacción a una hija suya. Y lo más gracioso era que la muchacha firmaba el nombre del padre con su misma letra. Y por este motivo, las cartas del caudillo don Zacarías Uriarte, tenían siempre la apariencia de un billete femenino...

En aquella mañana Nicanor lo encontró de un humor indefinible, pues empezaban a soplar malos vientos para la situación política, de la que era un adversario decidido. El hombre se paseaba con las manos cruzadas atrás, pensativo y reconcentrado. La presencia de Nicanor pareció distraerlo agradablemente.

—¿Cómo decías, muchacho?...

Nicanor le refirió lo acaecido. Le iban a vender el terreno y tendría que alzar las pilchas, yéndose a mendigar un rincón por ahí...

El viejo le interrumpió:

—Bueno, mirá: dejá que vendan no más... y después hablaremos. Te venís por acá, ¿sabés? La situación va a cambiar muy pronto, y puede que te necesite...

Todo esto fué dicho de un modo oblicuo, tanto en la mirada como en los gestos. Después continuó sus paseos, sacudiendo la cabeza, como si ame-

nazara a alguien. En una de las vueltas paróse en seco delante de Nicanor, que no se había movido:

—¿Y d'i ái, qué hacés?... ¡Andá, decile a Dominga que te dé unos mates!

Ya por la tarde, Nicanor regresaba preocupado, pero más alegre.

—Bueno: que vendan, y que a todo se lo lleve el diablo... Don Zacarías dice que las cosas van a cambiar... ¡Y van a cambiar!

Llegó por fin el día del remate, y el terreno se vendió, comprándolo el tano Nicola.

* * *

Había estallado la revolución de 1890. A eso del mediodía trajeron en camillas hasta Flores a algunos heridos del barrio. Se decía que el piquete de vigilantes había sido ametrallado enfrente del Parque, salvándose muy pocos. Se citaban actos de heroísmo. Se hablaba del gobierno, empeñado en no renunciar. Algunos militares llegaron para llevar caballos de la vecindad. Arrearon una tropilla. Por la noche, entre un silencio más hondo que de costumbre, se oía cóncavo el lejano tronar de los cañones. Como el barrio quedara sin policía, varios vecinos se concertaron para salir en ronda, a recorrer las calles, donde ya se habían visto circular tipos sospechosos. Después de dis-

cutir acaloradamente varios medios de vigilancia, concluyeron por establecer su base de operaciones en una confitería, y desde allí, entre copa y copa, velaron patrióticamente por la salud del vecindario.

Nicanor no se apartaba de don Zacarías. A eso de media noche salieron para ir hasta la comisaría, en busca de noticias. Había bebido mucho, y unos deseos locos de pelear, de andar a puñaladas, le venían a la cabeza y le enardecían el corazón. Envuelto en el poncho, marchaba al lado de don Zacarías, con la mirada hosca bajo el ala del chambergo caído sobre los ojos.

Sonaron unos tiros. No debía de ser muy lejos porque los estampidos se oían distintamente.

—¿Quiénes andarán a los balazos, ché, Nicanor? — preguntó don Zacarías, entre curioso e inquieto.

—No sé... algunos desocupaos por darle gusto a la mano. Creo que han formao un cantón...

—¿Y con quién pelean, si no hay fuerzas por aquí?

Nicanor se encogió de hombros.

—Tirarán al aire, como en el sábado 'e gloria...

Esta salida disgustó al caudillo, que guardó silencio, fastidiado. Conocía la índole de aquel hombre y sus majaderías cuando se ponía ebrio. Pero le era fiel, y en aquellos días muy necesario, porque, comprometido con la revolución, su vida corría más de un azar.

Una silueta fugitiva cruzaba la calle, acelerando el paso.

—¡Párese!... — le gritó don Zacarías.

El hombre se detuvo. Se acercaron, y Nicanor en seguida lo reconoció, no pudiendo ocultar un ademán de aviesa alegría.

—¿Tano, sos vos?... ¿Y qué venís haciendo por aquí?... — Con tono zumbón, continuó viendo la cara asustada de Nicola. — ¡Seguro que andás con la revolución!

Don Zacarías lo interrogó también:

—¿Viene del centro, amigo?

Nicola dijo que sí. Había abandonado el negocio esa noche para ir a lo de su cuñado, que vivía en la Floresta, porque, temiendo los peligros fáciles de presumir, aquel barrio apartado le parecía un refugio más seguro.

—¿Andás con jabón? — bromeó Nicanor, agarrándolo del saco. Nicola retrocedió con desconfianza.

—¡Estate quieto! — Se impuso don Zacarías, temiendo algún desmán de su escudero alcoholizado. Y siguió en su interrogatorio.

Mientras conversaban iban caminando hacia el paraje donde sonaron los estampidos. Estos parecían provenir del almacén "Las dos esperanzas". donde siempre había reunión de vagos y guitarreros, y a cuya esquina llegaban en aquel momento. Estaba cerrado, y de su interior salían gritos y carcajadas, atestiguando por el estruendo gran núme-

ro de parroquianos. De pronto abrióse una ventana, y al ruido se dieron vuelta. Una cara de borracho acababa de aparecer detrás de la reja. Oyeron que decía:

—Ché, mirá, es el loco Nicanor... ¿vamos a matarlo?...

De adentro le contestó un coro de carcajadas. El borracho había sacado su revólver y apuntó en dirección al grupo.

—¡Hijo de una... no vas a errar! — le gritó Nicanor para intimidarlo.

Pero el otro disparó a quemarropa.

Una idea ferozmente diabólica o simplemente el instinto de conservación, hizo que Nicanor diera un salto precipitándose sobre Nicola, paralizado por el terror. Con su fuerza hercúlea lo aferró por los brazos, atajándose con su cuerpo, mientras él escudaba el de don Zacarías, poniéndose por delante. Sonaron dos disparos más. Atravesado por los proyectiles, el infeliz zapatero lanzó un grito de agonía. La violencia del estertor le hizo desprenderse, cayendo boca abajo.

Don Zacarías, ya repuesto de la sorpresa, desnudó su revólver y descerrajó todas las balas. La ventana cerróse bruscamente. En el interior del almacén oíase un pataleo sordo. Alguien se había desplomado, y otros corrían. Oyeron que uno gritaba:

—¡Soltame, te digo... los v'ia degollar a esos mulitas!...

Don Zacarías comprendió que lo mejor era huir. Agarró a Nicanor de un brazo.

—Bueno, dejémoslo a ese pobre... ¡mirá que sos bárbaro!... Estoy desarmado, y si salen nos van a freir...

Nicanor quería pelearlos, pero el caudillo se lo llevó, tomando por una callejuela obscura. A los pocos minutos, desaparecieron.

POR LAGUNAS Y LOMAS

FALTABA poco para llegar al término del viaje. El tren se insinuaba por terrenos bajos, en declive hacia esa grieta que divide la provincia de Buenos Aires con el nombre de río Salado, que en épocas de lluvia se desborda inundándolo todo y durante las sequías no sirve para nada. La proximidad del agua se revelaba por la presencia de numerosas aves silvestres, ora posadas sobre los postes del teléfono y los alambrados, o bien cruzando en bandadas por la gran curva del cielo azul. Empezaron a aparecer lagunitas salpicadas de gallaretas, de teros reales y patos. Huían al paso del tren deslizándose sobre el cristal de las aguas, como un haz de saetas que el sol bruñía. Algunos ganados dispersos sobre las lomas lejanas, moteaban de rojo y blanco la extensión de la llanura, cuyo verde feraz ponía en el espíritu yo no sé qué ráfagas de energía. Apareció el ranchito de paja y barro, auténtico, con su escaso grupo de árboles, sus corrales y el pozo de panzudo brocal, donde

un crucero desvencijado justificaba largos baldeos de esa fresca y sabrosa agua de la pampa. Se adivinaba allí un puñado de fuerzas humanas desparramadas en la dilatada soledad, bajo soles de fuego y vendabales de cataclismo, arrancándole a la tierra su eterna respuesta...

Sobre un puente sin mayor importancia, cruzamos el río Salado, a la sazón tan pobre de agua, que unas vacas lo estaban vadeando tranquilamente. Las lagunas se hacían más frecuentes y las bandadas de volátiles eran tan nutridas en cierto momento, que por todas partes se desparramaban nadando, volando, zambullendo. Grandes maizales florecidos alzaban su penacho de oro al extremo de los tallos, que el viento ondulaba como un interminable ejército de banderolas pacíficas. Un jinete aparecía de pronto a campo traviesa. Delante de las tranqueras, apeábase. Luego, salvado el obstáculo, emprendía de nuevo el galope y se perdía entre una nubecilla de tierra. ¿A dónde iba en aquella soledad, sin una vivienda en todo el horizonte abarcable? Por eso, en la pampa, la aparición de un jinete tiene siempre algo de fantástico. Si se le preguntara, respondería: ahí nomás...

Estas comarcas poseen su leyenda en nuestra poesía. Hilario Ascasubi radicó por tales pagos el episodio de Santos Vega. Por eso me viene a la memoria una de sus quintillas que, ignoro la causa, me da en su rústica sencillez la sensación intensa de la soledad que quiere expresar:

Cuando era al sur cosa extraña,
Por ahí junto a la laguna
que llaman de la espadaña,
Poder encontrar alguna
Pulpería de campaña...

Y sin mayores episodios, ya el sol bien alto, arribé por fin a mi destino. La estación de construcción reciente, había logrado agrupar a su alrededor cierto número de esas chatas y desairadas casucas, que parecen copiar la monotonía de la llanura. Algún galpón de zinc, sin proponérselo, daba la nota de exaltación en materia de arquitectura, con sus aleros que quebraban la línea recta de las demás techumbres. Enfrente de la estación una gran laguna.

* * *

En el andén ya me esperaba Rosendo, hijo del estanciero don Aniceto Rosales, un mocetón curtido y cenceño. Entre dos apretones de mano, me dijo, ceceando que el coche nos aguardaba. Era el sulky de los mandados, huérfano de pintura, con más tientos que tornillos y un lado caído por la frecuencia del conductor. El caballo, un rosillo gordo y coludo, dormitaba al sol con estremecimientos de pesadilla, bajo una nube de moscas. Ni se movió cuando subimos. Al tirón de riendas levantó el hocico y sus orejas paradas de pronto con un gesto antipático, demostraron una súbita irri-

tación. Sólo cuando adivinó la inminencia del látigo echó a andar con una enorme pereza.

Un vientito de la pampa, saturado de ázoe, llegaba de los alfalfares y, mientras el sol ya muy alto nos picaba con sus aguijones de luz, el monte de la estancia, columbrado en una vuelta del camino, anticipaba la frescura de su reposo hospitalario. Ibamos bordeando lagunitas, salpicadas de juncos y surcadas de zambullidores y gallaretas, esa sabandija que tan desagradables chascos proporciona a los cazadores bisoños. Alambrados y alambrados; casi todos de púas, muchos con un tejido a ras del suelo para evitar la plaga de las liebres. Campos de cultivo, con sus maizales empenachados; campos de pastoreo, con piaras de grandes cerdos negros, hozando raíces tiernas entre los barrizales o mirando, sin comprender, ante la inmensidad, con la misma expresión que en una vidriera de fiambrería.

A veces, una osamenta toda revoloteada de chimangos. Ennegrecidas parvas de pasto, por un año de intemperie, que el ganado socava en la base modificando su arquitectura y su color, que aparece allí con el oro pajizo de la hierba seca, donde las vacas arrancan y devoran en un destripamiento de pillaje.

Por fin el sulky se va aproximando a las casas. Entre los claros del monte, aparecen fugitivos detalles de las viviendas. Un trozo de muro con los ladrillos rojos desmoronándose al sol; el pozo del

agua; el frente de las piezas, bajo el alero que una viña frondosa prolonga con su verde profundo, entre brochazos de cal. Ya, a la sombra de los álamos, que el viento sacude trémulamente, como una gran arboladura, el aire se satura con un olor de violetas, olor de tierra húmeda, que dilata los pulmones, mientras los pájaros cantan subiendo y bajando entre las ramas, como una melodía que circulase a través de todas las cuerdas de un arpa.

El caballo, con la proximidad de la querencia, ha demostrado condiciones de rapidez realmente insospechadas. El viento le agita la crin y desfloca en un hermoso caudal su cola rojiza. Relincha. Un relincho también insospechado, algo como un grito de macho imperioso... Y yo que suponía su estirpe concluída en él forzosamente! Y ya estamos enfrente de la tranquera.

Una verdadera jauría acaba de saltar desde el patio, bajo la explosión del ladrido. Hay perros enormes, de una gordura obesa, con la cola y las orejas cortadas, "adornados", como dicen los paisanos; hay perros flacos, de piel sucia y puro esqueleto; hay cusquitos, de esos que parecen nacer por generación espontánea. Atigrados como fieras, manchados como vacas, lanudos como ovejas... Y todos ladran, ora en falsete, ora en bronco profundo. Miran al amo con cara de amistad y luego a mí hostiles y erizados, en una transición brusca para que no haya dudas sobre la intención. Por fin el viejo estanciero, que llega con una sonrisa

de bienvenida, desaloja de dos gritos a aquella chusma escandalosa.

Don Aniceto Rosales es un anciano encorvado, pero todavía fuerte. Parece hecho a golpes de azadón y luego puesto a cocer al sol de la pampa. Su cabello es blanco y lacio, y se le pega al cráneo que trae descubierto, con esa adherencia oleosa que tiene la pluma de algunas aves. Los ojos negros y vivaces, conservan sin encanecer el encarrujado de las cejas. Y sus dientes son blancos y sanos como los de un adolescente. Este viejo, con ese aspecto cálido y hermoso, me recuerda a aquel patriarca de Palestina que se había reproducido en cien vientres. Hace años que vive solo en la estancia con ese hijo tan huraño como él a las molicies urbanas, con sus peones y con sus perros. La demás familia se distribuye en Buenos Aires, a golpes de plata, las satisfacciones burguesas. Los varones son abogados, médicos; las hembras, hechas al último figurín, van de pic-nic en tertulia o, sobre el inmenso automóvil, salen a orear por las avenidas de Palermo su sangre ardiente y tumultuosa, apaciguada a duras penas, en el largo acecho de un novio de conveniencia. Y la madre, que aprieta de pies a cabeza sus esparcidas carnazas en verdaderos martirios de seda, va entre la grey abundante, suspirando con resoplidos de gansa emperifollada.

Y allí se ha quedado aquella yunta brava, en medio de los peones y de los perros, sin una mujer

para alegrar o para enredar, celibatos que el muchacho quebranta con frescas pitanzas de carne morena, en bailes y escapadas nocturnas, o sobre el rastrojo todavía caliente del sol, como un lecho...

—Mis hermanos?... — me ha dicho Rosendo, con un gran desdén por los hombres de pupitre, — son unos culo e sastre!...

Bajo el emparrado ya nos está aguardando la larga mesa, una mesa de pulpería, debajo de la cual han ido a refugiarse todos los perros. Nos sentamos en bancos y yo logro por fin acomodar mis piernas entre las ancas del "moro" y el hocico del "cachafás", con una inquietud que no tarda en justificarse. Viene el asado, cortado en trozos como la palma, con una verdadera granizada de ajos, sabroso, jugoso, pero terrible. En vasos de doble fondo empieza a gloglotear el tinto, que la damajuana, grande como una tinaja, contiene hasta la boca. Un pan de trincheras, va del plato a las fauces, levantando la salsa y condimentando el bocado. Salvo ligeras atenciones con el huésped, la gente esgrime sus herramientas con provecho propio, en una taciturna masticación. Tanto el viejo como su hijo se han colocado a los lados de la cabecera que ocupo, y los peones se han instalado a su vera como en los mejores días de la familia humana. A veces uno se levanta y, de la tenebrosa cocina, ennegrecida a humo de leña, trae los platos del caldo gordo o bien la ensalada tiernísima o, finalmente,

el puchero donde se han hinchado hasta reventar la piel dorada, un par de gallinas... Yo pienso en las bodas de Camacho. En tanto dejo errar la vista por un gran horizonte de cielo azul, de donde parece llegar un cálido aliento de preñez; o bien reposo en el verde de la fronda las fatigadas pupilas, mientras el oído se solaza con el arrullo azorado de las palomas monteras, o el áspero chirrido del tordo, o el avizor pío pío de alguna lejana perdiz. El patio, que es de tierra, empieza a poblarse de una fauna revoltosa y famélica, a caza de piltrafas, librando batallas de pluma y pelo, que terminan en retiradas estratégicas. Los perros a veces ponen en peligro la estabilidad de la mesa, y son tan feroces sus dentelladas y rugidos, que mis pantorrillas tienen azogados estremecimientos. Una parvada de patitos anda a pesca de moscas, con grandes aspavientos; pululan por todas partes gallinas y pollanclos; un lechoncito que corretea lleno de inocencia, sale berreando de una trifulca por cuestiones de manducación.

El zapallo criollo, dulce como una fruta, y los choclos nacarados y lechosos, son devorados con jugosos bocados de pechuga. Y todo toma su vía, que ayuda a despejar en los trances difíciles, una estimuladora caricia del tinto. De una banasta salen los grandes duraznos, cortados aquella misma mañana del monte vecino. Parece que uno estuviera mordiendo doncelleces rotundas. Y el ardor que la siesta comienza a traer de la pampa, hace

cada vez más frecuentes en la visión las imágenes capitosas.

Un olor a caronas se desprende de aquellos hombres que rodean la mesa. Son, además de los patrones, dos criollos y un viejo español, con la gran barba gris hecha un matorral. Gente buenísima; hablan poco y de cosas inmediatas. A veces dan un grito o tiran un manotazo para espantar las alimañas. Pero lo hacen con cierto sentimiento paternal, que se explica, pues la soledad teje como un lazo de familia entre hombres y bestias. No es mi intención observarlos demasiado y así, levantados los manteles, me tumbo en una silla de hamaca bajo la dulzura del parral.

—¿Qué novedades hay en el pueblo?... inquiere don Aniceto, como de algo que no hubiera apuro en enterarse. — ¿Lo viste a Farías?...

—No... — Contesta el mozo, pensando en otra cosa. Y haciendo una transición, agrega: — ¿Sabe, papá, quién estaba en la estación?... El comisario Moncada!

—¿Ya está sano ese pícaro?...

Por los rostros pasa una ráfaga de curiosidad. El mozo, enterándome, da detalles que todos parecen conocer. El comisario Moncada era el tenorio del pago y hacía tiempo que se venía aficionando a las hijas del francés Berdier, hombre todavía joven, pero un gran borracho. Las dos mayores andaban ya corriendo mundo, después de pasar por sus garras y, últimamente, había comenzado a arri-

marse a la menor. Lo peor era que, sintiéndose hostilizado por el padre, por cualquier cosa lo metía preso bajo pretexto de ebriedad y desacato. El francés se habría dicho: antes de que vos me deshagás la familia, yo te voy a matar... Y un día, — con algunas copas de más, — lo esperó por ahí y sin decirle una palabra le descargó a boca de jarro los dos caños de la escopeta. Total: que el francés estaba en la cárcel y el comisario Moncada, a quien todos deseaban ver difunto, volvía rodeado de cierta aureola y con más ínfulas que nunca.

—¡No hay bribón sin santo aparte! — musitó el español, limpiándose los bigotes con el dorso de la mano y ayudando a los otros peones en los menesteres de cocina.

Como dije, la casa sólo está ocupada por hombres. La familia hace ya diez años que huyó a Buenos Aires. Quedan todavía algunos detalles, que acusan la huella de las manos femeninas, pero el tiempo y el abandono los desquician cada día más, dándoles un sello de gracia ultrajada. Así un espejo con gran marco dorado y entretejido con una cinta de seda. Eso adornó sin duda una pequeña sala o fué gala del tocador de la familia. Ahora está clavado en el patio a la intemperie, y el polvo, las moscas y los chorretes, lo han reducido a un miserable estado. Otros muebles que observé después en el interior de la casa, claudicaban también en la general negligencia.

Caía el sol como una llama fluída. La campaña

se había quedado silenciosa, pero con un silencio de esfuerzo en tensión. A ras del suelo, sobre el gran patio de tierra, los corpúsculos de la luz bailaban una danza deslumbrante y sutil. El cielo tenía un color de hierro que se funde y volcaba su ardorosa caricia sobre los maizales, hinchando y sazonando la espiga.

Bajo un tala desgarbado el caballo dormitaba, sacudiendo incesantemente la cola. Algunos tábanos, casi enterrados entre su piel, le bebían la sangre hasta ponerse repletos. Las moscas quedaban relegadas a una turba zumbadora y casi molesta. Me dió lástima y le tiré encima unas mantas. Los perros también dormían con las cuatro patas al aire, en actitudes formidables, o se pegaban a la tierra con aire poltrón. Algún pollanclo salía de pronto entre los matorrales y cruzaba el patio en ascuas dando gritos y aletazos de dolor. Los patos, los grasientos patos criollos, lascivos y congestionados, se echaban sobre la tierra en actitudes de nadar o caían sobre el harén siempre dispuesto, y eran allí las pringosas caricias y el atragantarse y resoplar.

Hora terrible en que renace en nosotros el hombre primitivo, husmeando a plena naríz yo no sé qué perfume perturbante, mientras la arboleda parece comprenderlo todo, porque se pone a susurrar un llamado. La arboleda! Tiene como un alma de mujer, un alma fresca y olorosa. Se entra en ella y en seguida la sensación de bienestar que nos penetra, anuncia la presencia de su bondad, dios fa-

miliar de aquel templo verde y traslúcido. Pero está siempre poblada de una inquietud femenina. Ora es la brisa cálida que la despeina haciéndola estremecerse, como una respiración anhelante sobre la nuca de una mujer. O bien las chispas locas del sol palpándola y acariciándola aquí, allá, en todas partes, tal un amante que desparramara a millares sus besos de oro... La arboleda: amada del misterio, amiga del amor!

El reclamo de las tórtolas monteras, como una queja obstinada; ese arrullo mezcla de lujuria, mezcla de pasión medrosa, se oye por todas partes, hasta producir cierto enervamiento. La tierra se duerme en el bochorno y los seres que en ella aún se mueven, parecen fantasmas del día bajo la claridad cenital, como aquel hombre de la novela de Chamisso que había perdido su sombra...

* * *

Abro los ojos, me desperezo y observo que ya el sol tiende a declinar a espaldas de la casa, mientras los árboles prolongan su silueta desmesuradamente. Chorros de luz, de un oro enrojecido y violento, atraviesan las ramas con sus flechazos y el viejo tala se empurpura. Todos los seres, todas las cosas parecen transfigurados y hasta los objetos más ruines resplandecen bruñidos y ennoblecidos por aquella pródiga riqueza de color y de luz.

En la casa hay gente nueva. Un paisano hara-

poso y greñudo, con más trazas de bandido que de hombre de bien, me saluda tocándose el mugriento capacho. Se halla de pie con expresión taimada, acariciándose las barbazas. Después supe que era dueño del campo donde estaban los cerdos que vimos a la venida. También me dijeron que era padre de ocho muchachas, todas alzadas con su hombre correspondiente. La última había originado una tragedia en la familia, porque el único hijo varón, ya hombrecito cuando la muchacha dió el mal paso, fué y lo buscó al seductor y se agarraron a balazos. Un tiro le atravesó los intestinos, muriendo de una peritonitis. No me gustó nada el viejo y me volví hacia otro lado. En un carricoche acababan de llegar dos hombres, con caras de hambrientos. Este tipo es en la pampa más común de lo que podría suponerse. Eran unos arrendatarios. Rosendo los saludó con cierta consideración y juntos entraron a arreglar cuentas sin duda, en la pieza de los negocios. Sacaron unas libretas y ahí empezaron los cálculos.

Salí a dar una vuelta. Atravesé el patio con pie ligero, en seguida el monte e inmediatamente me hallé frente a la pampa. Primero fué un campo de rastrojos, donde las espigas del trigo cortadas al ras, hacían de la tierra un enorme cepillo, en que corría peligro de destobillarse. Pero la pradera verde estaba a la vista y de cuatro zancadas llegué a ella después de levantar dos perdices y una liebre.

Para el habitante de Buenos Aires eso de cami-

nar libremente, con todo el impulso lanzado sin fatiga a los cuatro vientos, libre del escollo humano que lo detenga, que lo desvíe; que a cada paso modifique su marcha, robándole el goce de su propio dominio; para el pobre prisionero de esta fatigante ciudad, repito, constituye un paseo de los dioses. Tiene para beber el aire de la inmensidad; tiene para caminar toda la tierra. Y las cosas y los seres que lo rodean son gratos a la vista y al espíritu. Sobre las lomas, donde parece percibirse la redondez del planeta; cerca de las lagunas, llenas de olores y rumores palustres, el corazón se siente saturado de poesía como el pulmón de oxígeno.

Llegado a la linde de los maizales, tomé por la huella que los carros han abierto en medio del plantío, y, después de serpear rodeando una laguna, empecé a subir la loma donde se alzaba el rancho del primer puestero.

—Plac... plac... plac... Buenas tardes!

La vivienda, de paja y barro, era una de esas chozas que llaman *casas de chorizo,* edificio cuyas virtudes ensalza cualquier habitante de la llanura. Frescas en verano, abrigadas en invierno. La que tenía delante se hallaba blanqueada coquetamente y la rodeaba una pequeña huerta, donde las lechugas y los tomates se esponjaban en suculentas promesas. El corral, no muy distante, llenábase en aquel momento con el plañidero doblar de la majada recién traída por una muchacha que, sin atender a mi sa-

ludo, prolongaba entre la grey sus cuidados haciéndose la distraída, pero sin perderme de vista. La madre apareció por fin en la puerta del rancho, ocupándola toda.

—¿Por qué no pasa?... ¡Si no hay perros bravos! — agregó riéndose de la broma sabida.

Fresca, roja, aquella mujer hija de italianos, parecía llevar en sus flancos toda la fuerza del Piamonte, y su mole activa y simpática, al contacto de nuestra tierra había adquirido esa ternura, ese sentimiento de la hospitalidad, que parece ser un patrimonio de las razas morenas. Agradecí sus ofrecimientos, sin aceptar más que un vaso de agua. Parlanchina, la mujer se vertía hablando por todas partes, ávida de noticias, pasmándose de las cuatro cosas que le pude decir. Llamó a la muchacha y yo vi que ésta salía del corral, desapareciendo detrás de un galponcito. Pero no vino...

—Isabelita!

Como la hija tardara mucho, se volvió hacia mí con fingido enojo, sabiendo que no iba a presentarse, — mujer al fin — porque estaba desarreglada. Me habló entonces de su otra hija ya casada, del varón y de un nietito, de quien se ocupó al final como si fuera el postre. Buena mujer, tan sana y transparente, y con qué honrada amistad estreché su mano, deseando para mi tierra muchas hembras así, para que sea siempre con nosotros la fecundidad y la alegría.

La tarde se hizo una rosa de luz. En las hondo-

nadas imperaba la penumbra, mientras las regiones altas eran presas de las llamas solares. Volví hacia las casas, cuya arboleda me guiaba desde lejos como un faro de sombra. Sobre el cielo, todavía claro, un cisne solitario atravesó con un vuelo magnífico. Era blanco, con el cuello negro. Y las patas rojas recogidas sobre el vientre, parecían una mancha de sangre.

Volví... Al pasar la tranquera, dióme en el olfato un olor inconfundible. Y ya ví entre los árboles un resplandor de brasas y el cordero dorándose en los últimos toques de un asado maestro. Chorreaba el jugo levantando de las ascuas una crepitante humareda y, con dos amargos y un trago, preparé mi humanidad para aquel trance generoso.

Ya media noche, con la gran ventana abierta a la inmensidad, me dormí en los brazos de la madre naturaleza...

SILUETAS AL CARBON

HABÍA nacido... detalle inútil, pues su gloria no se la disputarán las ciudades en el porvenir. Por lo demás, tales seres nacen en cualquier parte. Para los fines de estas líneas, basta saber que había nacido. Y casi sobra: pues estirando la mano, se toma cualquiera del montón.

Desde chico, su inclinación a los apuntecitos y los botines de charol, hicieron concebir al padre grandes esperanzas. Veía en ello un carácter apasionado por el orden y el brillo, dos cualidades que definen al perfecto burócrata. Sólo que, Maese López, confundía el orden con la rutina, o con la rutina del orden.

Las tintas del estilo se enturbian al describir ese carácter indudablemente complejo, ya en la niñez. Es interesante para el psicólogo, observar cómo ordenaba el pequeño Leoncio los objetos de su incumbencia: si eran maderitas, si eran plumas, si eran papeles. En los papeles adoptaba el sistema de mayor a menor apilándolos de abajo hacia arriba. De

esto deducía su padre dos conclusiones fundamentales:

a) Que su hijo expresaba el principio de que los pequeños debían gravitar sobre los grandes, y

b) Que en él se presentaba una tendencia al ascenso, por el equilibrio que resulta en toda cosa que sube, haciéndose estrecha.

Y el hombre se restregaba las manos, ante las buenas perspectivas de aquel razonamiento sutil.

El psicólogo reconoce un procedimiento deductivo de innegable valor, de positiva fuerza. Aprueba, pero sonríe...

¿El nombre de Leoncio?... Maese López era apasionado por los nombres de raíces enérgicas. Sin embargo, llevaba su afición hasta la imprudencia, pues no por su fuerte raigambre, un árbol ha de ser de madera dura. El ombú, verbigracia, que en esto sólo demuestra sus cualidades para medrar, chupando los jugos de la tierra.

Si nos metiéramos a psicólogos por el sistema López, diríamos que tal afición hacia las raíces, demostraría más bien virtudes subterráneas, factibles de transmitirse. Pero, no compliquemos más las líneas del dibujo.

Tomó, pues, al rey de los animales, como raíz para el nombre de su hijo, con el desdichado acoplamiento de la terminación. De allí resultó Leoncio, compuesto híbrido, con un saborcillo a nombre de hortera.

Luego, se supone que existió un conato de inquie-

tud paternal, seguido de una consulta al Diccionario Enciclopédico. Quedó consternado. Hubo un Leoncio filósofo, partido por un rayo. Hubo dos emperadores bizantinos, los dos usurpadores, los dos muertos en el suplicio, con el agravante de que al segundo se le cortaron las narices.

Maese López arrojó, lleno de aprensión, una mirada a los apéndices nasales de su hijo, que en aquel instante los aseaba con una gran despreocupación bizantina. Se tranquilizó. De tal modo ejerce en el ánimo una influencia decisiva cualquier detalle circunstante, que esté en relación con nuestro pensamiento. Si el pequeño Leoncio no se hubiera presentado en esa actitud, las ideas de Maese López hubieran seguido un curso más sombrío. ¡Qué transcendencia puede tener a veces, el simple acto de limpiarse la nariz! Descargar el cerebro, como dicen algunos...

De sus juegos infantiles perduraba en la casa un recuerdo plácido. Leoncio nunca rompía los juguetes. De esto se hacían deducciones altamente favorables al futuro carácter del niño, punto de vista que no comparte el autor de esta semblanza. Para él, un niño que no rompe sus juguetes, revela pobreza imaginativa. Pero los padres siempre se equivocan respecto de los hijos, aunque acierten, como en el caso de Maese López.

En el colegio se destacaba por su buena letra y por sus cuellos bien planchados, dos detalles que no dejan de poseer su eficacia psicológica. La

"buena letra", siempre fué el escollo de los hombres inteligentes. Tomemos entre nosotros algún escritor que tuviera una letra hermosa. Guido Spano, por ejemplo. Daba la impresión del imaginativo, de la elegancia, del ritmo. Pues bien, yo estoy seguro que un jefe de oficina, jamás hubiera copiado sus notas con semejante letra. Para eso se halla siempre un amanuense lo suficientemente estúpido, que lo realiza muy bien. Aunque ahora, las máquinas de escribir, lo hacen todavía mejor.

Respecto a los cuellos (lástima que en el moderno castellano no haya un término más preciso para indicar el *cuello* de la camisa), nadie negará que, como las frentes, suelen ser un indicio del grado de inteligencia. En tiempo de Cervantes, a los *cuellos* se les llamaban *gorgueras* — como podrían llamarse ahora — las que eran lisas o alechugadas. Entonces era fácil deducir de un espíritu, por la gorguera. Nada notable se ha inventado después y hoy tenemos que extremar la sutileza, para deducir entre un cuello "parado" y otro de "palomita". Con las frentes, por otra parte, sucede también algo parecido.

Leoncio los usaba de palomita, enlazados con una corbata negra, pues decía y con razón, que el negro y el blanco eran dos colores que no pasaban de moda. Luego, evitaban gastos en caso de una desgracia.

En cuanto a la frente... no usaba frente.

Salió del colegio y entró de lleno a desempeñar un destinillo en cierta oficina pública. Muy modesto, muy modosito, sentado en un rincón de la pieza, con las piernas recogidas como si temiera importunar, con su buena letra pasaba en limpio cuidadosamente las tonterías administrativas de su jefe. Cuando le hablaban se ponía de pie, con una dulce sonrisa de seminarista. A fin de año fué ascendido y tuvo autoridad. Desde entonces sus cuellos se hicieron más blancos y sus corbatas más negras, y consideró que su simple nombre de Leoncio López, era tan vulgar para un encargado de oficina, como las zanahorias en el puchero. Aparte de esto, había llegado hasta su oído la frase de un personaje francés, pronunciada con motivo de una confusión que originó, porque aquí le habían presentado, decía, *telle quantité de Lopés!...*

El apellido de la madre era Carnero — Carneiro en su primitivo origen — pero lo habían traducido en la generación anterior, y no era cuestión de remontar hacia la fuente. Mentalmente repitió: Leoncio López Carnero... La fatalidad parecía complacerse en acoplarle nombres de animales. Sin embargo, reflexionó: ¿no había un Becerro de Castilla, un Leoncavallo, todo un Alvar Núñez Cabeza de Vaca?... Y esto aparte de los innumerables Toros, Novillos, Mulas, con que le ocurriera tropezar en su vida. Pensaba... De cualquier modo, su nombre así, horteril, con olor a madapolán, ha-

bía resuelto suprimirlo. ¡Por qué eso de llamarse López, a secas!...

Recurrió él también al Diccionario Enciclopédico y se encontró, naturalmente. "LÓPEZ: esos son otros López. Expresión figurada y familiar, con que se da a entender que una cosa no tiene relación alguna con otra, aunque parezca de la misma especie".

Y de la página 1101 hasta la 1124, a tres columnos, in folio, infinidad de López... ¡la historia hecha en López!

Cerró el mamotreto, asaltado por una idea: ¿si se firmara uniendo los apellidos con un guión? Le resultaría Leoncio López-Carnero. Así, quedaban como refundidos, obteniendo un tercer apellido eufónico y pintoresco, como de dos notas discordantes o dos colores chillones, se consigue una armonía inesperada. Luego, aquella tenía cierto sabor aristocrático.

No vaciló más. Y al otro día, firmó de ese modo su primer informe.

Empezó a echar vientre y se hacía molesto a sus compañeros. Todos los años ascendía. No podía ver un empleado inteligente, sin ir a importunarlo con su superioridad jerárquica. En cambio, adulaba a los superiores.

Cierta vez un auxiliar de oficina se vengó, gritándole desde el patio de la repartición:

—¡Che, Carnero!

Como la cosa podía prosperar, tuvo miedo y se

ablandó. Hizo como si no comprendiera, llegando hasta explicarle:

—Vea, amigo: se trata de un apellido compuesto, López-Carnero... no se puede separar el uno del otro...

¡Y tenía razón!

LA TAHONA VIEJA

La llaman así, pero ya no es tahona. Lo fué sin duda, cuando en estas tierras se sembraba trigo y maíz. El vecindario traía a moler sus productos y eso le daba mucha importancia en los contornos. Debe tener cerca de cien años...

Aquella fué su época gloriosa, cuando corría el dinero, la gente se sentía feliz y la pulpería de la casa surtía a todos, organizando juegos y carreras los domingos.

Después empezó la decadencia. La agricultura se fué y volvió la ganadería, es decir, se retornó al pasado, se retrocedió. Los campos, antes animados de sembradores, coloreados de mieses, se volvieron grandes cardales, donde las vacas pacían diseminadas en la extensión siempre desierta. Un ranchito perdido, algún tambero solitario... Estos pagaban mejores arrendamientos; así fué que, los propietarios desalojaron a los agricultores. Y entre los propietarios no pocos llevaban apellidos de fuste y

hablaban de su amor al país. Y a una hora de la pomposa capital entronizaban el desierto.

—Quieren mucho a su patria, pero más a los pesos...

Decían algunos, pero se resignaban. Y la Tahona Vieja se empezó a disgregar. Si un rancho se caía, ahí quedaba; cuando algún árbol, de viejo se secaba, en lugar de reponerlo, hacían leña. Y por último se vendió la muela. Quedó la pulpería. Con algunas botellas y un horno de cocer pan, aún fueron varios los que se ganaron la vida. Pero el vecindario disminuía, hacíase cada vez más ralo, tomando cada cual un rumbo distinto. Como nadie cuidaba, los parrales se secaron; la vieja glicina, que en primavera prendía su gran dosel celeste sobre los aleros, fué cortada junto a la raíz. Todavía yo alcancé a ver el muñón a flor de tierra y lo hice sacar para evitar tropezones. En fin, que todos, hombres y tiempo, metieron la mano y, cuando yo la adquirí era una pobre ruina que erguía en las noches de luna su silueta blanca, sobre el camino que va de San Fernando al Pilar. A un costado, dos eucaliptos y un álamo, apretados, viejos y sombríos, tenían aspecto de gigantes en un eterno conciliábulo, cuyos secretos la fresca brisa divulgaba.

Del caserío ya no quedaba más que un rancho grande, de tres piezas y una *ramada* con su mostrador de latón y gruesas rejas de hierro. Pero siempre se le llamaba la Tahona Vieja. La encontré poblada de huéspedes incómodos, por lo que dispuse

prolijas desinfecciones y blanqueos, destinándola a vivienda de aves de corral.

Desde el costado de la *ramada,* con su puerta de un arco amplio, así toda enjalbegada, tenía marcado aspecto moruno. Por allí divisábase el paisaje más desconsolador, sin un árbol, toda la loma cubierta de cardales grises, que los eternos vientos sacudían, viniendo a gruñir de cuando en cuando entre los aleros.

Sobre este lado me encontraba una mañana, cuando pasó el viejo don Cosme, el más antiguo vecino del barrio.

—Güen día, señor...

—Buen día, don Cosme... ¿qué dice de bueno?

—Aquí ando, señor... juí al Tigre, a ver si vendía una tropita e'chanchos... y la vendí nomás!... ¿parece qu'el barrio le va gustando?

—Si, me voy acostumbrando, por lo menos.

—Así es... yo hace mucho que vivo por aquí. Cuando vine, ya la tahona era vieja. Es del tiempo e'Rosas... Me acuerdo que por esa fecha murió l'hija e'l tahonero, un vasco muy trabajador... Pobre muchacha, se llamaba Casilda...

—¿De qué murió?

—Cosas de amores... Mire que se habló del suceso! Era muy linda...

—¿Ah, sí?... — Le insinué entreviendo algún episodio interesante.

—Jué una historia!... tuavía quedan algunos

que ricuerdan... los demás, se han muerto o se jueron... me v'i a bajar un rato.

—¡Cómo no, don Cosme! Bájese y descanse un rato a la sombra.

Y ahí estuvimos largo rato conversando de haciendas y cosechas hasta que, llevado por mí al punto que deseaba, me contó el episodio pasional, que desde entonces parece que perfuma con un ambiente de leyenda, la blanca silueta del rancho viejo.

* * *

Sucedió, pues, en otro tiempo y allí, sobre el camino de San Fernando al Pilar.

Región de chacras, todo el campo se veía cultivado, ora cuando la tierra se removía y la ondulante planicie negreaba de surcos, o bien cuando apuntaba el tallo verde de las mieses o la dorada espiga de los trigales se balanceaba pausadamente.

Barrio de agricultores a la sazón, de gente laboriosa y sufrida, una ola de bienestar corría a través de lomas y cañadas, no faltaba el dinero, el pan se producía en la casa misma, desde la simiente hasta la hogaza. No había más que ir a la Tahona Vieja, llevando una bolsa de trigo. Allí se la molían, tamizaban, y tornábase a casa con un costal de harina, para amasar el rústico pan de la familia.

Cuando no era el saco de maíz recién desgranado, de la cosecha nueva, brillante, sano; un grano que saltaba en grandes "rosas" al freirlo o bien tritu-

rado, servía para preparar las alimenticias polentas, que daban a los niños unas mejillas tan rosadas.

La Tahona Vieja, ¿quién no la conocía? Estaba al otro lado del arroyo Claro y desde lejos se veía el monte de las casas.

Varios ranchos formaban la población, algunos con techo de teja, otros de paja; todos ellos con paredes de adobe, anchas, macizas, blanqueadas de cal. Varios ombúes, talas, higueras y parrales, sombreaban y ponían una nota de frescura y verdor sobre el caserío.

El rancho más grande era la casa de don Alfredo, el dueño. Allí vivía con su hija Casilda, pues era viudo, y un peón muy antiguo a quien llamaban Joanín, el que tenía a su cargo la tahona.

La tahona era un pequeño cuarto, mejor dicho, un pozo de oscuridad, cuya indecisa penumbra venía de una ventanita abierta allá por el techo. Un soso olor a fécula, a afrecho, saturaba el ambiente, donde la gran piedra redonda giraba triturando los granos. El caballo, un zaino fortacho, se movía pesadamente, hundiendo las herraduras lustrosas en la tierra blanda, donde había concluído por hacer un surco profundo. Resultaba un trabajo fatigoso para el pobre animal, porque la muela pesaba más de media tonelada. Era de las más grandes, de granito gris, estriada en el canto, groseramente pulida en los costados, producía en su pesado rodar un sordo trueno subterráneo, que conmovía toda la ca-

sa. Una sabia combinación de engranajes facilitaba su movimiento sobre el otro gran disco de piedra, que yacía horizontal. Pasaba sobre los granos de maíz, de trigo, y los trituraba, los deshacía, hasta reducirlos a polvo.

A veces abríase la puerta y entraba Joanín con una bolsa llena. A la luz del sol la tahona aparecía entre una nube blanca, que saturaba de polvillo las paredes, el mecanismo de la muela, el lomo y las orejas del caballo, que ofrecía todo empolvado, un aspecto buenísimo. Volcábase la bolsa y la puerta se tornaba a cerrar. Se notaba en seguida que la muela trabajaba sobre granos enteros, porque el tronar se hacía más áspero, más crepitante. A ratos volvía el peón y con una pala, lustrosa de tanto uso, daba vuelta los granos aplastados.

Era una hermosa muela, pero también solía ser peligrosa. Por eso la tenían encerrada, cuidando que las criaturas no fueran a entrar. Una vez que Joanín se distrajo y dejó la puerta abierta, al volver con la segunda bolsa de maíz desde el carro que estaba lejos, halló a un lechón todavía palpitante, aplastado por la piedra al ser pillado mientras se atragantaba con el suculento manjar. Hubo, pues, que limpiarlo todo y sacar aquel montón de papilla revuelta en harina, como una enorme albóndiga.

Joanín, como dijimos, era el encargado de la tahona. Petizo, de ojos pequeños y escrutadores, con las piernas tuertas, dentro de sus músculos y ten-

dones parecía retorcido como el tronco de un árbol. Podría tener de treinta a cuarenta años. Parecía argentino o muy acriollado. Su pelo, áspero y crespo, era de un rubio rojizo, siempre sucio de harina, lo mismo que toda la ropa.

No conocía más que una ocupación: trabajar; una fidelidad: don Alfredo; no tenía más que un cariño: Casilda.

Fuera de ésto, Joanín era hirsuto y feroz como un jabalí.

La pieza de la tahona, resultaba tan pequeña, que el caballo al girar rozaba las paredes. Elevábase como una torre sobre los demás edificios y ella había dado nombre a todo el establecimiento, que era además pulpería, fonda y posada, amén de otras funciones no menos importantes, como ser: herrería, acopiadero y corral de animales. Todo aquello se conocía, pues, con el nombre de la Tahona Vieja.

* * *

Grandes tropas de carretas solían venir de las provincias, cargadas con los productos naturales y manufacturados. En cierta época del año iban llegando tiradas por largas filas de bueyes, y se les oía de lejos por el chirrido gemebundo de los ejes de madera, pobres de grasa lubricante, cuya música de zambomba atraía a los muchachos de los vecindarios. Venían buscando el "paso" de Garín,

vecino de la comarca, que vivía en un rancho edificado sobre el punto vadeable del arroyo. Allí las aguadas y pastos restauraban la fatiga de las despeadas bestias.

Rumbeando luego hacia el lado de San Fernando, iban a caer sobre el camino en que quedaba la Tahona y hacían noche en ésta, o solían quedarse varios días, según la clientela que se presentaba y el humor de divertirse.

De todas las chacras acudía la gente. Quien a comprar un poncho tucumano o salteño, quien una frazada mendocina, o bien los rebozos de colores fuertes, tejidos con pelo de cabra y teñidos de rojo, celeste, amarillo, muy codiciados por las mujeres. Se vendía también algarroba, azúcar negra, tabletas de arrope y dulce de leche, con la serie de golosinas provincianas, alfarería indígena y, en fin, todo ese mundo abigarrado, sabroso, bien oliente, que salía de adentro de aquellas carretas panzudas, gigantescas, que se movían como casas.

Con la llegada de tanta gente se armaban comilonas, juegos, carreras y sortijas. El humo de los fogones y el sabroso olor del churrasco se esparcían en el aire, mientras el mate corría de mano en mano y algún porrón iba calentando los pechos y poniendo mal las cabezas. Perros famélicos a caza de piltrafas y riesgos de punta piés, cruzaban la escena o se trenzaban en grandes trifulcas, que resolvían los certeros baldes de agua. El cencerro de la madrina, los gruñidos de alguna piara entrome-

tida y angurrienta, carcajadas, dicharachos, todo se mezclaba, se retorcía y parecía chisporrotear junto con el alegre fuego que doraba el medio costillar.

—Priéndasele al jugoso, pues amigo... qué!... ¿li hace ascos? Le decía a un paisano grueso, el que estaba asando.

—Es que no quiere atorarse...

Terciaba una voz socarrona, aludiendo a la desmedida voracidad del aludido. Este mostraba en una mano el mate y en la otra una copa, con aire perplejo.

—Güeno, — terciaba un viejo más allá, — si no le quitan la copa, lo qu'es hoy no come...

—Pucha, que habían sido malhablaos!...—protestaba el gordo por fin, después de apurar ambas cosas y dando un resuello, — si me estaba arreglando la garganta... por que v'ha ser largo el canto y yo soy como gilguero...

—Pa l'alpiste...

Un coro de carcajadas acompañó al gordo, que se instaló cuchillo en mano frente al asador.

Don Alfredo era un vasco todo afeitado, coloradote, muy activo y amigo de la chacota. Siempre en mangas de camisa, con su ancha faja negra y su boina azul, estaba a sus anchas en aquel bullicio, yendo de aquí para allá, arremangado, bromeando a los parroquianos en esa terrible parla vascuense, que tritura las erres y corta las oraciones en infinitivos encadenados, mientras se tratan

las cosas con una mezcla de ingenuidad y tozudez, todo muy característico del alma vasca.

Era viudo, y, de su matrimonio, quedábale solo aquella hija, habiéndosele muerto un varón, Bernardito, pérdida de la que nunca se pudo consolar. La muchacha contaba a la sazón diez y nueve años y era de una belleza rosada y flexible. Los ojos azules, de mirar un tanto impávido, no expresaban todo el fondo de apasionado ardor, de vehemencia afectiva que su corazón alentaba. Y así, para aquella gente de los contornos, Casilda aparecía como una muchacha orgullosa, porque se apartaba sin esfuerzo de sus reuniones y fiestas sencillas cuanto bulliciosas. Los mocetones se vengaban de ella:

—Casilda se v'a casar con un rai... de juguetería.

Solían decir, riéndose.

—Como entoavía no se lleve un chasco...—murmuraba alguna vieja. Agregando: — Yo he conocido más de una... en fín, no digo que a todas les pase lo mesmo...

Y una risa cruel torcía el velludo hocico de la araña vieja.

—¡Ái tiene!...

Exclamaba el coro de doncellas locales. Y pocas eran sus amigas. Casilda, encerrada en su vida tranquila, repasaba a diario la ropa blanca de la posada, barría y tenía todo muy alhajadito, desde el comedor de la casa hasta la pieza del viejo y su alcoba de muchacha soltera. A veces hacía traer de

Buenos Aires algunas botas de charol, algún vestido celeste, que le sentaban muy bien. Y se empaquetaba sin ir a ninguna parte.

—Salí un poco, hombre!... — Le decía don Alfredo. — Muchachas gustar paseo... ir al pueblo... plata no faltar, nó... Entonces ¿pa qué estás ái?... Sos más loca vos!...

Casilda se reía.

—Pero, tata... ¿pa qué quiere que vaya, si no me gusta?

—Muchachas gustar siempre... pasear, pasear... lindo!

Y el viejo se iba a su despacho, después de repetir esta escena por la milésima vez. Casilda sin embargo no era feliz. Vagas ansiedades poblaban su espíritu; frecuentaba su imaginación la idea de un hogar lleno de un calor distinto, que hiciera latir su corazón de otro modo. Días enteros pasaba casi sin hablar una palabra o mirando obstinadamente al camino, como podría haberlo hecho hacia cualquier otra parte, porque no era éso lo que ella veía...

La llegada de las carretas habíale despertado el recuerdo de emociones pasadas. El año anterior tuvieron lugar, como siempre, aquellas expansiones, a su arribo. Hubo hasta un pequeño baile, a los compases de las guitarras y un acordeón acatarrado, orquesta más que suficiente para la buena voluntad de los bailarines. Casilda bailó también y hasta se dijo...

En aquel momento, ajena a todo lo que pasaba, había sacado una silla de paja bajo el alero y allí se entretenía en coser alguna ropa blanca. Si alguien la saludaba al pasar, contestaba con un "buen día" indiferente, casi sin mover los labios y como pensando en otra cosa. Sus ojos seguían a lo lejos un sombrero de fieltro gris que se movía entre los grupos y que al fin se aproximó perdiéndose dentro de la pulpería.

Casilda habíase vestido con cierto primor, poniéndose en el cuello un pañuelo celeste, que hacía juego con sus ojos y cabellos.

La primavera había florecido la glicina en profusos racimos de un lila pálido. Los tallos, como sierpes sinuosas, se enroscaban, subían retorciéndose, ligados estrechamente a las columnas de madera, a todo asidero de hierro o argamasa, ofrecido como un talle tentador a su abrazo apretado. Luego, abríanse en una loca exaltación de flores, en una transfiguración de aromas, colgando miriadas de pequeños dijes saturados de néctar, que las abejas chupaban, entrando y saliendo empolvadas de polen. Y así todo el alero del rancho, en aquella mañana, vibraba de sol, de perfumes, de rumores, hasta producir una deliciosa languidez.

Casilda se sentía bañada por la insinuante caricia y una agitación de su ánimo, una celeridad más ardiente de su sangre, le despertaban cierto desasosiego que ella traducía con miradas y ademanes de espera impaciente.

El mozo llamábase Aparicio Larcos y era uno de los que venían con el convoy, dueño de un capitalito empleado en mercancías, animales y una carreta. No era de lejos; de ahí por San Nicolás nomás, y hacía viajes frecuentes. De estatura regular, más bien delgado, le gustaba vestirse con lujo campesino, echándose encima todo lo que ganaba, en forma de tirador con rastra de plata, pantalón y blusa de merino, anillo, reloj de oro, pañuelo de seda... Todo eso a veces desaparecía y Larcos andaba en alpargatas, la ropa raída, la barba larga y desaliñada. Un vuelco de la suerte, lo había dejado con lo puesto, después de perder todo lo que llevaba encima. En las carreras, a la taba, a los naipes, era capaz de jugar las entrañas si hubieran hallado aceptación. Y así, aunque de fácil ingeniosidad para rumbear a la suerte, siempre andaba a la cuarta pregunta, si un as de espada o las patas del gateado no disponían otra cosa.

Vientos favorables soplaron en los últimos meses, rehaciendo su numerario. Así fué que volvió a adquirir la carreta, bueyes y mercancías, con que había trabajado siempre en su constante vida de trashumancia. En este andar, de boliche en pulpería, acostumbróse también a beber y lo hacía copiosamente. El alcohol lo tornaba díscolo y autoritario, ocasionándole incidencias y cuestiones, que solían terminar en lances de fierro a fierro y en "tomá" y "atajáte"...

No mal parecido, las mujeres lo agasajaban com-

placientes, siendo muy aficionado a arrastrarles el ala, con todas las consecuencias, porque no era hombre de quedarse en partidas. Así, su capítulo de amores, resultaba tan importante como el anterior. Este, pues, era el hombre de quien Casilda se había enamorado.

Se conocieron en el baile y habían tenido sus declaraciones y promesas. Después, la distancia y el tiempo, que para Larcos borraron casi las huellas del episodio, en Casilda le crearon todo el arraigo de una visión interna, acariciada, contemplada y sufrida, en el silencio y la soledad. Por eso ahora, mientras para él la cosa no tenía apuro, para ella resultaba de una desilusión acongojante.

—¡Bah!... será al fin como todos...

Decía. No pensaba muy bien de los hombres. Veíalos imperiosos, falsos, únicamente dulces y amables cuando querían obtener alguna cosa. Después de casados, eran casi lo mismo. Sabía la historia de algunas vecinas muy desgraciadas con sus maridos: el que no era borracho, haragán o enamorado... Y la pobre muchacha recordaba, con un estremecimiento, a una mujer de San Fernando cuyo marido la abandonó porque cayera enferma del pecho. La desdichada, que le tenía un gran cariño, murió más de pena que de la enfermedad. Y sin embargo, allí cerca vivía Nicanora Bustos, en su ranchito de quincho y barro, diez años cuidando del marido paralítico, dándole de comer en la boca, atendiéndolo como una criatura recién

nacida, y procurando el sustento de la casa a fuerza de lavado, de changuitas...

Sí, el hombre era sordo al amor y abnegación de la mujer!

En aquel momento apareció Larcos en una de las puertas del negocio, a pocos pasos de Casilda. El sombrero gris un poco levantado, mostraba la frente curtida por el sol. Vestía una chaqueta de lustrina negra, bombachas y botas de caña corta. Pareció sorprendido de verla, pero reponiéndose en seguida, quitóse el sombrero avanzando hacia ella.

—Disculpe, no la había conocido... ¿está bien de salú?

Casilda se olvidó por completo de sus anteriores reflexiones y, colorada por la emoción, sonrió dichosa contestando a su saludo.

—No es extraño que no me conociera... ¿por qué se iba a acordar de mí?...

Larcos conoció que había dado un tropezón y trató de componerla:

—Veo que no me compriende... quise decirle, que de linda qu'era parecía que no podía ser mejor... y la vide aura, como si juera el mesmo sol que saliese... y medio encandilao... Vea, prenda, naides l'ha recordao como yo...

Se detuvo, satisfecho del efecto producido. Dió a sus últimas palabras un arrastre dulzón, una tristeza evocativa, que llenó de dicha el corazón de Casilda. Lo miró de frente, y bajó los párpados

con un mohín coqueto y seductor, que todas las mujeres saben hacer sin haberlo aprendido nunca, quedando pensativa y arrobada. La punta del pie jugaba trazando geroglíficos y con las manos ataba y desataba el nudo del pañuelo celeste.

Larcos la miraba con ojo experto. La cara le era grata, como quien halla seductor el peristilo de una mansión de encantos. Pero él hacía excursiones imaginativas por rutas más recónditas. Casilda había llegado a la plenitud de su desarrollo y, de una rápida ojeada, nuestro hombre se sintió llamado a tomar una vehemente decisión. Adoptó un aire de desilusión resignada y dijo:

—Quién sabe si todos han hecho lo mesmo!...

—Todos, no sé... pero hay alguien que no se ha olvidao de nada...

Con sutil instinto femenino, comprendió que había dicho bastante y que la retirada se imponía. A los insinuantes apremios, respondió con evasivas, con risas de locuela, con rápidas fugas al interior de la casa, para ocuparse de los quehaceres y echar de paso una mirada al espejo.

De allá lejos venía en oleadas el rumor de la fiesta. Un bordoneo de guitarra se dejaba oir. El olor del churrasco llegaba en ráfagas apetitosas y algunos habían organizado unas carreras de caballos. Se oían las apuestas:

—Diez a cinco tomo al zaino....

—Mire qué gracia... si es el más *dijero...!*

Casilda se despidió. Ya don Alfredo la había

llamado dos veces para almorzar, porque, eso sí, lo hacía siempre en el comedor de la casa, en compañía de su hija.

El mozo rumbeó para la fiesta, pensando que todas son lo mismo al principio, pero que después ellas solas vienen a prenderse del anzuelo, como las mojarritas.

* * *

Las carretas habían continuado el viaje. Sólo la de Larcos seguía allí desatada, mientras los bueyes pacían diseminados o se juntaban a rumiar, dejando caer de sus ojos tristes, lágrimas interminables.

Era al oscurecer. Grandes bandadas de halcones se levantaban, jugando entre la tarde rosa, volando veloces y silenciosos. Siempre venían en la misma dirección, del poniente al levante, y seguramente salían de un lejano monte, detrás de cuya mancha negra se ocultaba el sol. Encerraban los animales en el corral, entre balidos aislados y el monótono tintinear del cencerro. Algunas ligeras nieblas flotaban al ras sobre los cañadones y un aire puro, una quietud de raso, respirábase en las lomas verdes, al asomar en el cielo las primeras estrellas.

Bajo el alero de la casa, conversaban Larcos y Casilda. La glicina los ocultaba como un cortinaje umbroso y discreto. Conversaron primero de

cosas indiferentes, en un vago deseo de retardar una situación definida, que ambos buscaban pero que parecían rehuir. Hubo un breve silencio. Por fin Larcos tirando el cigarrillo que fumaba, se fué derecho a tomar la plaza que venía sitiando.

—Mire, prenda... si no me contesta, mañana ato y me voy... ¿Qué otro remedio?

Ella vacilaba... Rústica muchacha como era, un sentimiento de defensa, mezcla de coquetería y temor, la tornaba sin embargo remisa a dar una respuesta que entregaría indefenso su corazón. Quedaron silenciosos de nuevo: él con aire de gran desconsuelo; ella trémula, pugnando por resistir y ser conquistada. Había algo en el fondo de Larcos, que la llenaba de zozobra. Sabía desde luego que, en aquel amor, mientras ella lo daba todo, él siempre conservaría un rincón oculto y cerrado a las instancias de su cariño.

Durante los días que las carretas pararon en la Tahona Vieja, no cesó de conversar con ella. Se llegaba hasta el alero y se le invitaba a pasar. Ganábase la buena voluntad del viejo, mientras con palabras y requiebros se atraía a la muchacha. Un reloj de plata, que sacara en unas carreras de sortija, se lo obsequió a don Alfredo, que le agradeció convidándolo a comer en familia y charlando con él en varias partidas de truco. Rumboso, bien vestido y alhajado, sus frecuentes jugadas y alguna que otra copa de más, se atribuía a los regocijos

de la fiesta, que alcanzaba a todos por otra parte. Su apego a la casa, su constante ir y venir, le crearon un ambiente de familiaridad, y así fué que, al irse las otras carretas, nadie extrañó que Larcos permaneciera allí, sin la menor intención de seguirlas. A todos no había escapado, sin embargo, la causa de su retardo y no faltaron dicharachos y pullas.

—Adios amigo... — le dijo al partir, algún compañero de expedición. — Si se pone'e tahonero, avise... pa comprarle la carreta...

—Deje'e moler, compadre!... Le contestó entre risueño y fastidiado.

Joanín, desde un principio notó las inclinaciones de Larcos, y le tuvo una antipatía invencible. Allá en su corazón de primitivo, Casilda era como un ídolo, como un ser sagrado ante quien se acercaba con el alma sumisa y llena de fervor. Talvez la amaba, — vaya uno a saber, — y como no se atrevía a ofrecerle su corazón de hombre, le rendía su adoración de perro fiel. Porque Joanín se sabía deforme, ridículo, mientras que Casilda le parecía como un sol.

Solía rondar alrededor de ellos y un día que Larcos, para alejarlo, le pidió que le comprara cigarrillos, contestóle con gesto desabrido, señalándole el despacho:

—Ái los tiene... tanta distancia hay pa usté como pa mí...

Se tragó el otro la salida, con ganas de reventarlo.

—Yo, si juera su padre, no lo tendría a este torcido ni dos días...

Le dijo Larcos a Casilda. Pero ésta le guardaba mucho apego, habituada a verlo en la casa desde chica. Joanín le había enseñado a dar los primeros pasos, no siendo él sinó un rapaz de diez o doce años. Ella le llamaba *Janín,* en su media lengua, y jugaba con él haciéndole un sin fin de judeadas que el chico soportaba sonriendo. Todas las enfermedades de Casilda las pasó él a su lado, contagiándose de sarampión y llagas, y cuando la madre murió, Joanín quedó casi al cuidado de la niña, como un ayo infantil, abnegado y dichoso. Así fué que Casilda, le contestó a Larcos, con dulzura pero firme:

—Es muy trabajador, muy honrado... nos quiere mucho y está con nosotros... qué!... desde antes de nacer yo... se crió desde chico con papá... Hay que tener pacencia, es así nomás...

Después de este episodio, Joanín no volvió a aparecer en las cercanías y nadie se acordó más de él...

Las sombras de la noche se iban espesando y ya algunas luces comenzaban a brillar en la oscuridad, lejos, desparramadas. El ambiente se tornaba dulce de frescura, con el olor de la tierra que empezaba a desprenderse saturado en emanaciones de frutas, de flores y de raíces. Algunos cocuyos,

brillaban entre las matas húmedas o rayaban las tinieblas con su luz verdosa y fosforescente. Casilda cazó uno entre las hojas de la glicina y lo puso sobre la palma de la mano, que inmediatamente se iluminó con el latido del enorme coleóptero, grande casi como una cigarra. Larcos le susurró:

—Y, prenda... ¿qué me contesta?...

La muchacha callaba y él se le empezó a acercar. Práctico en lances de amor, comprendía que a la mujer no hay que irle con charlas en los momentos decisivos. Llegóse hasta Casilda y, sin que opusiera resistencia, la besó en el cuello, debajo de la oreja. Casilda, despacito, le murmuró en el oído, casi devolviéndole la caricia:

—No se vaya...

* * *

Hacía ya varios meses que Larcos paraba en la casa. Para nadie era un misterio las relaciones que mantenía con Casilda. Sólo don Alfredo creía otra cosa, aunque algo maliciaba, pero sin darle mayor importancia. Nunca se imaginó que su hija tan retraída, que poco se trataba con aquella gente del barrio, fuera a enamorarse perdidamente del primero que pasase, casi de un perdulario, más frecuentador de timbas y trastiendas, que de las duras, pero fecundas empresas del trabajo. Lo tenía a Larcos por un "loco de esos", mala cabeza, sim-

pático, que se mira con un poco de risa y algo de desprecio...

—Casilda estar novia de Larcos?... bah! bah!...

Tipo trashumante, con un fondo de egoísmo brutal y de sensualidad, había tratado en seguida de hacerla suya, abusando de la ingenua fe que despertara en aquel corazón virgen y apasionado. Se veían de noche, furtivamente. Ella siempre seguía creyendo en él, lo esperaba impaciente, lo enlazaba en un abrazo tierno al que no siempre respondía Larcos, ya medio tibio, recelando haberse ido demasiado lejos y pensando vagamente en cómo se las compondría para safarse.

Aquella larga estadía sin ocuparse en cosas de mayor provecho, fué una constante sangría para los depósitos de la carreta, que uno tras otro, ya para responder a un desastre de juego, bien para sus gastos personales, fueron saliendo y haciéndose humo, sin que Larcos hallase la manera de reponerlos. Jugó más, con alternativas que en resumen vinieron a dar el mismo resultado. Esto le tornó de un humor sombrío, mezclado con una alegría espasmódica y agresiva, cuando el alcohol hacía su efecto. Vinieron las riñas, las alusiones veladas tanto a él como a Casilda, y hasta las frases crudas y brutales.

Empezó a fastidiarse y a ser menos frecuente en sus entrevistas. Estas estaban llenas de largos silencios, que él solía interrumpir con bruscas maneras, con frías evasivas, a veces hasta con grose-

ras expresiones. Deseaba romper aquellos lazos, volar otra vez pájaro vagabundo, tordo sin nido y sin apego a nada, picando aquí unos granos, allá una fruta pintona, acullá dejando la simiente para que otro la empollase y la criara. Y andaba así, remiso y huraño, tratando de producir alguna escena violenta, para dar rienda a sus naturales impulsos. Pero Casilda lo amaba serena, paciente y firme. Le había entregado su corazón y todo su ser en una magnífica libertad de amar, en una plenitud de la naturaleza, embriaguez que todo lo arriesgaba ante el imperioso mandato, como una flor se abre sin temor al granizo y a la tempestad, para ser del todo bella siendo fecunda. Larcos no sabía nada de todo esto, como el abejorro que vuela de corola en corola, llevando y trayendo el germen prolífico sin darse cuenta...

Fué por eso que Casilda decidió revelarle su secreto, tratando de atraerlo con instinto de madre, ligarlo con un lazo más firme que su cariño.

Por entonces un nuevo huesped había aparecido en la Tahona. Era el mayordomo de "Los Alamos", un establecimiento de campo del otro lado de San Miguel. Vino o cazar durante unos días con un compañero. Abundaban las perdices a la sazón y Don Aníbal Guedes pasaba los días correteando por lomas y cañadas y, recién a las horas de almorzar y comer, caía al negocio, lleno el morral de perdices gordas y delicadas. Pronto notó la presencia de Casilda. La muchacha le agradaba

y trató de hablar con ella. Don Alfredo, por su parte, le trataba con gran deferencia, así fué que una noche tuvieron una pequeña reunión, a la que asistió Casilda llamada enérgicamente por su padre.

—Vos ya estar muy sonsa, hombre!... Don Aníbal persona decente, así conviene tratar, no esta gente bruta!... Vení, vení, nomás... te digo!

—'Ta bien, tata... si usté quiere... yo no tenía ganas de salir...

Don Aníbal quedó muy impresionado por la muchacha. Cierta delicadeza de sentimientos, algunas expresiones naturales, pero que denunciaban un espíritu tierno y bueno, le hicieron ver en Casilda un corazón hermoso en su fresca y agreste naturaleza. Estuvo fino con ella y galante.

—Usted, señorita, — le dijo, — ha sido para mí una sorpresa muy grata que no esperaba... que no me imaginaba...

Se detuvo, temiendo decir una descortesía.

—El señor se equivoca...

Murmuró Casilda, deseando no prolongar el cumplimiento.

Intervino Don Alfredo. Achacaba a falta de trato lo que él creía cortedad de Casilda. Pero Don Aníbal habló con encomio de las jóvenes retraídas, que solían ser esposas modelo y madres ternísimas.

—Sí... Don Alfredo, hay que convencerse...

y el hombre que se casa con ellas, sabe que forma un hogar sin tacha!

Iba casi derecho al asunto. Casilda sufría en pleno rostro aquella oleada de elogios, que le caían como una bofetada. Temblorosa, sin saber qué contestar, veía a lo lejos la figura de un hombre que aparecía y volvía a perderse entre las sombras. Y en su seno latía una vida que temblaba con ella.

—Ah, caramba, sí sí... estar seguro, sí... por eso... muchachas buenas, buenas!

El viejo hubiera seguido toda la noche con lo mismo. Trajeron una guitarra y Guedes cantó. Tenía buena voz y sabía algunos estilos provincianos. Casilda no dejó de reconocer que era un joven simpático, de buen porte y que cantaba muy bien. Pero a la otra noche, se enfermó para no asistir a una nueva reunión. El compañero de Don Aníbal a los tres o cuatro días se fué y éste se quedó solo, con el pretexto de ver un campo, de visitar algunos amigos... Hacía más de tres semanas que estaba en la casa. La muchacha tuvo que asistir por fuerza a varias reuniones. Eso se iba divulgando, naturalmente, y llegó a oídos de Larcos que lo atribuyó a una traición de Casilda. Ya no la amaba, pero el amor propio le escocía, perturbado por los vapores del alcohol. Así fué que una noche, al revelarle ella el entrañable secreto que los unía, se limitó a contestar, entre ceñudo e inquisitivo:

—Ah, sí?.. ta güeno... ¿y di'ande sacás vos eso?...

Se quedó fría, como desamparada en medio del mundo. Comprendía que si aquel corazón no vibraba con el sentimiento de padre, era incapaz de toda ternura, de todo átomo de bondad. Una ola de lágrimas le subió hasta los ojos y empezó a llorar silenciosamente. Todo lo desesperado de su situación se le reveló de golpe, porque el amor hasta entonces había sido un velo tendido ante sus miradas. Aquel "d'iande sacás vos eso?", además de una evasiva, encerraba una negación y una sospecha... ¿De dónde había de sacarlo, Dios bendito?

Con la voz temblorosa, murmuró:

—Si vos no lo sabés...

—Yo?... puede ser...

Esta vez el gesto subrayó de tal modo la expresión, que Casilda sintió latir en ella una fibra nueva, algo que era como una vibración de fuego y de acero; y en su ser íntimo, donde sólo el amor y la mansedumbre florecían siempre rosas frescas, algo se endureció de golpe, se hizo vibrante y defensivo. Era un impulso de la especie que se sublevaba, era toda su lealtad de amor, de creación genésica, que protestaba ante la cobardía del hombre, que luego de engendrar el fruto de la vida, lo sentía latir indiferente y hasta lo negaba.

Desencajada, hosca, le interrogó:

—¿Por qué me hablás así?... ¿Qué querés decirme?... Hablá!...

—Como no soy el único que viene a tu casa... y que bien puede ser...

—¿Qué?... Decílo...

—Y... qué diablo!... que ande moja uno, puede mojar el otro!

El insulto era demasiado infame para que ella lo sufriera ya. Fué indignación, desprecio, talvez odio... De un salto estuvo a su lado. Ella sola desde ese momento iba a hacer frente a todo, a ese miserable y a la confusa y rastrera gente que atisbaba su presa desde lejos, para hundir el diente de la malediscencia. Sólo su padre... Oh, pero, su padre, el honrado viejo no era como aquel hombre! Se inclinó hacia él estremecida, llorosa, mientras le silbaban las palabras que salían destrozándole el corazón. Nadie hubiera conocido a la dulce y tranquila Casilda, cuando le arrojó a la cara su desprecio:

—Si no sabés quién es el padre de m'hijo, podés irte, canalla!.. antes de tener un padre como vos, prefiero decir que es hijo de Joanín!...

Lívido de rabia, los ojos de Larcos brillaban en la oscuridad como los de un gato. Incapaz de reaccionar noblemente, sólo sintió el escozor de las palabras que zaherían su amor propio, irritando su grosera vanidad. Mascaba como una bilis la respuesta, deseando más bien poder dársela en un rebencazo, en una patada. La tomó por los hombros, la sacudió, mientras hablaba como mordiéndola:

—Sos una... pécora, sabés... y ahora me querés cargar el guacho!

La mano de la muchacha le azotó la boca. Larcos levantaba el puño sobre su cabeza, cuando un bulto saltó de atrás del pozo y, de una carrera, cayó sobre él aferrándolo por la garganta. Hubo una lucha silenciosa; rodaron por el suelo, estrujándose, dándose mordiscos, tratando Larcos de sacar el cuchillo. Pero el otro con una fuerza hercúlea lo derribó debajo y empezó a golpearle con su puño de hierro.

Casilda se acercó y le tiró de la manga.

—Dejálo, Joanín... que se vaya...

Joanín lo soltó. Cuando Larcos estuvo de pie, como un lobo que no se resuelve a dejar la presa que le han sacado de los dientes, dijo con rabia venenosa:

—Ái tenés... qué te decía... sos una pécora, nomás!

—Calláte!... Rugió sordamente Joanín, yendo hacia él.

—Dejálo, Joanín, que se vaya... que se vaya para siempre!...

Le suplicó Casilda, con voz débil. Y arrastrándose al interior de su pieza cayó sobre la cama boca abajo, para ahogar aquel grito que le salía deshaciéndole las entrañas!

* * *

Desde que Casilda murió al dar a luz un niño, don Alfredo había envejecido. Además de la vergüenza, aquella desgracia terrible de perder a su hija, le emblanqueció la cabeza, le adelgazó y tornóle pálido, arrugado. Daba órdenes con voz opaca, pasaba sentado largas horas a la puerta del negocio. Todos los domingos iba a ver a una mujer de Escobar que criaba al niño. Volvía al anochecer, con su traje de luto, un poco menos sombrío que de costumbre.

Un dolor tan noblemente sufrido, despertaba en la gente sentimientos de compasión respetuosa. Muchas cosas se habían divulgado, y la muerte de Casilda, finalmente, enmudeció en todas las bocas las palabras corrosivas, las burlas idiotas y malvadas, con que la gente flagela a las mujeres y a la familia de las mujeres, que han amado, en resumen, como manda la madre naturaleza.

Joanín, en cambio, vivía alimentando una sorda rabia, una implacable sed de venganza hacia aquel hombre, que se había metido en la casa para robar el honor de don Alfredo y la vida de Casilda. De él no se acordaba, pero en su vida de pobre hombre sencillo y rudo, en su corazón de primitivo todo lleno por aquellos dos cariños, el del padre y la hija, un hueco de sombra y dolor se había hecho, un hueco donde ahora se agazapaba, rabiosa y tris-

te, la fiera del encono. Recordaba la muerte de Casilda, con un sentimiento de congoja:

—Porque cuando las cosas van derechas... pasan también, sí, pero no parecen un castigo... ni tampoco suceden siempre... pero cuando vienen así, por mala mano, raro es que no traigan después muchas desgracias...

Y por sus ojos pequeños y grises cruzaban visiones que ni él mismo podía bien definir.

Estaba siempre sin hablar una palabra, el ceño fruncido. Ahora, don Alfredo lo llamaba para almorzar juntos. La primera vez que se sentaron, una emoción silenciosa les embargó durante la comida. No hablaron palabra, parecían congestionados. Como autómatas se levantaban, traían los platos, los llevaban otra vez a la cocina. En las pupilas de ambos brillaba una lucecita semejante, encendida por un dolor hermano.

A Larcos no se le había vuelto a ver, desde la noche en que Joanín lo echó de la Tahona. Y ahora se guardaba aún más de pasar por allí. Sabíase, sin embargo, que frecuentaba los pueblos de la vecindad, de pulpería en boliche, jugando y emborrachándose, hasta el punto de haber vendido la carreta y andar haciendo vida de vago. No fué extraño tampoco, a varios robos de animales perpetrados con gran audacia en diversos establecimientos. Ni don Alfredo ni Joanín lo habían vuelto a ver. Este, todos los días, ataba el carro y se iba

hasta los pueblos vecinos a llevar harina, traer leña o mercaderías para el negocio.

Una noche, venía de San Fernando. Concluía de pasar el Talar y cruzaba la curva de los Cuatro Ombúes por donde antes había un boliche. De pronto, el cadenero se detuvo forcejeando y espantado. Oyó una voz ronca, que le gritaba:

—Párese, amigo!... pa onde va?...

—Pa casa... qué hay!

Un hombre acababa de salir entre los troncos de los corpulentos árboles y había asido al caballo de la rienda. Joanín se tocó la cintura para ver si tenía el cuchillo; después esperó impasiblemente. El desconocido se le paró junto al estribo y con voz imperiosa de borracho, le dijo:

—Ta bien... pa su casa?... güeno, entonce suelte la mosca... así va más liviano... ja... ja... ja...

Joanín sintió que por las entrañas le corría un riego de vitriolo, pues había reconocido la voz de Larcos, que le pareció muy borracho. Tranquilo, sin embargo, contestó:

—Plata, no tengo...

—No tenés plata?... güeno... entonce llevame... ando de a pie y quiero dir pa San Fernando... — Sin esperar respuesta se trepó en el carro, y dijo secamente: — seguí!

Con un gesto maquinal, Joanín arreó los caballos. Larcos, después de algunos hipos y cabezazos, se recostó hacia el interior del vehículo, bus-

cando dónde apoyar el cuerpo. Acomodóse entre unas bolsas y barricas, gruñó dos o tres frases incoherentes, concluyendo por dormirse. Estaba tan perturbado por los vahos alcohólicos, que ni siquiera se fijó en el rumbo que seguían, pues en lugar de ir hacia San Fernando, el carro continuó la dirección contraria.

Joanín rígido, con las riendas en las manos crispadas, y semi inconsciente de lo que hacía, siguió arreando en silencio, con las entrañas hechas una masa de hiel. A veces la mano acariciaba el cabo del cuchillo y un odio feroz hacíale temblar todo. Pensó por un momento en el cuadro que resultaría aquel hombre muerto de una puñalada, caído a un costado del camino... la gente denunciando... vendría la justicia a indagar... Pensó en la cárcel, por culpa de aquel bandido...

Así llegó a la puerta de la tahona y empezó a descargar. La oscuridad era absoluta. Uno tras otro colocó los bultos en el suelo y se puso a desatar los caballos. Hacía las cosas con una lentitud minuciosa; arrollaba las riendas, ordenaba los tiros, absorbido por la tarea. Sintió el rodar de la piedra en la tahona, pensando que después debía soltar el zaino. Abrió la puerta y el caballo relinchó, deteniéndose para que lo desatara. Joanín vaciló un instante, fué hasta el pozo y se puso a beber. Tenía la garganta seca. Después, dando un suspiro, aproximóse al carro, y sacudió por un brazo al hombre dormido:

—Eh, che... bajáte...!

Comprendía que lo más natural era dejarlo dormido, pero hacía aquello presa de una gran turbación. Oyóse como la caída de un cuerpo, seguido de un murmullo de voces. Un perro se acerco a olfatear, y Joanín lo llamó para que no ladrase. La noche era tan negra que parecía tragarse las cosas. A lo lejos una lucecita brillaba con reflejos dorados, horadando las tinieblas como un clavo de fuego. Había pocas estrellas, en el cielo sucio de nubes. Empezaba a soplar una helada brisa del oeste y cuando Joanín entró al comedor, vió que don Alfredo ya lo esperaba con la sopa en la mesa. Le dió las buenas noches y empezaron a comer en silencio. Después de tomar la sopa, hízole algunas preguntas el viejo, interesado por noticias que esperaba de San Fernando.

Joanín contestaba maquinalmente, los ojos fijos como en una visión obsesora. De pronto, un rumor sordo, muy conocido, se dejó oir. Era la muela que empezaba a andar. Don Alfredo lo miró:

—Cómo!... no desataste?...

—Me olvidé... ahora... en seguida voy...

Se oyó un grito prolongado, que no parecía de hombre ni de animal. Fué un alarido gangoso, desgarrador, que subió hasta un grado de dolor inaudito, callando después con un silencio lúgubre...

Don Alfredo corrió hacia la puerta y, abriendo, indagó en las tinieblas lleno de alarma y curiosidad. Se oía un rumor de gente, pasos y carreras de per-

sonas saliendo de los ranchos, mientras algunas ventanas se abrían. Volvióse al peón que no se había movido:

—Qué será, Joanín... parece en la tahona...

Este contestó, con ferocidad sombría:

—Será otro chancho que habrá agarrao la piedra...

Aquella salida le pareció muy extraña; los ojos de Joanín brillaban hundidos en una cara de expresión tan terrible, que el viejo enmudeció. Se miraron, pálidos como muertos. Una racha de viento hizo vacilar la luz...

INDICE

sonas saliendo de los ranchos, mientras algunas ventanas se abrían. Volvióse al peón que no se había movido:

—Qué será, Joanín... parece en la tahona...

Este contestó, con ferocidad sombría:

—Será otro chancho que habrá agarrao la piedra...

Aquella salida le pareció muy extraña; los ojos de Joanín brillaban hundidos en una cara de expresión tan terrible, que el viejo enmudeció. Se miraron, pálidos como muertos. Una racha de viento hizo vacilar la luz...

INDICE

Cooperativa Editorial "BUENOS AIRES"

LIBROS PUBLICADOS

I	FERNÁNDEZ MORENO. — *Ciudad*	agotado
II	H. QUIROGA.—*Cuentos de Amor, de Locura y de Muerte* (2ª edición)	$ 2.50
III	CARLOS IBARGUREN.—*De nuestra tierra*	„
IV	MANUEL GÁLVEZ.—*La sombra del convento* (novela)	„
V	ERNESTO M. BARREDA. — *Las rosas del mantón*	„
VI	CARLOS MUZIO SÁENZ-PEÑA. — Versión castellana de *La cosecha de la fruta,* de Tagore (2ª edición)	$ 2.—
VII	ARTURO CAPDEVILA.—*El libro de la noche*	$ 2.50
VIII	RICARDO JAIMES FREYRE.—*Los sueños son vida*	„
IX	LUISA ISRAEL DE PORTELA.—*Vidas tristes* (2ª edición)	„
X	PEDRO MIGUEL OBLIGADO.—*Gris*	agotado
XI	MARIO BRAVO.—*Canciones y Poemas*	$ 2.50
XII	JUAN CARLOS DÁVALOS.—*Salta*	„
XIII	ALFONSINA STORNI.—*El dulce daño* (2ª edición)	„
XIV	ALVARO MELIÁN LAFINUR.—*Literatura contemporánea*	„
XV	JOSÉ LEÓN PAGANO.—*El santo, el filósofo y el artista*	agotado
XVI	ARTURO CAPDEVILA.—*Melpómene*	$ 2.50
XVII	BENITO LYNCH.—*Raquela* (novela)	„
XVIII	AUGUSTO BUNGE.—*Polémicas*	„
XIX	CARLOS CORREA LUNA.—*Don Baltasar de Arandia*	„
XX	HORACIO QUIROGA.—*Cuentos de la selva*	$ 1.50
XXI	DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ.—*La nouvelle moisson*	$ 2.50
XXII	JUAN ALVAREZ.—*Buenos Aires*	„
XXIII	M. A. BARRENECHEA. — *Historia estética de la música*	$ 3.75
XXIV	MARCO M. AVELLANEDA. — *Del camino andado*	$ 2.50
XXV	V. A. SALAVERRI.—*El corazón de María* (novela)	„
XXVI	ARTURO CAPDEVILA.—*La Sulamita* (4ª edición)	„
XXVII	M. DE VEDIA Y MITRE. — *El gobierno del Uruguay*	$ 2.50
XXVIII	ALFONSINA STORNI. — *Irremediablemente*	agotado
XXIX	ROBERTO GACHE.—*Glosario de la farsa urbana*	$ 2.50
XXX	JUANA DE IBARBOUROU. — *Las lenguas de diamante*	agotado
XXXI	ATILIO CHIAPPORI.—*La belleza invisible*	$ 2.50
XXXII	ARTURO CAPDEVILA. — *El Amor de Schahrazada*	„
XXXIII	ALEJANDRO CASTIÑEIRAS.—*Máximo Gorki.*	„
XXXIV	ALBERTO NIN FRÍAS. — *Un huerto de manzanas*	„
XXXV	ARMANDO DONOSO.—*La senda clara* (crítica)	„
XXXVI	MARTÍN GIL. — *Modos de ver* (3.ª edic. aumentada)	„
XXXVII	HORACIO QUIROGA.—*El Salvaje* (cuentos)	„
XXXVIII	PABLO SUERO.—*Los Cilicios* (versos)	$ 2.—
XXXIX.	JOSÉ INGENIEROS. — *La locura en la Argentina*	$ 2.50
XL.	CARLOS IBARGUREN.—*La literatura y la gran guerra*	„
XLI.	MARIANO DE VEDIA Y MITRE. — Versión castellana de *El héroe y sus hazañas* de Bernard Shaw	„
XLII.	ALBERTO PALCOS. — *El Genio*	$ 3.—
XLIII.	EUGENIO DÍAZ ROMERO. — *El templo umbrío* (versos)	$ 2.50
XLIV.	HÉCTOR PEDRO BLOMBERG. — *Las puertas de Babel*	„
XLV.	ERNESTO MARIO BARREDA. — *Desnudos y máscaras*	„

Se venden en todas las buenas librerías

PARA PEDIDOS, DIRIGIRSE A LA

Agencia General de Librería y Publicaciones :: RIVADAVIA 1573 BUENOS AIRES

La COOPERATIVA EDITORIAL BUENOS AIRES está constituida por más de ochenta escritores argentinos. Es una sociedad anónima, y tiene personería jurídica.

Fundada en Marzo de 1917, ha publicado ya 45 volúmenes, de los cuales once se han agotado, y seis de ellos hánse impreso nuevamente.

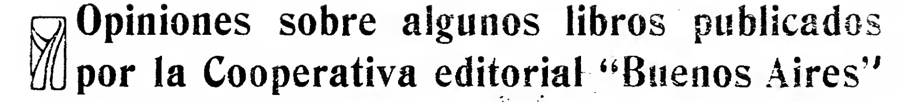
La COOPERATIVA BUENOS AIRES no edita sino los libros de sus asociados. No acepta correspondencia con personas ajenas a la Sociedad.

No recibe subvención ni ayuda oficial de especie alguna.

Publica novelas, libros de cuentos, de versos, de crítica, de viajes, de filosofía y de historia.

Proximamente editará obras de Atilio Chiappori, J. L. Fernández de la Puente, Horacio Quiroga, Edmundo Montagne, Nicolás Coronado, H. Olivera Lavié, L. Rodríguez Acasuso, Luis María Jordán y Alejandro Castiñeiras.

La Agencia General de Librería y Publicaciones se encarga de la venta y distribución de los libros de la Sociedad, los que el lector encontrará en todas las librerías importantes de la Argentina, de Chile, de Bolivia, del Paraguay y del Uruguay.



Opiniones sobre algunos libros publicados por la Cooperativa editorial "Buenos Aires"

La senda clara

por Armando Donoso

"La senda clara", que Leopoldo Lugones ha auspiciado en una página prologal, breve y hermosa como un propileo de sencillez dórica, contiene varios ensayos amplios, serios e interesantes en sumo grado... Toda esta labor evidencia un excelente método crítico y cualidades de exposición y de estilo que hacen singularmente grata su lectura."

LA NACION.

"Los estudios hechos por Donoso de los autores y sus obras, en "La senda clara", abren horizontes más amplios para la mejor comprensión de esos autores y de sus producciones por el público que los lee.

He aquí un crítico severo y de clara visión, a la par útil y de noble ideales, un crítico que desmenuza el pensamiento más profundo y lo hace accesible a la mente del lector común."

ATLANTIDA.

El Salvaje

por Horacio Quiroga

"Desde su aparición Horacio Quiroga, atrajo sobre su talento la mirada de los inteligentes. Alcanzó ya la curiosidad del público con sus "Cuentos de amor,, de locura y de muerte", volumen afortunado que sigue acaparando el interés colectivo. Acabo de renovar su lectura con deliberado propósito y he sentido con intensidad parecida a la anterior el placer que produce la obra artística felizmente ejecutada. Y ésta, entre otras, es una condición positiva de la fuerte labor de Quiroga: la sólida y bella construcción de sus cuentos. Así es que, aun conociendo el asunto, personajes y pormenores, el lector vuelve a experimentar el encanto primero fijándose mejor en la magnifica factura: hermosura de estilo, acierto en la composición, destreza en el dibujo de las personas, fina observación, trazos sobrios y enérgicos.

"Después de leído "El salvaje", puede uno seguir creyendo que Horacio Quiroga es el cuentista más serio, más intenso, más moderno, de los que actualmente escriben en la Argentina."

J. TORRENDELL.
en "Atlántida".

"Si afirmamos que Horacio Quiroga es nuestro cuentista, ni decimos cosa nueva para ningún culto lector, ni será fácil probarnos lo contrario. Es, ante todo, Quiroga, profesionalmente, en literatura, un cuentista y no otra cosa; además, el más fecundo, el más fertil en argumentos y el que logra, con mayor simplicidad de medios, los mayores efectos de interés y emoción.

"Horacio Quiroga es uno de los escritores de quienes más pueden enorgullecerse las letras argentinas."

ROBERTO F. GIUSTI.
en "Nosotros".

El héroe y sus hazañas

por Bernard Shaw. — Traducción de Mariano de Vedia y Mitre.

"Es una comedia en la cual Bernard Shaw, sin hacer concesiones al público, no llega a esas disonancias y a esas situaciones poco acostumbradas que han determinado el carácter inconfundible de su teatro. Sin embargo, no deja de ser tan original en esta obra como en todas las suyas. Es interesante como acción, como estudio de tipos, como desarrollo de un asunto que, no obstante su índole ligera e irónica, alcanza verdadera intensidad dramática y profundidad de observación y de pensamiento.

"El doctor Vedia y Mitre, al traducirla, ha tenido en cuenta los matices más nimios de idioma y los detalles más finos y más fugaces de la acción y del diálogo. Es una traducción realizada con proligidad empeñosa y con gran escrúpulo artístico, y es así cómo ha conseguido dar, tanto como una traducción respetuosa puede lograrlo, un reflejo exacto del original. Es, digámoslo en una palabra, no sólo una versión honesta, sino una versión que ha demandado a su autor un estudio meditado y paciente para no apartarse de las cualidades tan complejas y tan raras del estilo sabroso y del pensamiento paradojal de Bernrrd Shaw, que reaparecen en castellano sin amenguarse ni modificarse.

"El doctor Vedia y Mitre, que conoce bien a Bernard Shaw, ha sabido verterlo a nuestro idioma en una forma superior."

LA NACION.

La literatura y la gran guerra

por Carlos Ibarguren

"Esta obra del prestigioso universitario y escritor Dr. Carlos Ibarguren constituye el primer estudio de conjunto publicado hasta la fecha sobre la producción literaria suscitada por la gran guerra.

". . . . .

"El libro del Dr. Carlos Ibarguren puede reivindicar con derecho el haber reconstituído armoniosa y comprensivamente los rasgos esenciales del estado de espíritu con que en Europa se inició la guerra y los que surgieron de ésta.

Lo cual basta para caracterizar "La literatura y la gran guerra" como un sesudo ensayo que, por su alto valor crítico, documental y artístico, está llamado a alcanzar vasta repercusión."

LA NACION.

... "Las páginas que el Dr. Ibarguren ha dedicado a ese instante trascendental son realmente bellas. — Allí palpitan los sentimientos dominantes en los soldados al partir para el frente, el choque de la larga y angustiosa expectativa y sus desfiguraciones imaginarias con la realidad de las batallas; evoca los cuadros que han descripto los mismos guerreros y pinta los estados de alma de los combatientes a través de los distintos aspectos de la lucha. — Son de pluma maestra y galana las páginas en las que analiza el valor militar, la resignación y abnegación del soldado, cuya psicología ante la muerte y el dolor sabe desentrañar admirablemente.

... Tiene el libro del Dr. Ibarguren, aparte de su mérito intrínseco, el de ser el primero que se ha escrito sobre materia tan palpitante y trascendental".

LA RAZÓN.

... "Es, sin duda alguna, un bello libro y una valiosa contribución a la historia de la guerra, el que ha escrito el Dr. Carlos Ibarguren sobre el movimiento literario que precedió al estallido de la tremenda tragedia, y sobre la influencia que ésta tiene en las nuevas concepciones artísticas de los pueblos beligerantes".

"... El espíritu de los pueblos beligerantes está trazado en el libro del Dr. Ibarguren con mano maestra y certera. — El estudio sobre la literatura en vísperas de la guerra es el ensayo más completo que sobre el punto se ha intentado... el valor excepcional que acusa el libro honra a su autor y a la cultura argentina...".

LA FRONDA.

"Las páginas de este hermoso libro rebozan de ideas. En ellas se encuentra la crítica emocionada de cuanta obra interesante nació durante la guerra y sobre la guerra; obras arrancadas al alma de sus autores durante cuatro años de vida intensa, de continuo peligro, de infinitas torturas físicas y morales, obras cuyos grandes y únicos maestros han sido los eternos creadores de arte sincero: el dolor y la muerte."

EL MERCURIO, de Chile.

Los Cilicios

por Pablo Suero.

"Pocas veces nos llegan libros tan hermosos y de tanto valor literario como el que acaba de entregar a la publicidad el señor Pablo Suero... que se nos presenta como un verdadero poeta, a quien no debe inquietar el porvenir, porque es suyo".

LA UNIÓN.

"*Los cilicios* es una obra de suma importancia, en la cual hasta el título es un verdadero hallazgo. Vano sería buscar entre las obras literarias escritas en este país una donde esté expuesto como en ésta, ese proceso del pesimismo sentimental o romántico y, en definitiva, genésico, que aqueja al señor Suero.

"En cuanto a formas, el señor Suero se revela como un habilísimo versificador digno de equipararse y aún sobrepujar a muchos de nuestros poetas jóvenes".

RAFAEL DE DIEGO.

en *"Música de América"*.




IMPRENTA
MERCATALI
CALLE JOSE A TERR